COLERA-MORBO
EPIDÉMICO,
OBSERVADO
Y TRATADO EN LAS CIUDADES DE LA HABANA Y
SAN CÁRLOS DE MATANZAS EN LA ISLA DE CUBA,
CON ARREGLO A LOS NUEVOS PRINCIPIOS
DE DOCTRINA FISIOLÓGICA,
POR
EL DOCTOR EN MEDICINA Y CIRUJIA
DON RAMON DE COLOMA Y GARCÉS.

Rebus angustis animosus, atque fortis appare.
Horat. l. 2.

Escrito en Julio de 1833 y publicado en Marzo de 1834.

CADIZ:
EN LA IMPRENTA DE DON RAMON HOWE, CALLE DE LA
NOVENA, NÚMERO 55.
Siendo esta obra una propiedad del Autor, considerará como furtivo todo ejemplar que se halle reimpreso sin su permiso, y no tenga su firma en este lugar.

Ramón de Coloma.
Añor Director y Catedráticos del Real Colegio de Medicina y Cirujía de Cádiz.

Su afectísimo Discípulo,
Ramon de Coloma.
INTRODUCCION.

La Isla de Cuba llorará siempre los amargos días, en que el cólera-morbo desplegó en ella su horrorosa energía, sacrificando una parte de sus habitantes á su implacable furor, y recordará, con profundo sentimiento, esta época triste, que debe ocupar un gran lugar en la historia de sus calamidades. Sus autoridades, celosas del bien general, nada omitieron que condujese á la neutralización de sus maléficos efectos, como también á mitigar en lo posible sus desastres, y en realidad puede decirse que algunas de sus providencias, dictadas con la mayor oportunidad, le arrebataron muchas víctimas que debieran hallarse sepultadas al presente. El ilustre Ayuntamiento de la ciudad de San Carlos de Matanzas ha dado una prueba mas que evidente de esto; su benemérito Presidente, asociado á los individuos de la comisión municipal, arrostró cuantos inconvenientes y obstáculos se presentaron para no dejar de poner en práctica todo lo que conviniese á la salud pública, teniendo con especialidad su bienhechora mano á los infelices, que, gimiendo tristemente bajo el desamparo y la miseria, habían de ser los primeros que el asesino general inmolará por encontrar en ellos el pábulo favorito de la indigencia. ¡Loor eterno á tan memorables prosélitos, que posponiendo sus comodidades, y aun su salud misma, se adelantaron á practicar obras de tanto realce á los ojos del universo! Antes de la aparición de dicho mal, y en el tiempo de su violencia, siempre se hallaron abiertas las puertas del socorro á los necesitados, y cuando sus estragos se encontraban limitados á la capital, en acuerdo del 7 de Marzo, después de haber convenido en varias medidas oportunas de salubridad general, determinaron que una comisión facultativa
pasase á observarlo, dignándose acordarme el honor de depositar en mí su confianza para objeto tan laudable, por lo cual, trasladado á la Habana con el fin de informarles desde allí acerca de su funesta influencia como igualmente de los diversos métodos de curación puestos en práctica para combatirlo, tuve ocasión de analizar y ver por mí mismo los tratamientos que muchos médicos seguían, y después en la dicha ciudad de Matanzas, mi residencia, la multitud de enfermos que ocurrieron á ponerse bajo mi dirección ha sido el principal elemento de mis observaciones, y faltaría á uno de los deberes sagrados que me impone la noble profesión que egerzo si espectador indiferente de semejante calamidad, hubiese omitido el recoger notas y datos, que aunque en sí no envuelvan otro mérito que el de poder servir al complemento y perfección de la historia general de esta plaga formidable, al menos lisonjean mi imaginación en haber hecho los esfuerzos posibles al bien y obsequio de la humanidad. Este pequeño trabajo, que hoy ofrezco á la consideración general, no reúne las esenciales condiciones que se encuentran entre muchos que circulan, por ser hijos de plumas egrecitadas en la tradición de las ideas, y que disfrutan de un alto concepto en la sociedad, antes por el contrario debe considerarse como un simple y mero ensayo de mi corta erudición, por ser la primera vez que presento mis ideas á una censura pública; en él no se encontrará elocuencia, buena versación y estilo, pero sí el mejor deseo guiado por la verdad misma; ella sola condujo mi pluma, y le dió alas para la descripción de cuanto en su contenido se hallará.

Muchas causas y todas poderosas me pusieron en el caso de su redacción; en primer lugar el bien común y general, como queda dicho, á que debe aspirar el que se halla obligado á prestarlo á sus semejantes bajo todos aspectos; en segundo el haber notado lastimada la opinión y nota de la Escuela, donde fui educado, en el concepto de algunos médicos de la Habana, que me creyeron en mi comisión como un simple sobrante incapaz de observación, circunstancia de que, aun cuando yo no haga el mas leve aprecio, porque así me considero, no debo prescindir por zaherir indirectamente el noble orgullo que anima á los Médicos Gadicenses, á quienes Esculapio parece elegir por sus hijos predilectos; y últimamente otros muchos motivos que dimanen de los deseos ardientes en la propagación de las ideas en el suelo patrio, al cual, algunos médicos estranjeros reputan de estúpido e insignificante en los adelantamientos de la medicina, y desgraciadamente así lo conjeturan algunos
compatriotas espúreos, que alguna furia abortó, en cuyo sentir, no reuniendo cualquiera obra el relevante mérito de hallarse en su frontis el nombre de algún Mr. es caracterizada de insípida, fastidiosa y agena de los conocimientos médicos del día; yo creo que así será calificado mi trabajo por estos semi-hombres; mas nada me importa porque no escribo para ellos, ni me tomaría esta incomodidad, si no hubiese personas sensatas, que revestidas de la más sana moral y principios filosóficos, saben dar el lugar y aprecio competentes á toda producción. Si en la mía, como dije, no se halla la completa erudición, amena y seductora elocuencia, y estilo correcto bien dirigido, me sirven de escusa mi poca práctica de dos años que llevo, en el ejercicio de mi facultad, corta edad, ningunos talentos, con que me dotó la naturaleza, y el poco ó ningún uso que he hecho de la pluma hasta el presente para remitir á la posteridad las ideas del siglo, y comunicarlas á mis semejantes; pero alguna vez ha de ser la primera, y todos los escritores por mas completos y exactos que hayan sido, se han visto en el caso de ensayar sus producciones. En esta tal vez se me acusará de poca indulgencia para con los médicos de la Habana; mas tratándose del bien de la humanidad los principios de su razón dictan no haber lugar á la mas leve condescendencia el indulto, ademas que mi espíritu nunca fué el sarcasmo, ni la crítica importuna, y solo si las ideas que presento se refieren á la vulgaridad de los médicos olvidados de sus sagrados deberes y de aquellos, que no siendo tales, una tolerancia indiscreta les hace representar semejante papel en la sociedad, comprometiéndose de este modo la buena opinion de los verdaderos amantes de su ciencia; hablo de los Cirujanos Romanecistas, plaga que por desgracia infesta toda la Isla de Cuba, y sin mas estudios ni observacion que su ignorancia misma, se atreven con el mayor descuido á empresas gigantescas, abusando del deplorable estado de la inocente humanidad, que deposita en sus empiricas manos lo mas precioso que tiene.

Como quiera que una epidemia tan terrible parece recorrer el mundo sin perdonar sitio ni lugar, me pareció que á mi patria, aun exenta de su pernicioso influjo, era lo mas á propósito que podia ofrecerle en la triste esperanza que debe abrigar, y he procedido á trazarle su historia en el nuevo mundo, con los resultados de mi practica. En el primer capítulo, despues de hablar de algunas circunstancias que precedieron á su aparicion, hago ciertas reflexiones sobre el contagio, cuya duda mantiene divididas las opiniones médicas; en el segundo me
ocupo de las causas, insistiendo todo lo posible en dar á conocer aquellas que nos son mas manifiestas; en el tercero pintó el espantoso cuadro de síntomas con que se deja ver este asesino común; en el cuarto hablo de su marcha, duración, terminación, presentando todas las que estuvieron á mi alcance, paso al diagnóstico, donde hago ver las diferencias que se separan de algunas enfermedades, con especialidad del cólico-pilo-mizo, que funestamente me fué bien conocido por haber terminado los preciosos días del hombre, cuya memoria en mi alma no puede menos de escitar las emociones mas tristes; mi pluma cayó de mi mano al llegar á tratar de esta enfermedad, y el sentimiento embotaba mis ideas; ¡Oh víctima inocente de la inexorable parca! recibe aquí este recuerdo de gratitud sincera que te consagra el amor filial. En el pronóstico patentizo las circunstancias mas favorables para vaticinar un éxito feliz, y los cambios súbitos é inesperados que anuncian la muerte, salud ó tránsito á otra enfermedad. El capítulo quinto está dedicado al método curativo de dicha enfermedad, fijado en la inutilidad y observación de los tratamientos empleados, que llegaron á mi noticia, sobre bases fisiológicas y razones de convencimiento médico; en el sesto trato de la convalescencia; en el séptimo del método profiláctico ó preservativo general e individual; en el octavo de los caracteres necroscópicos que he podido hallar en algunos cadáveres; el noveno lo consagro á la parte mas interesante de la historia de esta funesta plaga cual es su naturaleza y asiento hasta ahora objeto de las conjeturas de hombres científicos, estableciendo mi opinión sobre la refutación de las que llegaron á mi noticia á la inmensa distancia en que me encontraba al redactar esta obra; en el décimo traje algunas observaciones que sirven de complemento á todo su contenido, y últimamente en el undécimo se hallan espuestas varias conclusiones que á mi ver forzosamente se derivan de la consideración de todo, cerrando el final con el documento justificativo de mi práctica que el Ayuntamiento de la ciudad de San Carlos de Matanzas tuvo á bien conferirme.
CAPITULO I.

APARICION DEL CÓLERA-MORBO, Y ALGUNAS
REFLEXIONES SOBRE EL CONTACTO.

La historia del cólera-morbo no se había llevado aún por los escritores mas allá de los distintos puntos de Europa, en que se había presentado; pareciendo imposible que atravesase el océano, extendiendo su mortífero poder sobre los habitantes del nuevo mundo, que se creían escudados contra este asesino asolador por la gran distancia que separa ambos hemisferios; y no podían menos de oir con indiferencia sus desastrosos estragos en la India, mirando como un simple objeto de mera curiosidad las noticias que recibían de su mortífera influencia, mas bien que de terror; pero cuando se la vio desarrollarse en Europa, tomando una marcha progresiva; solo llamó la atencion ver que traspasaba los limites de su primitiva localidad, sin que hubiese poder ni fuerza capaz de contrarrestarla, escitando este triste acontecimiento en los animos de todos un vivo y compasivo interes en cerciorarse de sus progresos, mas siempre en la seguridad de conocer nunca á un ente tan formidable, por hallarse su deletéreo influjo sumamente lejano, porque se le considerase incapaz de atravesar el mar, sin que este desvaneciese sus efectos; por la presencia en esta parte del globo de otras enfermedades que muchos miraban como equivalentes, y ya en fin por unita multitud de circunstancias que cada cual pintaba á su modo, alhagando con ellas los seguros animos de todos los que desde alli lo contemplaban. En el mes de Junio del año de 1832 se recibio en la isla de Cuba la sorprendente noticia de haber sentado sus reales el visitador general del mundo en los Estados Unidos de America, y con efecto el ocho del mismo mes se le vio aparecer por primera vez en las ciudades de Quebec y Mont-real del bajo Canadá. No tardó mucho en estenderse por distintas poblaciones grandes de la America del
Norte, con especialidad New-York y New-Orleans, que mantienen un constante y recíproco comercio con dicha Isla, y esta nueva tan inesperada como triste pone en alarma á todos sus habitantes temerosos por sus vidas y intereses, que bamboleaban con la certeza de ser visitados por plaga tan temible, y que como preveían encontraba gran pábulo donde saciar su devoradora saña en la temperatura del clima sus distintas y repentinas variaciones atmosféricas y miserable esclavitud en que viven los negros, por naturaleza indolentes e incapaces de observar el más leve principio higiénico, y que componen una gran parte de las poblaciones. Sin embargo las precauciones sanitarias tomadas por el Gobierno con el fin de evitar la introducción de personas y mercancías procedentes de los puntos pesteados, como también las vagas noticias que circulaban haciendo creer que los que habían sufrido el vómito ó fiebre amarilla no eran invadidos, porque muchos sujetos que lo habían pasado y que á la sazón se encontraban en New-York no lo contrajeron, y otras mil conjeturas de este jaez, tranquilizaron los ánimos abatidos con la imagen del Hado aterrador, que tenían á la vista, y no tardó el desvanecerse el miedo con la desaparición de la epidemia en el próximo entrante invierno, considerándose ya libres de tan cruel azote, y teniéndose por temerario y portado al que sostenia que no pasaría sin hacer su visita. No se oía hablar de semejante enfermedad, y la vida del Monarca amenazada por la parca era el solo objeto de los fervientes votos de todos, que vieron satisfactoriamente cumplidos con la plausible noticia de su anhelado restablecimiento recibida el 22 de Noviembre, y las posteriores sábias disposiciones de la Soberana acabaron de colmar la general alegría. Ya se habían pasado las locuras propias del Carnaval, que con motivos tan poderosos habían escedido á otros años anteriores, y todos se disponían á las austeridades y penitencias que la cristiandad observa durante la Cuaresma, de lo que habían pasado cinco días, cuando he aquí que en medio de esta apacible calma empezó á correr entre la gente de la Habana la tristísima noticia de haber aparecido el cólera-morbo en el barrio de San Lázaro, cuya intempestiva llegada ni aun por asomo se auguraba. Entre la duda y el temor vacilaban los ánimos, y en general se tuvo por incierta la noticia hasta que su progresiva propagación dio lugar á cerciorarse de su veracidad.

No faltaron gentes de conocida sensatez, y entre ellas algunos médicos, que quisieron sostener durante los primeros días de su aparición que verdaderamente era el cólera-morbo; pero
que era el esporádico observado ya en otras épocas, y de nin-

gun modo el espasmódico, que epidémicamente asolaba el mundo.
Esta división de opiniones sobre su verdadero carácter, que man-

tenia disidentes a los médicos, dió lugar a diferentes reunio-

nes y juntas, en las que siempre la pluralidad votó a favor de

la existencia de la epidemia. Muy luego la multiplicación de los
casos dió a conocer bien a las claras el enemigo enmascarado,
y ya no se trató de otra cosa que de mitigar sus estragos por

todos los medios imaginables. Tragéronse a la memoria las esen-
cias anti-cólericas y remedios desinfectantes preconizados en to-
das partes, unos por sus maravillosos efectos, recomendados en

algunas memorias, y otros que la codicia y vil interés presen-
taban como los mejores a los consternados espíritus de los que

cada rato veían la muerte al ojo; y todo el mundo acudía con

el mayor entusiasmo a proveerse de todo lo necesario para com-
battir los primeros ataques del mal. Cada día aparecían nue-

vos remedios preservativos y curativos, con virtudes tan vagas

como arbitrarias, y el crédulo vulgo no titubeaba un solo mo-

mento en recoger cuantos le recomendaban, llegando á tal es-
tremo el desvarío, con que la avaricia pretendía sacar partido de

tan triste calamidad, que el gobierno tuvo que intervenir en
desórdenes de tanto tamaño. Adonde quiera que se volvían los

ojos todo recordaba la lugubre idea del cólera, mezclándose en

las conversaciones así de negocios como en las mas familiares,
y el valor generalmente se hallaba anonadado en ambos sexos;

Unos se refugiaron luego que se cercioraron de su verdadera
existencia á sus posesiones rurales, donde se aislaron comple-
tamente, otros pasaron á vivir á lugares pedregosos, que se con-

sideraban respetados por la epidemia, como la villa de Guana-
bacoa, en donde era tal la multitud de gente que acudió que hu-
bieron de retirarse algunas personas por no encontrar capa-
cidad donde alojarse, otros buscaron á las inmediaciones de aguas
minerales, sitios también privilegiados en el concepto de mu-
chas personas que las ponía á cubierto de la invasión del mal,
algunos se trasladaron al Norte de América, y últimamente el
mayor número permaneció en la ciudad, cargando en sus bol-
sillos pretendidos específicos, pertrechados de franela interior-
mente y desinfectando sus casas con abundantes provisiones de

eloruros. Pareció indispensable el arreglo del régimen alimen-
ticio, y se tenía como por un sacrilegio de alta gravedad el uso
de vegetales y carnes sueculentas, de que algunos despreoc-
cupados se alimentaban sin interrupción respetando las leyes del

hábito, y en general casi todos se redujeron á una estricta y
rigorosa dieta, suspendiendo el continuo uso del café, que tan
frecuente es entre todos los cubanos y sustituyéndolo con las
infusiones de la camomila, té, yerva-buena, salvia &c con sus
correspondientes gotas anti-cólicas, que constituían el éter, látu-
dano, menta &c.

Este era el régimen sobre poco más o menos de la mayor par-
te de los vecinos de la Habana, cuando los habitantes dieron la ciu-
dad de Matanzas, situada a veinte leguas del teatro del mal, se
mantenían en la más atenta expectación de la suerte de aque-
los, y siguiendo enteramente su misma conducta; su gobierno
ceñido del bien general, no dejó de tomar cuantas medidas le
parecieron condúcates, tanto a la paliación de sus desastres en
su invasión, como para contenerlo en su aproximación. Esta ciu-
dad efectivamente temía con razón a la epidemia por lo insalubre
de su situación topográfica; se halla situada a los 23.° de la-
situd, bañada por el Norte por un río llamado Yumuri y por el
Sur por otro dicho de San Juan, cuyas márgenes se hallan inun-
dadas de pantanos y cienagas, que desprendiendo continuamente
principios místicos, deben considerarse como el principal foco
de donde dieran la mayor parte de las enfermedades que se pa-
decen entre sus habitantes. Todos los años después de las llu-
viast, que tan abundantes son en este clima, se ven desenvolviendo
disenterías, asmas, nevroses y fiebres intermitentes, que no ce-
den a veces a otros remedios que al de la traslación a puntos dis-
tantes de dichos focos; cuantas ocasiones en mi práctica he ape-
ladó a semejante determinación, otras tantas he visto desapare-
er sin el auxilio de medicamentos enfermedades hijas de la ac-
ción de las emanaciones pantanosas sobre la economía, gracias al
zelo del gobierno que infatigablemente se ocupa en destruir es-
tas segundas puntas que tanto daños acarrea a una población,
que empieza a hacerse rica por su continuo comercio y laborio-
sidad de sus habitantes. Además de este fecundo origen de ma-
less que en el encierro Matanzas; toda la ciudad se halla rodeada
de lomas ó montañas que atrayendo continuamente las nubes
que vagan en las regiones de la atmósfera, depositan en todos
tiempos una gran cantidad de humedad, que reunida a la inconst-
tancia de la temperatura propia del clima pueden mirarse como
concausas para favorecer el desarrollo de las enfermedades pro-
ducidas por los mismas pantanosos, ó para aumentar su inten-
sidad. Es prodigioso ver por la mañana temprano la cantidad de
niebla que envuelve á la ciudad, que no deja distinguir ni aun
las torres a una corta distancia, como en varias ocasiones lo he
observado desde la inmediata loma de San Juan, que la domina úni-
camente se percibe una gran nube espesa y al parecer impenetrable, que mas tarde con la fuerte accion del Sol se disipa.

A pesar de todo esto en la ciudad desde el mes de Noviembre del año anterior se disfrutaba de la mas completa salud, no se notaba una enfermedad aguda y solamente algunos afectos cronicos eran la ocupacion de los medico- nes, nunca en el sentir de los mas antiguos vecinos habia disfrutado la poblacion de un beneficio igual; la influencia de las causas morbosas citadas no obraba, ni tenia la mas leve accion sobre ningun individuo, y ni aun a los desarreglos en comidas y bebidas propios de los dias de pascua, y noche buena se siguieron trastornos sensibles en la salud. Principia el año nuevo, y con él sigue el perfecto estado de la salud, hasta fines de Enero en que empezaron a notarse algunos catarros; convulsivos, ataques de asomas pertinaces, neuralgias rebeldes y colicos repentinos sin causa manifiesta. Esta categoria de males, que sin ser demasiado numerosos, daba que hacer a los medico- nes, no cedia a los remedios mejor indicados hasta después de haber molestado a los pacientes por unos cuantos dias en que desaparecian, sin haber un solo caso tenido una funesta terminacion.

En esta época visitaba yo el Hospital Militar y de Caridad, y observaba las salas de esta clase de enfermos, que al principio atribuia a ficciones con que los Soldados suelen presentarse en el Hospital con la idea de lograr algunos dias de descanso en las fatigas propias de su clase, mas no dejaba de advertir que los mas convenian en un mismo mal, sin que hubiese de unos á otros confabulamiento; y ya esto unido á varios casos, que mi practica particular me ofrecia, hizo que tuviese una certeza de la realidad de lo que adolecian. En ninguno de ellos, ni en los enfermos particulares, de cuya asistencia me encargado, pude descubrir la causa inmediata de sus padecimientos; y siempre me supuse dimanados de los desarreglos y escesos que son inherentes á la vida soldadesca, como tambien de las diferentes alteraciones atmosfericas.

En el mismo mes de Enero muchos hacendados tuvieron una gran perdida de ganado vacuno, muerto de resultas de una enfermedad que los mismos nombran gangrana, en que parece que el animal se reduce á una disolucion putrida y general tan eminentemente contagiosa, que hasta toque cualquiera persona la res, para que poco tiempo despues perezca con unos sintomas muy análogos, y buen cuidado tienen los mayoriales y empleados en las tierras de no permitir que negro alguno se aproxime á tocarla, ni menos coman de su carne, porque se han visto nu-
chos ejemplares de mortandades de esclavos por esta misma causa, y mandan quemarla en lugar de enterrarlá, á fin de evitar la aproximación, pues ni las auras tiñosas, aves que se mantienen y alimentan de los animales muertos que encuentran en los campos, acuden á saciar su hambre, antes por el contrario el instinto les separa de sus inmediaciones. Igualmente en algunos cafetales murieron muchas gallinas y pavos y varios otros animales de pluma, que sus dueños conservan en estas fincas.

Siguió el mes de Febrero casi del mismo modo, á pesar de los grandes escosos con relacion á otros años en las fiestas propias del Carnaval, y en este estado de cosas se recibe la desagradable e inesperada nueva de la aparición del cólera-morbo en la Habana, que causó un gran terror general, huyendo precipitadamente multitud de familias á los campos para subsistir de el imperio del cruel enemigo que por momentos amenazaba. En la duda suscitada en la capital sobre si verdaderamente era el cólera-morbo epidémico ó esporádico, el Gobierno de Matanzas, desentendiéndose de ella, dicta providencias energicas, alargando su mano protectora á la gente desvalida á quien se auxilia con todo lo necesario para su mejor régimen de vida, se asena la población, se encalan todas las casas interior y exteriormente, se mandan encender hogueras durante la noche con combustibles resinosos y aromáticos, y últimamente se dispone todo lo mas acertado y conveniente para que los comestibles, de que el pueblo se surtía, fuesen de buena calidad, todo lo cual estaba bajo la inspección de comisiones nombradas al intefuto. Pasau los primeros días del mes de Marzo, y la ciudad aun disfruta de el cabal salud, según los partes dirigidos diariamente al Gobierno por los médicos. Del 20 al 25 del propio mes se presentan algunos enfermos con los síntomas del cólera-morbo hacia el barrio de Yumuri entre las gentes infelices consumidas por las privaciones de toda especie y trabajos penosos, que ocupaban las casas situadas sobre los pantanos que se hallan sobre la már- gen Sur del rio de este mismo nombre, compuesta de cuartos poco ventilados con un hedor bien repugnante, y la autoridad como para hacer el ultimo esfuerzo contra un enemigo que harto tenía; y considerando que había principiado á ejercer su furor por los sitios donde encontraba sus elementos, toma la sabia determinación de hacer mudar en el término de pocas horas á todos los vecinos del referido barrio, designándoles otros puntos de la ciudad mas ventajosos para su alojamiento, y con efecto esta oportuna medida pareció mitigar por el pronto la furia del mal que amenazaba irradiarse desde aquel centro de in-
Sección a toda la población; pero no tardaron en presentarse nuevos casos sobre la márgen norte, también pantanos, del río de San Juan, y he aquí la epidemia progresando de la circunferencia al centro de la ciudad de tal modo que en el 28 del mismo mes ya se contaban en su interior multitud de casos.

Los vientos reinantes en estos días fueron variables de Norte a Sur aunque siempre predominando este último que el 2 de Abril se entabló permanentemente y con alguna fuerza, y continuó así hasta el veinte y dos de dicho mes, sin ser seguido de las lluvias que por lo general lo acompañan. La temperatura era variable, en términos de notarse una baja considerable en el termómetro durante la noche, mientras que el día se presentaba con un calor sofocante. Estas alteraciones tan sensibles sin duda, y á mi modo de ver eran la causa de que todos los que contraían la epidemia fuesen invadidos luego que el calor de Sol dejaba de influir sobre la atmósfera, y comúnmente era llamado para visitar nuevos enfermos desde las cinco de la tarde hasta las diez de la mañana del día siguiente; y casi todos los que veía desde la madrugada hasta la hora dicha eran los más graves, pues que acometidos de la enfermedad desde la media noche había tomado esta un incremento grande en aquellas horas, que pasaban en la inacción, ó haciendo uso de remedios que la experiencia me mostró como enteramente nocivos y perjudiciales, cuyas virtudes se preconizaban con el mayor entusiasmo, y eran impelidos á su administración en el entretanto acudía el médico en su socorro.

Siguieron multiplicándose los casos y con ellos la consternación popular en vista de que la mayor parte de los médicos, á quienes el público en esta ocasión miraba como sus verdaderos patronos fueron invadidos los primeros, así es que me encontré casi solo para luchar contra una enfermedad, bajo cuyo mortífero imperio gemía tristemente una población de más de quince mil almas, según puede verse en el documento que al final copio, dado por el Ilustre Ayuntamiento de Matanzas, que tanto honor ha querido dispensar al ningún mérito, y de cuya autenticidad es un fiel testigo todo su noble vecindario.

En la casa, donde era invadido alguno de sus habitantes, estaba muy seguro de encontrar al día siguiente uno nuevamente invadido, ó muchos más si la familia era dilatada, y en la que desgraciadamente moría un individuo, le seguían en la misma adversa suerte dos ó tres más. Parece que la epidemia elegía con predilección á ciertas casas para saciar su enconado furor en los moradores, en el entretanto que los de las contiguas per-
manecían tan solo en la más triste observación. Del mismo mo-
dod aparecía con particularidad en ciertas calles, perdonando á
otras inmediatas para volver á caer sobre ellas, y aun en estas
mismas parecían limitados sus estragos á una acera, conserván-
dose la opuesta impune; este mismo órden de anomalías, que
presentaba la enfermedad en su invasión en el seno de la po-
blicación, se le observó que guardaba cuando abandonando á esta
se trasladó á los campos donde su furor era implacable.
Durante la epidemia no se observó ninguna enfermedad de
otro carácter, y muchas de las crónicas, que existían con an-
terioridad, muy luego degeneraron en la reinante. A mediados
del mes de Mayo empezó á calmar su furia, presentándose en-
tónces algunos casos de fiebre amarilla, con esta anticipación
impropia de todos los años y complicándose comunmente del
segundo al tercer día con los síntomas del cólera-morbus, y se
manifestaron algunas fiebres intermitentes cólericas, que hacían
sucumbir al paciente en la segunda ó tercera acceión si el fa-
cultativo andaba remiso en administrarle una gran dosis del
sulfato de quinina, de todo lo cual mi práctica me ha ofreci-
dó repetidos egemplares.

Ya Matanzas en estos días respiraba de algún modo por la
gran disminución de casos, y el gobierno que observó desva-
ñecidos los estragos de la epidemia determinó rendir las gra-
cias al Todo-podéroso por haberse aplacado su ira sagrada, y
efectivamente la salud pública continuaba bien cuando empeza-
ba á ejercer sus desastres por los campos, y todos los que se
habían refugiado en sus posesiones vuelven apresuradamente á
pesar de las amonestaciones que la autoridad les dirigió para
que no entrasen en la ciudad. Sea que tragesen ya en sí el
principio mortífero productor del mal, ó que lo encontraban
en la población, el resultado es que fueron invadidos la mayor
parte unos desde sus mismas fincas, y otros luego que llega-
ron, y con ellos algunos otros, que permaneciendo tranquil-
os en sus casas, no la habían contraído anteriormente, de
suerte que durante dos semanas apareció de nuevo la epidemia
aunque el número de enfermos no llegó á ser tan considera-
ble y excesivo como había sido la vez primera.
Toda la ciudad durante la epidemia no ofrecía á la vista
del observador, que detenidamente la contemplara, más que un
teatro donde á cada instante se representaban escenas de an-
gustia y de dolor. Por las calles no se encontraban más que
presuntos portadores de medicamentos, en cuyos rostros se ha-
llaba descifrada la imagen del terror, otros que ausiaban por
el Médico, algunos por el Sacerdote, ¿cuántas ocasiones hubiera querido tener diez cuerpos para atender á otros tantos desvalidos, que amargamente imploraban mi socorro! Plugo al cielo que pasasen horas tan desdichadas, y ya Matanzas mediante un considerable número de víctimas puede agregar esta triste calamidad á las páginas de la lúgubre historia de sus infortunios.

Por lo hasta aquí dicho se echa de ver que la epidemia empezó á egercer sus estragos en Matanzas desde el veinte y cinco de Marzo, es decir un mes después que en la Habana, que su mayor incremento fué del cuatro al once de Abril, y que desde este día hasta principios de Mayo fué en declinación. En cuanto á la violencia e intensidad del mal en el principio y en su incremento, disminuyendo estas al par que se amonoran los casos, yo si he de decir lo mismo que he observado confieso ingenuamente que en todos sus periodos he tenido casos que caminaban con la mayor rapidez, mas no dejé de notar que en su terminación se presentaban algunas diarreas, que de ningún modo venían acompañadas de síntomas coléricos, y en cuyos enfermos permaneciendo en una atenta observación sugestándolos solamente á una rigorosísima dieta También noté algunos que se manifestaron con un aparato repentinamente alarmante de síntomas vomitando y evacuando á la vez, sin que los materiales arrojados fuesen coléricos, cuyos trastornos pasaban prontamente á beneficio del reposo, una trasmisión moderada, la dieta y los subacidos, de consiguiente ignoro si á estos enfermos deba considerarlos como acometidos levemente del influjo epidémico; es preciso convenir en que alguna parte tenía, puesto que generalmente eran invadidos de semejantes dolencias sin encontrarse causa á que atribuirlas del mismo modo que las que he dicho precedieron á la aparición de la epidemia.

Muchas personas sostuvieron tenazmente al observar el modo de invasión de dicho mal la idea de un eminente contagio, y no hay duda de que se encuentra alguna cosa particular en su propagación, lo cual hasta ahora mantiene divididas las opiniones de los escritores; unos sostienen y es el mayor número que de manera alguna se comunica de persona á persona como sucede con todas las enfermedades contagiosas, y otros aseguran lo contrario. Hechos que al parecer favorecen ambas opiniones ofrece la marcha de la epidemia, por lo cual sin que se crea espíritu de partido ni preocupación á favor de una ú otra, espondré los datos que corroboren la mía, nunca con la idea de grangear partidarios, antes bien dejando á cada uno en
la plena libertad de adherirse a aquella en que encuentre más razones de convencimiento.

Los partidarios del contagio dicen que es una enfermedad, cuyos efectos se desvanecen en su tránsito por las aguas, que el mar embota su actividad, y que verdaderamente camina por tierra trasportada en mercaderías, y por soldados como fueron los rusos de donde hacen traer origen la cadena infectante y contagiosa, salvando así la objeción del continuo trato y comercio que mantienen los ingleses y franceses con varios establecimientos que estas naciones tienen en varios puntos de la India, en que reinaba la enfermedad desde el año de mil ochocientos diez y siete, sin que jamás hubiese sido importada por los barcos que continuamente arriban á sus puertos. Citan también en apoyo de su opinión los médicos y enfermeros que han muerto habiéndola contralido en el desempeño de su ministerio luego que se pusieron en contacto con los coléricos, de lo que la ciudad de Matanzas le ofrece algunos ejemplos, y últimamente hacen presente la aparición del mal en lugares todavía sanos, por haberse refugiado en ellos personas que huían de donde se padecía.

A primera vista sus argumentos parecen estar dotados de toda aquella fuerza que dispensa la razón, mas hechos innegables y razones poderosas se les puede oponer sin que el espíritu de prevención á favor del contagio sea capaz de negar fundamentos de eterna verdad.

Dicen que la acción de la epidemia se desvanece en el mar, y que su camino siempre lo hace por tierra, y entonces como se ha desarrollado en el nuevo mundo, y como la inmensidad de mares que ha atravesado dejó de neutralizar sus efectos? Parece que solo hacer presente su aparición en América bastará para destruir el primero de sus argumentos, además de muchas y sábias reflexiones espuestas por hombres juiciosos en contradicción de unos cálculos tan erróneos. Dirán tal vez aun concediéndoles la posibilidad de poder llegar con la actividad necesaria para desplegar su energía, que ha sido importado en mercaderías, y que el soborno y progresos de las relaciones comerciales entre las naciones dejaron ilusorias las providencias del gobierno en el rigor de las cuarentenas, espurgas, ventilación de géneros &c., mas siendo así deberían haberlo contraido y sucedido los primeros aquellos sugetos que se pusieron en contacto primeramente con los importadores ó con los géneros que le servían de excipiente; debieron aparecer también sus primitivos estragos en los barrios en que habita esta clase de
gentes, antes que en ninguno otro; el zelo de las autoridades en todas partes donde ha reinado, que se ha ocupado en indagar seriamente su origen para castigar con la mayor severidad a los infractores de sus órdenes, debía ser igualmente ilusorio. Siempre ha sucedido que la epidemia ha principiado por los barrios y entre las personas que ha encontrado sometidos al influjo de circunstancias capaces de facilitar su desarrollo, y bajo condiciones insalubres suficientes á que espontáneamente aparecza, cuando se halla á cierta distancia, y para mayor confusión de los contagionistas estos han sido los mas lejanos de los en que suelen almacenarse los géneros, y cuyos habitantes no están en relación con los agentes del comercio, además de haberse observado repetidas ocasiones su aparición en pueblos interiores y bien distantes de las costas. En ninguna parte tampoco ha sido posible averiguar el origen del mal, por mas prolijas que hayan sido las investigaciones, y todo se ha vuelto conjeturas que nunca han dado por resultado la certez del hecho. En cuanto á los médicos que contrajeron la epidemia luego que se relacionaron con los enfermos coléricos, nadie puede asegurar que ellos dejasen de ser invadidos sin esa causa, y á los que enfermara en Matanzas todos los he visitado, y en ellos he hallado predisposiciones particulares, además del terror al mal que en ellos obraba, y de que nadie puede prescindir por mas que diga, y mucho menos los que ejercen la profesión del arte de curar. De ellos perecieron tres, en los cuales medían causas bien distintas que me serían fáciles describir por conservar la historia de sus enfermedades, y el uno de ellos no murió sino en la terminación de la epidemia, es decir un mes despues de estar en contacto con los coléricos. Acaso podrá decirse que el mal guardó todo este periodo de incubación en dicho individuo, mas lejos de nosotros semejantes subterfugios, que en el no había otra incubación que hallarse sometido al influjo epidémico como todos estábamos, y el mal se desarrolló mediante escesos que me constan y á que muy luego se siguió una marcha espantosa cuya funesta terminación precipitó el mismo con remedios intempestivos que le parecieron adecuados y conducentes á su situación. El que la enfermedad haya aparecido en lugares donde no se padecía por la llegada de alguna persona que huía ó era procedente del sitio apestado, tampoco es razón convincente en el entretanto no pueda justificarse por los adversarios que aquella parte hubiera quedando impune sin este requisito, y que su desarrollo fue consecuencia necesaria de aquel individuo que la importó. Muchas
ciudades se han aislado completamente y han observado sus moradores preocupados con la más alta idea del contagio leyes sanitarias las más rigurosas, y en el seno de estas mismas la vemos desplegarse más sanguinaria, sin duda por que antepusieron las medidas de incommunicación y aislamiento á las verdaderamente higiénicas, y otras habamos visto mantenerse impunes en medio del trato y comunicación mas frecuente con las ya apestadas, y si acaso en alguna de ellas se presentó aparecer como una pequeña ráfaga, cuyos efectos casi fueron instantáneos, debido a que cuidaron de la rigorosa observancia en los preceptos higiénicos con antelación á todo, posponiendo enteramente las leyes de incommunicación, cuya inutilidad era bien conocida. Muchos egemplares de esta clase ofrecen las distintas historias de la enfermedad que nos ocupa, y los campos de la desgraciada Cuba reúnen muchos esos, pues considerándose sus ingenios y cafetales como pequeñas poblaciones donde habita determinado número de individuos y siendo regidos por sus dueños disidentes en opiniones sobre su propagación, unos han sufrido muchas pérdidas, otros han tenido pocos quebrantos y algunos han libertado sus fincas de padecer semejante mal.

Casi todos los que han huido de la epidemia generalmente hablando la han contraído, y estos, á causa del terror que les imponía, son los que menos se han relacionado con los enfermos, y por el contrario aquellos que la han buscado y que han estado en un contacto inmediato con ellos, son los que menos han sido atacados, y la razón de esto se concibe fácilmente ateniéndose á que en estos últimos no mediaba la predisposición del terror que amonadaba los débiles espíritus de aquellos. Aún puede reponerse diciendo que personas no susceptibles á afecciones del alma de esta clase, como son los niños y negros bozales, contrajeron la epidemia así que tuvieron un contacto inmediato con los apestados, pero nadie puede negar que los muchachos si carecen de la predisposición del terror, poseen en sí los elementos de otras muchas como son todos los desarreglos del aparato digestivo que son consiguientes á sus pervertidas digestiones, además de las que son inherentes á la edad en que se les considere, á la presencia de las lombrices &c. según he observado. Y á los negros bozales además de que se hallan también inclusos en el catálogo de las predisposiciones comunes á todos, ¿quien les ha quitado á su alma la facultad de afectarse de varias suertes, como á todas las personas les sucede? ¿Acaso el modo de expresar sus senti-
mientos, si es que difiere del nuestro, puede establecer alguna diferencia en la manera de afectarse su alma? Era preciso probar que se hallan dotados estos hombres de otra clase de espíritu distinto al nuestro, lo cual es enteramente imposible, porque la cultura y civilización, que deben mirarse como accidentes que nos distinguen de ellos, por sí solos son suficientes para probar y establecer una real y esencial distinción.

Es menester convenir, al menos parece fuera de duda, que existe alguna cosa particular en la constitución atmosférica del sitio donde reina el cólera-morbo, puesto que sus efectos se hacen bien sensibles aun en las personas en quienes no ha tenido lugar su desarrollo, por esta razón han sido tan comunes y generales en toda clase de sujetos: los borborigmos á que el vulgo daba el nombre de ruido ó revolución de tripas, latitudes espontáneas, y á veces vértigos, sin que á ellos se siguiesen trastornos sensibles en la salud del individuo, si una causa escitante á ocasiones desconocida para el mismo, no llegaba á hacer patente la enfermedad que aguardaba ese requisito. Aun en las mismas casas y cuartos de los pacientes existía esta causa misteriosa e invisible, que no se mostraba sino por sus efectos, así es que muchas veces, sin haber tenido la más leve alteración en mi salud, al pulsar algunos enfermos, parece que me ponía en contacto con una máquina eléctrica; seguía la connoción que mis dedos experimentaban y que duraba todo el tiempo que empleaba en visitarlo; otras he sido acometido al entrar en el aposento del paciente dé calambre en los dedos de los pies, que no han desaparecido hasta pasado un buen rato que me retiraba, sin que á esto hayan sido subsiguientes ninguno de los síntomas del cólera. Igual cosa ha sucedido á algunos sujetos despreocupados del terror, cuyo acontecimiento me han consultado, creyéndose próximos á la invasión del mal, sin que en ellos cupiese la menor idea de aprensión.

Se ha visto también que muchas personas que han manejado los enfermos, y los cadáveres de los fallecidos á impulsos de la enfermedad en cuestión, no han padecido la más ligera indisposición, y permanecen en estado de completa salud; cuantas madres he visto abrazadas con sus hijos, y recoger su pos- trer aliento, como si con esta acción propia del cariño materno pudiesen calentar en su seno aquel animado cadáver que les debía el ser! y sin embargo estas á pesar de la pena que en ellas obraba por pérdidas tan caras, jácenas padecieron el mal. Yo
mismo he sido impregnado repetidas ocasiones con los vomitos de los pacientes, he percibido su frio aliento, he tactado su lengua algida, he comparado la temperatura de las distintas partes de su cuerpo, y entre sus heladas manos ellos han comprimido la mia, implorando los socorros de que me creian dispensador, sin haber tenido la menor alteracion en mi salud, de la que he disfrutado cabalmente.

Para que á una enfermedad pueda llamarse contagiosa es preciso que el principio deletereo ó misma obre generalmente sobre los sujetoospuestos á su influencia, cualquiera que sea su edad, temperamento, idiosincrasia, genero de vida &c., ó cualesquiera que sean las circunstancias en que se hallen, produciendo en ellos una enfermedad idéntica y conforme á aquella de donde dimanen, sin esto jamaes puede llevar consigo la divisa del contagio. Cuando las fiebres intermitentes se declaraan entre las gentes domiciliadas en las inmediaciones á un pantano, no pueden denominarse contagiosas, aunque se vean desarrolladas en muchos individuos á la vez, y consecutivamente en unos despues de otros, seria un error craso, imperdonable, al par que temerario, sostener absurdos de esta clase, y no hay un médico de una practica mediana que deje de haber observado como se propagan los afectos nerviosos en el seno de una misma familia á todos los miembros que la componen, ó á la mayor parte de ellos, sin que en esto se suponga la mas remota idea del contagio.

Muchas mas razones pudieran esponersé que corroboraran una verdad que está al alcance de todos, y á cuyo favor se inclina la justa balanza del raciocinio, mal que le pese á algunos médicos (entre los que es bien estraño por deber hallarse cerciorados de muchos hechos convincentes) que quieren aun sostener la idea del contagio, por encubrir tal vez el terror que los abrumaba, y que fué la causa de que sufriesen la enfermedad, á la vista de las infelices victimas, á quienes estaban obligados por un voto solemne, prestado ante las aras de su ciencia, á tender su mano protectora.
CAPITULO II.

ETIOLOGIA ó EXPOSICION DE LAS CAUSAS DEL CÓLERA-MORDO.

El examen mas escrupuloso y detenido de los fenómenos naturales hasta ahora no ha producido mas resultados, que congeturas y suposiciones, cuando se pretende desenvolver el orden de causas eficientes que asisten á la aparicion de la epidemia dominante. La imaginacion humana errante entre la diversidad de combinaciones, y efectos tan variados que la naturaleza en sus juegos ocultos le presenta continuamente, se estravia en el intrincado laberinto de misterios y principios nuevos que cada dia le son revelados por los importantes adelantos que los estudios fisicos hacen en el vasto campo de la ciencia, y su fagazidad inventa miasmas, alteraciones de elementos, choques, atracciones y repulsiones de los mismos, corrientes de aire, y de fluidos imperceptibles, y otros mil trastornos desordenados en el orden natural de las varias cosas que pasan entre nosotros sobre que el espíritu de versatilidad funda teorias y opiniones arbitrarias á que cada-cual dá la preferencia. El acaso, manantial fecundo de descubrimientos importantes en los varios ramos de la fisica que condujeron á la razon á sorprender maravillosos arcanos que se nos ocultaban misteriosamente, quizas algun dia coronará los infatigables esfuerzos de los sabios que con denudo trabajan en la averiguacion de un hecho de tan alta importancia.

El aire generalmente es el acusado de muchos males, que vemos aparecer entre nosotros, como si este fuese solo el vehiculo de todos ellos, y no estuviésemos en relacion con otros agentes poderosos escipientes de multitud de enfermedades, cuyo origen se nos oculta. Verdad es que la atmosfera en que estamos obligados á vivir, que nos rodea y se eleva á una altura determinada de nosotros, es un inmenso y gran laborato-
rio donde entrán á sugetarse al imperio de las afinidades químicas infinitas cuerpos que diariamente se escapan de entre nosotros, dejándose ver otros enteramente nuevos, cuyo alternado contraste conserva el orden admirable y duradero de las distintas cosas que pueblan el universo, y á su vista y consideración la existencia del hombre, Señor absoluto de los seres, se engrandece y parece querer elevarse al conocimiento de lo abstracto é inmaterial; verdad es igualmente que de este continuo trabajo intestino y elemental, así como de sus repentinísimos cambios de temperatura, mudanza de dirección en sus corrientes, metéoros y alteraciones de todas clases depende la producción de muchos desórdenes en las funciones de la vida, á cuyo impulso la especie humana en cuanto á lo material se halla obligada de obedecer á las mismas leyes que rigen y gobernán á los demás seres; pero también es muy claro y verdadero que el agua y la tierra no le son menos indiferentes para su conservación y destrucción. Ya lo había expresado Hipócrates en su gran obra de aere, aquis, et locis y aun el mismo Sidhenam, diciendo que la tierra no es una costra inerte y pasiva, ella contiene en sí, y dá origen á distintas producciones, que al par que sirven para la ostentación de la magnificencia y poder de la naturaleza misma, están destinadas á la conservación del hombre al mismo tiempo que para su ruina y aniquilamiento; sus entrañas abrigan un trabajo constante y activo de infinitud de cosas, cuya existencia nos la comunican la multitud de fenómenos que observamos sobre su superficie, y reunidos á los que las aguas y la atmósfera ocasionan son causas de infinitos otros, cuyo número y complicación le es imposible calcular al entendimiento humano, y aunque le fueran realmente conocidos, es tan débil en sus resortes y arbitrios que jamás encontraría medio para neutralizar sus efectos, combatiéndolos y subyugarlos á su dominio.

En muchas partes donde reinan enfermedades endémicas como en las inmediaciones de las lagunas Pontinas, orillas del Ganges Sc. no ha podido encontrarse en el aire la menor diferencia en su composición de la del mas puro y salubre, y en París mismo se practican en distintos puntos de la ciudad, y en el incremento de la epidemia los mas prolijos y exactos análisis de dicho fluido, y siempre se encontraron en él las debidas proporciones de oxígeno y azote indispensables para ser bueno y respirable; pero existen en su combinación fluidos imponderables, por cuya presencia ó falta adquiere cualidades capaces de ocasionar grandes trastornos, tales son los eléctrico,
magnético, luminico &c. Algunos sábios se dedican con esmero en la actualidad á indagar las influencias que pueden tener, y sus resultados en la economía del hombre, y parece querer ya aproximarse al verdadero detalle de la causa malévolá, cuyos efectos han sido los cruces y formidables estragos de la plaga que ansiosa de víctimas nos circunda, mas necesitan apurar más sus investigaciones para llegar á formar consecuencias exactas, y aclarar todo lo posible su esencialidad; en el entre-tanto contentémonos con el estudio de las predisponentes que nos son bien conocidas.

Entre estas presentanse en primera línea las pasiones depresorinas de la vitalidad como el miedo y el terror, que tienen por efecto inmediato una sensación de pena interior, disminuyendo la actividad orgánica esterna, y concentrándola en las vísceras con más ó menos rapidez y violencia según el tamaño ó intensidad de la causa que las produce, y si éste estado no sucede una reacción, ya efecto de la impresión de la pasión misma ó de otra que le sustituya, la languidez y depresión en los aparatos esterióres, y aumento de acción en los internos desenvuelve enfermedades y afectos orgánicos considerables; en efecto siempre que dominan estas afecciones del alma, el aparato locomotor parece caer en un profundo sueño, de que no sale por las impresiones producidas en las espasiones sensitivas esternas; porque la sensibilidad de estas ó la facultad de percibir se encuentra disminuida, la piel se enfria, la respiración desaparece, el corazón se oprime y no se dilata bien por la presencia de la sangre, y el pulso se halla pequeño y concentrado y de consiguiente ejecutándose la circulación de la sangre con imperfección, sucede angustia y pesadez en el pulmón, que obliga á producir suspiros para poder ensanchar la cavidad torácica; sobreviene una incomodidad grande en el epigastrio, y el estomago parece enfriarse. Estos desórdenes se hacen tan to mayores, mientras la pasión es más permanente y duradera, y la idea que la produce se halla tanto mas fija en el célebro, asi que la pasión del miedo y terror á la presencia de la enfermedad que nos ocupa, reuniendo todas estas circunstancias hace al sujeto poseído de ella sumamente predisposto. Todas las afeciones del alma en grado heroico de cualquier clase que sean deben contarse entre el número de predisposiciones; porque todas causan trastornos mas ó menos sensibles en la economía, por tanto el amor propio ofendido, la tristeza, los celos, la envidia, la cólera, el furor, la ira, el odio, la desesperación, los reveses inopinados de fortuna, la alegría suma, el placer
muy continuado así pertenecen á esta categoría. Siguense luego los escasivos ejercicios de las potencias ó facultades intelectuales, como la asidua aplicación de la imaginación sobre un mismo objeto, los trabajos mentales continuados por un estudio constante, y las profundas meditaciones, que son causas de vigilias prolongadas, entran también en el catálogo de las predisponentes á la enfermedad.

Del mismo modo que hemos dicho que las afeciones del alma, cuyo efecto inmediato es concentrar la vitalidad en los órganos internos, se hallan en la primera clase de las predisposiciones á contraer el cólera-morbo; así en cuanto á las que dependen de la influencia de causas físicas, tienen la preferencia todas aquéllas que producen igual efecto, ocasionando puntos de irritaciones que dan origen á lleguasías internas, especialmente las que se dirigen sobre el aparato gastro-intestinal, porque siendo sus relaciones simpáticas mas numerosas, con mas prontitud causa la enervación de la vitalidad en mayor número de órganos; de consiguiente las indigestiones, cuya secuela forzosa siempre es la irritación de este sistema, la demasiada repelición del estómago, el uso de malos alimentos, y aunque estos sean de buena cualidad su abuso, el de las bebidas espirituosas, alcohólicas y fermentadas; el inmoderado é intempestivo uso de emélicos, y de purgantes, que algunas personas toman con la idea de limpiarse el estómago que le consideran ocupado de cierta cantidad de saburras, dependientes siempre de su irritación, * y últimamente todas las cosas que ingeridas en la cavidad del estómago puedan elevar este órgano á un grado de vitalidad escesiva, dando origen á su irritación; las lleguasías crónicas del mismo aparato, su susceptibilidad ó predominio vital, y todas las que, residiendo en otros órganos, irradián simpáticamente sobre esta misma entraña sus padecimientos, así que pueden contarse en el número de causas predisponentes toda las que sostienen esta clase de lleguasías, y las producen así como la presencia de las lombrices en el interior de la cavidad intesti-

* Es admirable ver la rapidez con que se siguen los síntomas del cólera-morbo en esta clase de personas que usan el vomipurgativo de le Roi; y en algunas otras por una simple toma de magnesia ó cremor que se administran, cuando se hallan en los prodromos del mal; guiados por la ocupación que sienten en su estómago: apenas dá lugar á distinguir estos del periodo mas intenso de la enfermedad.
nal por la continua estimulación que le causan, la habitación en parajes oscuros poco ventilados, ó inmediatos á toda clase de depósitos inmundos; las reuniones grandes de muchos individuos, la retención de inmundicias en las habitaciones ó aposentos; las fiestas de parte de noche con veladas prolongadas, el desasosiego en los vestidos; y su insuficiencia para el abrigo y las convalecencias de enfermedades agudas con particularidad de las que provienen de desórdenes e inflamaciones gastro-intestinales del mismo carácter; todas las causas capaces de cohibir la traspiración cutánea y pulmonar tienen un gran influjo en los sugetos para contraer el cólera; tales son la exposición repentina de una atmósfera calurosa á una fría, el desabrigarse imprudentemente cuando se está sudando, ó colocarse frente de una corriente de aire en el mismo estado, el dormir al sereno y descubierto; la falta de un abrigo regular en la cama durante la noche, que en muchas personas sucede involuntariamente cuando están dormidas *; el uso de bebidas frías cuando el cuerpo está caluroso, el andar con los pies desnudos sobre el suelo frío y humedo no teniendo semejante costumbre, el baño frío estando el cuerpo traspirando, y la salida de los baños tibios en parajes donde reciba el sujeto alguna corriente de aire frío, todas son causas que pueden mirarse como el primer escalón para contraer la enfermedad. El abuso de los placeres del amor es otra de las poderosas predisposiciones al desarrollo inmediato del mal de un modo espantoso; por lo regular en los que se desenvuelve mediante la influencia de esta causa, caen prontamente en la asfixia cólerica, sin que haya poder humano capaz á rebajarlos de la gran enervación que de ellos en el instante se apodera, y si en este estado se reúnen otras predisposiciones como cegnasias internas crónicas, que comúnmente conducen esta clase de sugetos entregados con exceso á los placeres voluptuosos, la muerte se verifica de un modo rápido é instantáneo, del mismo modo que en los jóvenes demagrádicos, descoloridos y marasmódicos, que se entregan sin reparo al de- testable y solitario vicio de la masturbación: su edad en este caso, y su naturaleza empobrecida y miserable al rigor de desar- reglos de esta índole, no sirven ni son suficientes para desarrollar enérgicamente una reacción saludable, y caninán precipitada- mente al sepulcro como último resultado de sus imprudencias.

* He visitado muchas personas, especialmente niños, que fueron invadidos del mal por causas de esta naturaleza.
Los cambios súbitos de la temperatura atmosférica poseen en alto grado la facultad para el desarrollo del cólera, y con efecto la piel en sus distintas impresiones no hace más que seguir el ejercicio de su función con mayor ó menor actividad, según que ellas sean más ó menos fuertes.

He visto también desenvolverse el cólera-morbo en personas que adolecían de afectos esternos, que comúnmente sostenían una suceptibilidad demasiado pronunciada en los órganos de la digestión; y últimamente todo lo que sea capaz de alterar ó variar los fenómenos de la vida, dando origen á desarreglos y trastornos más ó menos sensibles en las diferentes funciones de la economía viviente, cuando reina esta enfermedad, es la causa inmediata de su aparición en el sujeto, pues que ausentándose en el tiempo de la epidemia todos los males de distintas clases, las causas próximas de estos no producen otros efectos que los de la afeción dominante.

Habiéndome llamado la atención el privilegio que disfrutaban los afectos de pecho según el sentir de Mr. Broussais, para no conraer el mal los sujetos que ellos adolecian he observado á muchos con males de esta clase inveterados, y lo que es más ligados á irritaciones crónicas del aparato digestivo, en quienes el cólera-morbo no ha tenido lugar, y sería muy curioso tratar de investigar este fenómeno, que tal vez puede depender de que la irritación ó inflamación del parénquima pulmonar puede oponerse con ventaja ó la concentración vital y paralización del círculo sanguíneo por la fiebre lenta que regularmente es inseparable de este estado.
CAPITULO III.

SINTOMATOLOGIA, Ó ESPOSICION DE LOS SÍNTOMAS

CARACTERISTICOS DEL CÓLERA-MOREO.

Cuál es la diferencia que se advierte entre los escritores cuando se ocupan de la descripción del sitio y naturaleza de esta enfermedad, así es la uniformidad que guardan todos luego que llegan á trazar el cuadro de síntomas que la acompañan. Sobre poco más ó menos se presentan siempre bajo las mismas formas en las varias partes donde ella ha reinado, y si acaso se nota alguna desigualdad, mas bien parece efecto de las pequeñas modificaciones que sufre por el influjo de causas locales limitadas al punto donde aparece, y de las predisposiciones y circunstancias individuales, así que si recorremos su historia observamos su marcha desde el origen del Ganges en las regiones orientales de la India hasta los montes Orales que separan el Asia de la Europa, la seguimos en esta, y nos trasladamos con ella á América, siempre la encontraremos del mismo carácter y condición mortíferos, sembrando en su triste itinerario el luto y la consternación. Vemos calmar sus horrendos estragos en unas partes por la influencia de variaciones atmosféricas, cuando en otras estas mismas mudanzas aumentan su descom- pasa, voracidad y son causas de su aparición en algunas mas del mismo modo condiciones particulares de ciertas localidades, que parece haber querido respetar, en otras le ha servido de pábulo para desplegar con mayor energía su implacable furor, de consiguiente nada se le puede acordar de constante y regular con respecto á su marcha y propagación, pero sí en cuanto al modo de manifestarse en los sujetos, siempre ha sido la misma, y todos, por mas distantes que se consideren, se han confundido bajo un mismo órden de fenómenos. En la práctica de las enfermedades jamás se ha visto alguna, cuyos efectos tan rápidos establezcan una relación de analogía más marcada entre...
el miserable habitante del Indostán, y el más civilizado y culto cortesano de la Europa, ni entre ellas mismas, se encuentra una, cuyos rasgos unán tan de cerca á aquellos, cuyas costumbres, género de vida &c. lo hacen aparecer en una estrema opo-
sición, por lo cual sin dudarme á probar si es ó no el cólera-
morbo padecido en la Isla de Cuba el epidemico que ha re-
corrido la mayor parte del mundo, cuya duda se ofrece á un
pequeño número que tal vez no habrán tenido ocasión ni valor
para observarlo, pasaré á trazar el lúgubre cuadro de síntomas
con que se ha dejado ver por primera vez en dicha Isla, cu-
yá sola relación sirve de una prueba más que convincente, que
no dá lugar á vacilar sobre su identidad.

Los que han descrito esta enfermedad la dividen común-
mente en períodos, á los cuales refieren los síntomas que succe-
sovamente va presentando el paciente, más unos los dividen en
tres y otros en cuatro, comprendiendo en ellos la termina-
ción; pero como esta por lo regular, cuando no se verifica la
muerte, presenta todos los síntomas de enfermedades comunes
en la práctica que nos son bien conocidos, y que difieren esen-
cialmente del cólera-morbo de donde dimanan aun cuando sean
secundarias á él, me ha parecido conveniente la
división de los tres períodos que se marcan con bastante claridad.

El maestro de la escuela fisiológica divide los síntomas en
tres series, unos que llegan á nuestro conocimiento por la de-
claración del enfermo, otros que nos manifiestan su aspecto
esterior, y la esploración de su cuerpo, y los últimos son los
que resultan de la naturaleza de las evacuaciones, pero esta di-
visión, que mas bien parece de los varios modos de esplorar al
paciente que de los síntomas mismos, envuelve en sí el defec-
to de no facilitar el conocimiento gradual del estado del enfermo.

Los que han pretendido distinguir cinco y seis períodos pa-
rece quisieron asignar uno á cada síntoma, que nuevamente
aparece.

Primero período: incomodidad general, ligeros movimientos
estraños, y que no son comunes en el individuo, sensación
de mal estar, inquietud, abatimiento de fuerzas, laxitud y flota-
gedad en las extremidades acompañadas de estupor ó dormimien-
to, sensación en los dedos de las manos y los pies, pare-
cida á la que produce el contacto de la nieve, exaltación de la
sensibilidad, terrores, presentimientos fanáticos, insomnios, vór-
tigos ó trastornos de cabeza dejando pesadez en ella, fatiga ó
cansancio doloroso de los músculos de la parte posterior del
cuello y dorso, escitabilidad y delicadeza en el cutis, poca
aptitud algunas ocasiones en las funciones intelectuales, sensación particular de un aire frío por entre los cabellos, alternativas de frío y calor, apetito disminuido, otras veces aumentado e insolito, y comunmente falta, deseo de bebidas o comidas no acostumbradas, burbujos o ruido de tripas con gran movimieno, flatuosidades, eructos, sentimiento de pena y calor en el epigastrio, leves y ligeros dolores abdominales, que se perciben hacia la región umbilical, y comunmente preceden a una evacuación escrementicia á que el paciente es forzado repentinamente, y con la que parece quedar el vientre más aliviado, olor particular del aliento del enfermo, y en algunos flujo abundante de una orina clara y acuosa y por lo común disminuido, continúan los mismos movimientos seguidos de evacuaciones que se van haciendo más líquidas y abundantes sin sentimiento de ardor ni dolor, todo lo que se da muy poca importancia por los pacientes, y siguen á pesar de ellos en el desempeño de sus asuntos y demás hábitos de la vida, alegrándose algunos habitualmente estreñidos de que su vientre se exeronere con tanta facilidad; otros creyendo ser efecto de alguna indigestion, como por lo regular sucede, la miran con desprecio, ó hacen uso de bebidas tónicas y estimulantes, recomendadas desde tiempo inmemorial para facilitar la digestion, y últimamente hay algunos que dicen suelen padecer de tiempo en tiempo algún desate de vientre que les mantiene su salud, y de ningún modo quieren ni tratan de poner remedio á este estado.

Todos los síntomas enumerados en este período no se presentan á la vez ni en un solo sujeto; en cada cual se desenvuelven aquellos que mas relación tienen con su temperamento, idiosinerasia particular y circunstancias en que se hallen, asi que las personas cuyo sistema nervioso se encuentra demasiado exaltado, los primeros síntomas siempre se refieren á la lesión ó desarreglo de los centros, de este mismo sistema las de un temperamento sanguíneo presentan alteraciones en este aparato, y su pulso sin causa aparente unas veces es vivo y frecuente y otras tardo e intermitente, del mismo modo que el rostro presenta alternativas de rubor y palidez, y el cuerpo tan pronto se percibe muy caluroso, como frío, á que se agrega también una opresión ó sensacion de angustia en la región precordial. En las que existian con anterioridad flemaicas de los órganos gastro-intestinales, y en las que este mismo aparato sin hallarse afecto, disfruta de un predominio vital escendente por el inmoderado uso de abundantes y esqui-
sitas comidas o porque naturalmente sea así, los desarreglos pri-
meros que se manifiestan son inherentes á él; y últimamente en aquellos que cualquier órgano, sistema ó aparato orgánico dis-
fruta de una preponderancia de acción natural ó morbosa so-
bre los demás, es el primero que da muestras de padecimientos, aunque confundiéndose frecuentemente con las que quedan ya espuestas, que indican la lesión de otros á la vez.

Estos desórdenes, que parecen pequeños y que no privan al sujeto de sus ocupaciones, pensando no comprometen su salud, en unos duran dos, tres días ó más, y en otros solo algunas horas, guardando una relación exacta la manifestación de los síntomas subsiguientes con la disposición individual, y los efectos más ó menos rápidos de las causas determinantes.

Segundo período: después de haber precedido los síntomas anteriormente espuestos, el paciente repentinamente, y por lo común á la media noche ó la madrugada, despierta con un sen-
timiento de congoja ó incomodidad interior, que no puede es-
plicar, y que algunos comparan á las punzadas que pudieran producir clavos, y otros á unas chispas eléctricas que recorren sus entrañas, experimentan sensación de plenitud y peso en el interior del abdomen, los cólicos aumentan de intensidad y sobrevienen evacuaciones esorimenticia ó biliosa, que en el momento se hacen aquosas, blanquecinas, parecidas al agua en que se hubiese desleído un poco de leche cortada, ó á un cocimiento de arroz, algunas veces son amarillas mezcladas de copos albuminosos, y otras como agua oscura y sucia, sin di-
ficultad dolor, ni tenemos á chorros grandes y seguidos que parece orinan fuertemente, produciendo descoño en el vientre, y con tanta abundancia que arrojan de cada vez una enorme cantidad de fluidos; se siguen náuseas y bien pronto vómitos que al principio son flemáticos biliosos, ó de las sustancias ali-
menticias contenidas aun en el estomago, y después partici-
pan del mismo carácter de las evacuaciones con un olor parti-
cular, que proporcionan consuelo y alivio sensible al paciente por lo que los desea y aun escuta, arrojando algunas veces lom-
brices como igualmente en las evacuaciones de una magnitud considerable; el vómito sucede á la introducción de la mas leve cosa en el estomago, y á ocasiones por regurgitamiento ó re-
bosadura y sin esfuerzos mayores, en algunos preceden á las eva-
cuaciones, pero generalmente siempre son posteriores; la de-
hilidad muscular y abatimiento de fuerzas se aumentan de tal suerte que el enfermo dice tener su cuerpo como de plomo, á que se agregan lipotimias, sirignum ó zumbido de oídos á oca-
siones. sordera, ilusiones ópticas ó deslumbramientos de la vista, siguen después los calambres ó contracciones dolorosas de los músculos, cuya rigidez se marca bastante bien por debajo de la piel sin oponer resistencia å la fuerza que se emplea en disiparla, en las extremidades superiores e inferiores y aun en el tronco según que los vómitos ó evacuaciones se hayan precedido unos á otros, y predominado igualmente, que obligan al paciente á prorrumpir en fuertes y espantosos alaridos; pulso vivo, pero pequeño y concentrado; respiración lenta ó rápida y desigual con sensación de ansiedad grande en la región del corazón; que algunos dicen se les ha cambiado esta entraña; suma inquietud agitándose sin guardar posición alguna, cutis seco con frecuentes alternativas de frío y calor, el cual bien pronto se advierte esparcido por el cuerpo con desigualdad, pues, comparando las distintas partes de él, se nota que el resfriamiento empieza por las extremidades, frente, nariz, orejas, partes laterales del pecho, conservándose calientes por un poco de tiempo más el ocupicuo, region precordial, abdomen y columna vertebral; el rostro, que al principio denota cierta incomodidad con repetidas alternativas de encendimiento y pálidez, toma con mas ó menos celeridad la espresión dolorosa de una grande ansiedad, se percibe lo que se llaman ojeras por la salida prominente del borde orbitorio, que parece abando-
nan los párpados siguiendo el movimiento de retracción del globo del ojo, el cual se halla seco, lengua ancha, humeda, blan-quecina y cargada de un moco blanco espeso, dejando percibir bien la señal que en ella imprimen los dientes de la mandíbula superior, con una notable disminución de su temperatura; la voz se altera y apaga, adquiriendo un sonido sepulcral; sensación de calor y ardor en la garganta, sed y conato grandes por bebidas frías, supresión completa de todas las secreciones, excepto la que tan abundantemente se efectúa en el tubo digestivo, con particularidad la de la orina, que no se verifica por retención, sino por una verdadera supresión; tactando las paredes abdominales, los músculos de esta parte no ofrecen resistencia á la presión de la mano; que en muchos no es dolorosa, y dicen solamente que experimentan una opresión angustiosa en todo el vientre que explican con la palabra envarra-amiento; á esta época el pulso se hace filiforme é imperceptible, la frialdad avanza, y el paciente pasa al tercer período de la enfermedad.

Tercer período: algido ó cianico, asfiesia colérica, ó cól- azul: dolor grande con sentimiento de ardor en el epigas
llamado por los pacientes punzada, que recorre todo el vientre, vómitos y evacuaciones frecuentísimas, acompañados de violentos calambres, que desaparecen repentinamente, estinosis completa del pulso, que no deja percibir ni aun los movimientos del corazón en cuya región solo se advierte por medio de la auscultación inmediata un ruido sordo, y tembloroso; se abre algún vaso en esta época, únicamente da por la espresión algunas gotas de sangre negra carbouizada, y de una consistencia espesa parecida á la brea, y que se halla depositada en los vasos, como pudiera estar una inyección que se hubiese hecho en un cadáver; las venas superficiales aparecen como listas negras bien marcadas por bajo del tegumento; la respiración es difícil, angustiosa, y con deseo estremado de aire fresco, y el hábito que aspiran estos desdichados es frío, participando del olor repugnante de los vómitos y evacuaciones, acompañada de frecuentes y profundos suspiros; la percusión de las paredes del torax produce un sonido claro hacia la parte superior y algo mate en la inferior, y la auscultación no indica cosa particular; la lengua aparece de un blanco azulado, yerta, semijunte á un trozo de carne inanimada, y cubierta de una mucosidad sumamente espesa, la sed es inextinguible, que obliga á estos infelices á prorrumpir á cada instante en tristes lamentos y desconcertados ayes, suplicando les den á beber agua fría, y llega á disminuirse ó ser indiferente en los últimos momentos; en algunos este gran deseo de bebidas frescas los sustituye una hambre devoradora, que lloran y gimen d dolorosamente porque les den algún alimento, sensación de un fuego abrasador interno que les derrite y consume las entrañas, y que estudiándose hacia la garganta dicen que se ahogan; desfallecimiento general por el absoluto y total aniquilamiento de fuerzas, acompañado de reiterados sincopos; la posición ó actitud del enfermo es supina ó gravitando sobre la espalda, agitando vagamente sus miembros superiores e inferiores y la cabeza de un lado á otro, mientras el tronco permanece inmovil, como paralizado y algo encorvado hacia delante, se desapan sin reparo, rehúsan la aplicación de cataplasmas y apositos calientes, y se quejan lastimamente de un calor urrente externo e interno que los atormenta, suplican con el mayor encarecimiento á las personas que los rodean se aparten para

Sintoma que he observado con mas frecuencia en los negros que en los blancos.
poder percibir el aire con mas amplitud, y que les abran to-
das las puertas y ventanas del aposento; el resfriamiento es ge-
eral, sin que el enfermo tenga conciencia de él, antes bien
cree hallarse caliente á lo sumo, percibiéndose apenas un pe-
queno resto de calor hacia el epigastrio, y llegando á tal es-
tremo que la temperatura de toda la piel se encuentra mas
baja que la de los cuerpos inorgánicos, sobre quienes el calor
atmosférico se halla equilibrado; esta aparece seca, y matiza-
da de un color oscuro y morado que varia según el color del
cutis de los sujetos, los blancos pasan por distintas gradu-
ciones de verde y amarillo al color morado, los morenos to-
man un tinte livido oscuro, y los negros presentan un color
aplanado ó gris particular; este color empieza á manifestarse
primeramente por las uñas, al rededor de las órbitas, en el
labio superior ó inferior, y en el escroto, después á lo lar-
go del trayecto de los troncos venosos superficiales y sucesi-
vamente se va adelantando por el cuerpo, la toxicidad del cu-
tis se pierde enteramente, representa una cubierta inorgánica
que pellizcándola ó formando con ella un pliegue en cualquie-
ra direccion, queda marcado sin desaparecer ni rehacerse, se
halla pegada inmediatamente á los músculos y huesos, cuyas for-
mas se perciben claramente al traves de ella, toda se observa
llena de arrugas longitudinales, es decir, en direccion parale-
la al eje del miembro en que se impeccionan, parece mace-
rrada como si hubiese permanecido en agua mucho tiempo; el
volúmen general del cuerpo considerablemente disminuido, con
una desaparicion completa de todas las formas y contornos re-
dondeados, que dependen de la presencia de la gordura, pues
esta se consume y agota dejando al cuerpo enjuto y despro-
 visto de ella; en los músculos flexores se advierte una especie
de contracción, que obliga á las partes donde ellos se ingieren
á mantener una semi-áension, como bien distintamente se ve
en las manos, pies y dedos de ambas partes que se observan
formando un arco, estos descarnados y parece que el tegumen-
to está adherido á los falanges inmediatamente; el semblante
es espantoso; y causa terror su observacion, tiene algo pa-
recido á la cara Hipocrita, pero difiere mucho de ella, toda
se encoge y arruga de un modo particular afectando una for-
ma angular que les hace á todos los que llegan á este estado
aparecer con cierta similitud que no la desconoce el que la haya
visto una sola vez, todo el conjunto de ella denota la espresión
dolorosa de los cruels tormentos que estos desdichados espe-
 rimentan; la frente con varias arrugas que resultan del frun-
-cimientos de las cejas; las cuales se observan como erizadas y aproximadas una á otra por su extremidad interna; los ojos hundidos y cavernosos se perciben en el fondo de la órbita retraídos como si alguna potencia asida del nervio óptico les obligara á dirigirse hacia el occipucio, con una tercera parte de disminución en su volumen natural, sin luz, abatidos, con la esclerótica acardenalada y la cornea opaca, alguna dilatación de la pupila y como cubiertos de polvo: denotando en su expresión las tristes ideas que agitan al paciente; los párpados entrecerrados, siguiendo el movimiento de retracción del globo del ojo dejan percibir todo el relieve arbitario; su borde libre deja caer una materia parduzca y purulenta que se enreda entre las pestañas, y se estiende por las partes laterales de la nariz; se forma una areola ó círculo livido mas oscuro que lo demás del cutis al rededor del ojo que tiene algo de horroso; los pómulos prominentes señalan con perfección las fosas caninas, cigomáticas y temporales, cuyos fondos están matizados del color cianico mas oscuro también que lo restante de la piel; las alas de la nariz elevadas, dilatando todo lo posible las ventanas que forman; los labios cardeninos y fuertemente apretados contra las encias y dientes; la boca entrecerrada, la barba aguda formando todo un contraste terrible capaz de esparcir por todas partes la sorpresa y el terror; la voz, que al principio era apagada y débil, adquiere un timbre ó sonido particular que parece que los enfermos sisean las palabras *, y es preciso fijar bien la atención para entender lo que dicen; y sin embargo de todos estos gravea desórdenes, y un trastorno tan general que no hace diferenciar al paciente del cadáver inanimado, sino por un pequeño resto de vitalidad que aun conserva; las facultades intelectuales se observan en su estado normal aunque con cierto entorpecimiento é indiferencia á todo, no deseando otra cosa que el reposo, y que de ninguno modo los inquietaen. Al acercarse el postrer momento suelen caer los mas en un estado comatoso, que sin ser un verdadero sueño demuestran una gran insensibilidad, pero si se les escuta lo suficiente, se ve que salen de él muy acordes y dispuestos á cuanto se les ordene; á esta época toda la superficie del cuerpo se cubre desigualmente de un sudor frío y viscoso que el paciente trata de conservar pensando que lo ha de salvar, por

* No hay una expresión que denote el sonido particular de la voz con propiedad.
coincidir con cierta calma en sus padecimientos, y cuando se cree tan mejorado, entonces es llegado el instante del cumplimiento de su destino, esperando por lo común en un sosiego y tranquilidad tan completos que muchas ocasiones no lo distinguen los asistentes y continúan todavía prodigándoles sororos, de lo cual puede deducirse la diferencia que cabe entre un cólerico en las últimas y el que ya es cadáver; algunos en el momento de espirar ejecutan ciertos movimientos que acompañan con un formidable y espantoso ahullido, á que se sigue inmediatamente la inmovilidad eterna de la muerte.

Este es el lastimoso cuadro de síntomas que generalmente acompañan á la espantosa enfermedad, que he observado y que cruelmente devora hoy la mayor parte del orbe; ellos han sido copiados por mí escrupulosamente en el lecho mismo del dolor, donde se dejan ver con aquella claridad y espresión que la naturaleza les imprime, y cuyos vivos coloridos son agentes de toda pluma por mas exactitud y precision que emplee en su minucioso detalle; es indispensable estudiar la mayor parte de ellos en los mismos pacientes, su observacion y detenido examen dicen mas que cuanto se ha escrito sobre la materia, y la profunda impresión que producen en el espíritu del observador mas prevenido hace que se conserven en su memoria indeleblemente para no confundirlos jamás entre el gran tumulto que son inherentes á la vasta serie de afecciones conocidas hasta el día de hoy en los anales de la ciencia médica.

Observense en la manifestacion de los síntomas mencionados modificaciones, que sin variar en nada la esencia del mal, le hacen afectar diferencias accidentales, que dependen como se ha dicho anteriormente de las predisposiciones individuales, y distinto influo de las causas determinantes, cuyo conocimiento es de la mas alta importancia, no solamente para poder formar un diagnostico exacto, sino también para establecer las bases sobre que estriban las indicaciones, que exige un método curativo racional y adecuado al estado del enfermo.

Hay muchos sujetos que después de haber sentido por ciento tiempo algunos de los síntomas precursores ó prodromos que marcan el principio de la enfermedad, experimentan náuseas y fatiga dolorosa en el epigastrio, á que se siguen vomitos de residuos alimenticios, que bien pronto presentan el caracter colérico asignado, acompañados de calambres en las extremidades superiores, omoplatos y aun en los musculos de la cara, fuertes arqueadas, encendimiento del rostro y conjuntivas inyectadas, á que se van sucediendo todos los demás sinto-
mas, faltando algunas ocasiones la diarrea, y otras presentándose á la vez. Hay otras personas, y es lo mas general, en quienes las evacuaciones preceden á los vómitos, los que en algunos casos sobrevienen después de suprimidas aquellas: estos enfermos son acometidos de calambres, que se limitan á las extremidades inferiores estendiéndose á veces hacia los lomos; hay ocasiones en que el paciente prorrumpie en tremendos alaridos quejándose amargamente de profundos y acerbos dolores en los miembros, sin que la vista ni el tacto puedan distinguir ningun género de alteracion en la parte que indican.

Algunos repentinamente son acometidos de un violento vértigo ó trastorno de cabeza, que los hace caer en tierra privados de conocimiento, y luego que salen de este estado, sienten la cabeza pesada y dolorida, experimentan náuseas, á que se siguen vómitos y evacuaciones como en los demás, de cuyo modo de invasión han tomado origen los pretendidos golpes fulminantes de algunos, que hacen parecer instantáneamente el enfermo con la misma velocidad que si hubiera sido herido de un rayo. Ciertamente los que sostienen estas ideas con un tono de seguridad propia de su entusiasmo, no han tenido cuidado de analizar el conmemorativo del estado del paciente porque tal vez les será desconocido este requisito esencial en el diagnostico de las enfermedades, y llevados de las falsas apariciones que los asistentes también corroboran diciendo que su salud era perfecta, y que aquel fue el momento en que contrajo la enfermedad, fallan definitivamente el hecho y abandonan á este infeliz entre el número de los muertos, de lo que resaltaron escandalosos acontecimientos en la Habana, en términos de dar muestras de vitalidad muchos que iban á ser cubiertos con la tierra sepulcral en la mansión de los difuntos, que no han logrado esa dichosa casualidad, habrán perciendo forzosamente siendo victimas inocentes del capricho y la ignorancia! Lo cierto es que la autoridad, siempre dispuesta á la corrección de los abusos, tuvo que intervenir en desórdenes tan considerables, y dictar serias providencias á fin de no precipitar los tristes momentos del desgraciado que se pretendia con anticipacion entregar al eterno descanso de la muerte. A la enfermedad que nos ocupa constantemente acontecieron desarreglos en el tubo digestivo, con abatimiento de fuerzas, lentitud á veces y otras aceleracion de la circulacion como se ha dicho anteriormente, y algunas mas indisposiciones y trastornos, que se anunciaron por cierto tiempo en el sujeto, y de cuya realidad y evidencia estoy sumamente convence-
cido, por haber tenido especial cuidado de indagar en todos los casos el principio de los padecimientos, sobre cuya averiguación recaían las primeras preguntas que he dirigido á los pacientes. Suele con frecuencia entre los negros, particularmente esclavos, que ocultan los pequeños desarreglos que experimentan en su cuerpo, unos inocentemente, y otros llevados de la rara idea de creer que en el momento de declararse á su amo, y de ponerse en cura se agravan y mueren otros y es lo más general porque los creen pasajeros y de ninguna gravedad, lo cual es muy común también entre las personas blancas y de mayor discernimiento; y súbitamente son acometidos de un conjunto de síntomas que los conducen con asombro en cortos momentos á la muerte, y cuando sus dueños han querido sostener con la mayor tenacidad que aquel era el primer momento del mal, los ha conducido al lado de su moribundo esclavo, y en su presencia les he interrogado el tiempo que hacía que se habían sentido indispuestos, y ni siquiera uno ha dejado de confesarme desarreglos que han experimentado con antelación y algunos de muchos días quedando así confundida su terca incredulidad.

Nótese también algunos casos en que las evacuaciones se conservan biliosas, aunque mezcladas de copos ó pequeños cuerpos blanquecinos, otras amarillas claras, y no raras veces de un color de cobre, de cuyo modo aparecen los vómitos luego que han adquirido un carácter de tenacidad y rebelión, sin que por esto pueda dejarse de asegurar que el sujeto se halla atacado del cólera, pues aunque la abundancia y modo de verificar las evacuaciones, no fuesen suficientes para completar el diagnóstico, la coincidencia de otros muchos síntomas que quedan manifestados basta para disipar toda duda, y aclararlo hasta la evidencia.

Hay algunos enfermos en quienes la sed y conato por bebidas frescas, no se manifiesta hasta haberse declarado los vómitos, en cuya época casi siempre se hace exigente, y otros en los que es grande desde las primeras evacuaciones, permaneciendo este síntoma a veces hasta el principio de la convale-

* Por cierto que algunos tienen razón, pues que seducidos sus dueños de los maravillosos efectos de varias drogas estimulantes que el empirismo y la avaricia preconizan, precipitan la vida de muchos infelices, que pudieran salvarse á beneficio de plan de curación racional y adecuado.
cencia, y aun en ella, nunca se ven hartos y satisfechos del agua; algunos, como se ha dicho antes, se ven poseídos de un gran deseo de bebidas fuertes ó comidas insolitas, que nunca ocuparon su imaginación con tanto entusiasmo, y sorprende á la verdad ve jóvenes melindrosas, cuya sobriedad es inherente á la delicadeza de su constitución, apetecer con anhelo la cerveza, el rom, ó comidas groseras á que nunca tuvieron inclinación, y no es raro observar á algunos, especialmente entre los negros, que las últimas palabras que profieren en la postrera hora de su vida se dirigen á pedir alimentos con que saciar el hambre grande que experimentan.

Algunas ocasiones el paciente no acusa otra incomodidad que una fuerte opresión y ansiedad grande en la región precordial *, en que el rostro se pone algo rojo y las conjuntivas inyectadas, sin que en el tubo digestivo se noten mayores desarreglos hasta más adelante, que se reúnen á la manifestación de los demás síntomas.

Hay enfermos que apenas dan muestras de sufrir; en medio de la abundancia de las evacuaciones y vómitos parece que no sienten mayores dolores, soportan los calambres con la mayor resignación y serenidad, y permanecen en un estado de calma indiferente durante los períodos de la enfermedad hasta la muerte; mientras que otros se agitan considerablemente y experimentan atroces dolores, que los hacen prorrumpir en alaridos espantosos, cuya diferencia depende principalmente del grado de sensibilidad propia del individuo.

Se observan además modificaciones en los síntomas de la enfermedad, que nos ocupa, dependientes del tratamiento que se haya empleado para combatirla desde un principio, de tal modo que se ven enfermos en quienes no aparecen los calambres, á pesar de hallarse atacados de las evacuaciones y vómitos cólicos y demás síntomas, lo cual generalmente sucede en aquellos enfermos, á quienes se les han practicado emisiones de sangre al ano, epigastrio y espina, y estas no han sido en número suficientes á corregir los accidentes, para cuyo fin se prescribieron, ó cuando corregidos estos sobreviene la recaída por imprudencias del paciente ó asistentes ó pusiánuida del médico, que dirige el tratamiento, entonces caminan á la muerte sin dolores, y sin que el resfriamiento del cuerpo, extinción

* Los negros dicen „que se les ha virado el corazón“, estas son sus expresiones.
del pulso y cianosis se declaren hasta poco tiempo antes que dejan de existir.

En los que se ha emprendido un tratamiento tónico y corrobante comúnmente acontece que antes de la muerte el paciente parece querer calentarse, pero este calor que se presenta en la superficie del cuerpo, siempre es parcial y no se halla extendido por todo él, sino cuando en fuerza de estos mismos estímulos sobreviene lo que se llama la reacción, la cual en este caso siempre es efecto de la intensa flema de alguna entraña.

La edad y estado anterior de la salud del enfermo influye por lo común en la duración de los periodos, que se han designado, y en la permanencia de sus síntomas, así es que los jóvenes vigorosos resisten mucho más tiempo las evacuaciones, y los vómitos se hacen tenaces, mientras que en los viejos, y aquellos, a quienes acompañan inflamaciones crónicas internas, se instigue la vitalidad prontamente, y en un instante se les ve pasar de los prodromos mas benignos al terrible estado de la carbonización. Hay casos en que el enfermo permanece por muchos días en el estado asfixico o cianico, yerto y sin pulso, al cabo de los cuales mediante socorros de la medicina bien dirigidos vuelven paulatinamente a su calor natural, el pulso se desarrolla con lentitud, y la fisonomía y voz recobran su expresión y timbre naturales, siguiéndose á esto una reacción suave e igual, por la que el enfermo recupera su salud prontamente. Influye en gran manera sobre la rapidez e intensidad de los síntomas con que la enfermedad se manifiesta el estado de la epidemia de exacerbación o disminución, de manera que cuando se halla en su mayor incremento, la violencia de la enfermedad es grande, y la muerte sobreviene velozmente; pero en su declinación por lo regular dan más tiempo en que poder proporcionarle los socorros, y el calor no desaparece tan prontamente.

Se ha querido establecer ó formar por algunos dos especies de cólera, la una caliente y la otra fría, fundándose en la naturaleza de los síntomas que á cada una de ellas acompañan, mas observando con un poco de detenimiento y reflexión esta pre-

* He visto algunos ejemplares de estos que se prolongaban hasta cinco días, y entre ellos un negro que permaneció algido, yerto y tendido en el suelo seis días, al cabo de los cuales se fue calentando poco á poco, hasta que principió á pedir de comer en el estado de perfecta convalecencia.
tendida division, se ve que es una misma enfermedad observada en distintos periodos, que no la hacen variar de carácter. Por cólera caliente entienden estos el estado del enfermo en que se observan las evacuaciones y vómitos coléricos, acompañados de dolor y calor, y de algún movimiento fébril, la lengua se presenta roja, la piel caliente y encendida, á que van sucediéndose todos los demás síntomas del resfriamiento, enervación del pulso, evacuaciones sin dolor, respiración fría, alteración del rostro, hundimiento de los ojos, y otros mas propios del tercer período del mal, que clasifican con el nombre de cólera fría; de consiguiente más bien parece una anomalía, con que la enfermedad invade á cierta clase de sujetos, que no una especie realmente distinta, puesto que las terminaciones abandonadas así mismas son idénticas.

Algunos aguardarán tal vez que se establezca un género de división entre los síntomas que la enfermedad afecta en los blancos, y los que presentan los negros ó gente de color atacados del mismo mal. Yo no encuentro otra diferencia que la que depende del color de su cutis al manifestarse la cianosis en el último período; en ellos se ve su piel de un color ceniciento negruzco que parecen aplomados, y la rapidez e intensidad con que corren los mismos periodos, pero estas se observan también en la gente blanca, porque depende de la clase de privaciones y escasez á que los somete su miserable esclavitud, e igualmente su posición social.
MARCHA, DURACION, TERMINACION, DIAGNÓSTICO Y PRONOSTICO DEL CÓLERA-MORENO.

Marcha y duración: No se le puede asignar nada cierto y positivo, y por lo regular se hayan siempre relacionadas con el estado anterior del individuo, la influencia de las causas determinantes, y tratamiento á que se ha sometido. La enfermedad abandonada á los esfuerzos de la naturaleza en general tiende á una funesta terminación de cualquiera clase o condición que sea el individuo que la padece, pero su duración en este caso varía mucho; hay unos que caminan tan precipitadamente á la muerte que no dan tiempo para prestarles el más leve socorro, y hay otros en quienes se prolonga por algunos días, en cuyo tiempo tal vez se salvarian si se les hubiera socorrido con algunos de los medios puestos en práctica cualquiera que fuesen, porque estos hacen variar á veces los movimientos depravados de la naturaleza, y verifican la curación, ó la hacen terminar en otras enfermedades, en las cuales estos mismos coñatos luchan mas ventajosamente á favor del enfermo; de consiguiente vale más tratarlo de cualquier suerte que abandonarlo á una muerte cierta.

Entre estos mismos tratamientos hay algunos que muchas ocasiones hacen tomar á la enfermedad, apenas pronunciada, una marcha rápida y espantosa, y en algunas por el contrario, que el enfermo se halla casi en los brazos de la muerte, causan tal trasmutación de la economía, que la naturaleza exita una especie de crisis á veces saludable, por la que recobra su salud prontamente; tales son los métodos tónicos y estimulantes, y el evacuante con los emélicos y las purgas. El antíflogistico por
medio de los emolientes y de las emisiones de sangre, dirigidas con acierto y oportunidad, generalmente detiene los progresos de la enfermedad ya declarada, e insistiendo en él sin timidez y con una arrogancia discreta se logran buenos sucesos aun en los casos más desesperados, pero conviene advertir que cuando no se maneja con sagacidad y prudencia, y cuando el temor acompaña al que lo prescribe exaspera el mal, y no produce otro efecto que pequeñas modificaciones en los síntomas, insuficientes para lograr la curación, y solamente para conducir al paciente con más lentitud á la tumba.

He observado también dos casos al final de la epidemia, cuya marcha afectaba un tipo intermitente en uno terciano y en otro cuotidiano; la intermitencia era completa y sobrevenia después de un sudor muy copioso que aparentaba juzgar la enfermedad; en ambos casos la accesión, ó mas bien dicho el pronunciamiento ó manifestación de los síntomas coléricos, abanzaba con dos ó tres horas de anticipación á la en que había ocurrido la anterior, duplicándose su intensidad y violencia. El que afectaba el tipo cuotidiano lo ví en una consulta, á que fuí llamado, y pereció en la tercera accesión que apenas dejó dos horas de intervelo entre ella y la segunda, y el otro era un enfermo bajo mi dirección, cuyos pormenores se hallan anotados en la observación séptima.

TERMINACION.

Cuando el paciente ha sido abandonado á los solos esfuerzos de la naturaleza, ó cuando el método curativo empleado no ha bastado á contrarrestar la marcha de la enfermedad, la muerte es el término de sus padecimientos, que llega, como anteriormente se ha dicho, unas veces á pocas horas después de la invasión, y otras pasados algunos días, cuyas circunstancias quedan manifestado dependían de la mayor ó menor violencia del mal, que tiene relación con la disposición individual, efectos de sus causas ocasionales, y del mayor ó menor cuidado y eficacia del tratamiento; entonces sobreviene el período clínico ó asfixico de que se ha hecho mención; y todos los órganos se entregan al sueño eterno de la muerte, excepto el célebre que
permanece vivo conservando sus facultades intelectuales, y dic-
tando aun sus disposiciones sobre las partes en que tenía un
poderoso influyo; ninguna contesta á sus insinuaciones, y él in-
siste todavía en enviar á cada una de ellas débiles apoyos de
valor, firmeza y del corazón mismo para de este modo produ-
cir escitaciones, que realimen la vitalidad apagada, pero todo
es en vano, todo se halla destruido, muerto y sin manifestar el
más leve indicio de reaccion; la muerte parece haber limitado
su exclusivo poder, rompiendo los armoniosos vínculos con que
todos los órganos se hallaban sujetos á su soberano dominio,
aislandolo enteramente de estos fieles ejecutores de sus órdenes
en otro tiempo, que se hallan ya entregados al miserable
aniquilamiento, y condenados para siempre á una perpetua
inacción; y no encontrando recurso alguno para salir del des-
plorable estado á que tristemente se ve reducido por la reu-
nion de una multitud de fenómenos, que presagian su próxima
ruina, se ocupa de lo futuro, arregla sus negocios, dicta con-
sejos á su posteridad con la mayor cordura y entereza, y poco
á poco las percepciones que recibe por los sentidos se van ha-
ciendo confusas, hasta qué cae en un profundo letargo del que
jamás vuelve, sino para hacer algunos débiles esfuerzos que-
riendo recoger la vitalidad que velozmente se escapa. Los úl-
timos momentos de los que perecen al rigor de esta enferme-
dad son comúnmente tranquilos, y la muerte sucede en la ma-
yor calma y sin agonía; cuando han espirado por la última vez
su semblante no cambia por eso de aspecto, sus hundidos ojos
solo parecen mas empañados y como pulverulentos; el color de
su piel lúcido y cadavérico, así como su temperatura glacial,
la muerte misma no puede aumentar, antes bien esta frial-
dad tan extraordinaria se nota disminuida, y el cadáver se
reconoce mas templado pasadas algunas horas del fallecimiento,
e igualmente se advierte que no se presenta en ellos el mal
olor y la putrefacción tan pronto, como en los que sucumben
de otras enfermedades, tal vez efecto de la enorme cantidad
de líquidos que perdieron durante la vida.

No siempre se verifica esta terminación fatal; en muchos
casos la naturaleza, agobiada con el peso del mal, es favoreci-
da con remedios oportunos que la hacen recobrar su antiguo
vigor; el pulso de sensible y estinguído que se hallaba poco
antes se empieza á sentir y desarrollarse en términos de pre-
sentar una frecuencia igual y uniforme, muy favorable para una
buena terminación, la frialdad ya disminuyendo gradual é igual-
mente hasta presentarse un calor halitúoso esparcido con igual-
dad en toda la superficie del cuerpo; la piel va perdiendo su color violáceo y pasa por distintas graduaciones al color rojo moderado; el semblante, sin embargo de no percibirse en él su expresión natural, se anima y colora; los ojos aparecen más alegres y brillan de nuevo; la lengua se encuentra caliente y algunas veces con un ligero encendimiento en los bordes; la respiración deja de ser fría y afecta unos movimientos regulares, acompañada de la tránspiración pulmonar; la voz vuelve a su sonido particular; los miembros se sienten más desembaraizados y espeditos; los vómitos y evacuaciones cesan completamente; las secreciones se restablecen; la orina empieza a correr al principio escasamente y después con abundancia, presentándose más o menos ecundida; la sed se mitiga extraordinariamente permaneciendo á veces con cierta moderación y de ningún modo con aquella ansia angustiosa; el apetito se declara, y el enfermo empieza a clamor por alimentos, á todo lo cual se sigue una convalecencia apacible, con la que el enfermo re-cobra entera y fácilmente su perdida salud; pero desgraciadamente no se siguen estos resultados tan favorables en todos los casos, muchos se trasforman ó degeneran en otras enfermedades que conducen también al paciente á la muerte por otros caminos fatales, dependientes las mas de las veces de la naturaleza del tratamiento empleado, que saliendo con demasiado ardor la vitalidad de los órganos acumula en alguno de ellos tal escaso de fuerza y acción que se desenvuelven flegmasias considerables, á cuya influencia sucumbe el paciente por lo regular, cuando el y los asistentes crean poder cantar la victoria al verse libres del formidable enemigo que lo mantenía desanimado sin calor ni pulso.

Es muy frecuente observar que el calor de la piel es seco y urente, que el pulso se realiza con gran fuerza y la calentura se enciende, los ojos se inyectan, la cara se anima y eurogece, las facultades intelectuales se turban y sobreviene una especie de delirio tifóideo, la lengua se presenta seca y roja, los dientes se ponen fulgíinosos, hay subsulto de tendones, cardiología, posición supina &c., síntomas todos propios de la inflamación cerebral, ligada á la de los órganos gastro-intestinales, constituyendo un verdadero tifus de que muchos han querido hacer una de las especies del cólera. Generalmente estos accidentes son consecutivos á la administración de sustancias tóxicas y estimulantes empleadas durante el período de desaliento ó desanimación, máxime cuando recae este trate-miento sobre un individuo afectado con anterioridad de infla-
maciones crónicas del aparato digestivo; ó en quien este mismo disfruta de un grande predominio vital, ó últimamente en aquel, cuyo cerebro, ejercitado y puesto continuamente en acción, ha contraído una predisposición particular para abrogarse sobre sí las estimulaciones de los demás órganos. Sucedentambién cuando á pesar de haber sido conducido el paciente á esta reacción por remedios propios, y adecuados se le conceden alimentos prematuramente, y aun el médico acobardado con la espantosa escolta de síntomas de postración y aniquilamiento de fuerzas que acaba de combatir, pretende corroborarlo intempéstivamente, creyendo muy oportuna esta indicación para entrar en la convalecencia y de este modo lo saca de un estado terrible para precipitarlo en la tumba por otra vía de distinto órden. Del mismo modo son consecuencias más veces de lo que regularmente se cree de la inmoderada administración del lúdano, y demás preparaciones del opio, ya interiormente en bebidas ó en enemas * ó aplicado en polvo sobre las superficies de las úlceras, que se han suscitado por los vegatorios con la idea de ocurrir á remediar el singulto ú otros síntomas espasmódicos que mortifican al enfermo, pues teniendo este medicamento un modo de obrar especial sobre el cerebro, lo estimula de tal suerte que prontamente se desarrollan los síntomas que caracterizan su inflamación. Se presentan también gastroenteritis intensísimas con irradiación cerebral de la misma clase y condición que las que ya quedan espuestas, producidas por la acción de causas irritantes, cuando el facultativo que dirige la curación, ó los asistentes que cumplen sus órdenes, ignoran el modo de obrar del yelo, que se prescribe con buen suceso para lograr la reanimación del paciente; se cree que es indiferente hacerle tragar los pedazos de médula en media hora ó cada minuto, lo cual da un resultado enteramente opuesto al que se pretende lograr, puesto que administrado á largos intervalos obra como un verdadero tónico y estimulante de los tegidos que toca, y desenvuelven estas escitaciones repetidas y continuadas, la inflamación aguda del estomago que luego con la mayor rapidez se propaga al encefalo, apareciendo el pacien-

He sido llamado algunas ocasiones para sacar de un coma profundo en que yacían ciertos pacientes, efecto de una gran cantidad de lúdano en una media lavativa con la idea de contener las evacuaciones, las que tienen además otro inconveniente, según se verá más adelante.
te en un estado cual si hubiese sido tratado anteriormente por medicamentos hercicos es incendiarios; y por el contrario dado a pequenos intervalos, obra como un sedativo, cuya accion continuada disminuye el esceso de irritabilidad de esta entraña, no dandole lugar las repetidas tomas a que se rebaja sobre si misma, y de consiguiente se presente la inflamacion.

No son muy raras las ocasiones en que esta accion excesiva deja de tener su asiento en el aparato gastro-intestinal y cerebro, a la vez; algunas se afectan independientemente el uno del otro; y en otras se refieren los sintomas inflamatorios a otro organo, mediante lo cual vense desenrollar pulmonias intenso, que obligan al medico a acudir prontamente a su remedio satisfaciendo las indicaciones propias y especiales de esta clase de enfermedad; en otros subsiste la supresion de la orina con dolor urente hacia la region de los lomos, dando a entender que los riñones son los organos sobre quienes ha recaido todo el peso de aquella violenta accion, y en algunos todos estos sintomas se refieren a la vejiga urinaria y conducto de la uretra, saliendo la orina escasa con ardor, y acompanada de mucosidades con estrias sanguinolentas; mas estos accidentes aunque ligados con frecuencia a cierto grado de intensidad y violencia grandes, ceden ultimamente siempre que sean dirigidos por un buen tratamiento, y no comprometen la existencia del individuo tan altamente como las gastro-enteritis tifoideas de que se ha hecho mención.

Cuando la accion de los medicamentos estimulantes no ha sido suficiente para provocar una accion completa, porque no ha sido proporcionada en razon directa del estado de laxitud e inercia en que yacia el organismo, ó mas bien porque su mayor parte se ha absorbido en un organo irritado anteriormente e imposibilitado por el cumbulo mismo de estimulo de desplegar todas sus fuerzas simpaticas, entonces el enfermo se reanima un poco, el calor aparece parcialmente, alternandose con la frialdad, y entre todos los sintomas se notan unas alternativas de mejor y peor, que el enfermo por lo regular parece enmedio de esta lucha entre los esfuerzos vitales del organismo, y las causas que conspiran a extinguir la vitalidad; y cuando un tratamiento antilogistico imperfecto, dictado con timidez o asociado al tónico y evacuante constituyendo una medicina selectica, que tan en boga ha estado en la capital de la Francia en Europa, y en la de la Isla de Cuba en America, si no muere el paciente batallando en las circunstancias que van referidas, le sigue una convalescencia laboriosa, larga y penosa,
y comúnmente afectos á inflamaciones crónicas, que hacen la vida odiosa, y acompañada de mil penalidades. *

En las mugeres por lo regular sobreviene una terminacion lisonjera, si están próximas á la época en que acostumbran á tener su menstruacion, parece que todos los conatos de la naturaleza y la reaccion misma se fijan con predileccion sobre la matriz, y esta desembarazandose de aquella cantidad de sangre escendente les nivela la salud, y prontamente se ven restablecidas; pero entre ellas mismas á veces la reaccion sobre esta viscera se verifica con demasia violencia y adquiere un grado de irritabilidad tan excesivo que se declaran los sintomas de la metritis; y todas las señales de una ninfomania ó furor uterino, particularmente si han sido sometidas á métodos curativos incendios y estimulantes, de cuyos casos tengo un ejemplar en una Señora de alto rango, que socorrí por los medios indicados en esta clase de afecion que había sido consecutiva á la administracion de eméticos y purgantes en el primer periodo del cólera-morbo. Cuando la matriz se halla ocupada con el producto de la concepcion, por lo comun tiende esta entraña á desembarazarse de él, y se verifica el aborto, con el cual concluyen los padecimientos á ocasiones de la enfermedad, circunstancias que deben medirse y acomodarles un plan de curacion adecuado.

Estas son las terminaciones mas frecuentes, que la practica me ha ofrecido en los numerosos casos de coléricos que he visitado; algunas otras muy raras he observado, como son la de

* No ha muchos dias que he sido llamado para socorrer una muger, cuyo celebro se hallaba trasfiendo hacia mes y medio, después de haber sufrido el cólera-morbo, y curadosele por un plan incendiario: esta infeliz, á causa de su misma ena-
genacion mental, se habia hecho con un cuchillo una herida trans-versal de mas de una cuarta de longitud á dos traveses de dedo sobre el ombligo, que penetraba á lo interior del vientre, y me fue preciso ligar la arteria epigastrica, y practicar la gas-

torrafia en union del profesor médico-cirujano Don Juan Romero, á quien confié la asistencia de la enferma ya en buen estado; pues este funesto acontecimiento parece haberle servido de un efi-
caz remedio para la locura de que estaba poseida, por la enér-
gica revulsion que produjo la inflamacion adhesiva de los bor-
des de la herida y aun del peritoneo. ¿Cuántos desórdenes se originan de un mal tratamiento!
presentarse un enorme forúnculo sobre la espaldilla y ombloplato izquierdo en un sujeto; y en otro un absceso en la mano izquierda, en que se cariaron los huesos del metacarpo, y estuvo el paciente en el caso de tratar de su amputación, cuya curación logró quedando con ella imperfecta y inutilizada.

**DIAGNÓSTICO.**

Reflexionando un poco sobre el cuadro de síntomas, que constantemente acompañan al cólera-morbo, fácilmente se clasifica y distingue de otras enfermedades con quien pueda tener analogía. Se diferencia del esporádico en que en este las evacuaciones y los vómitos son siempre húmedos, muy pocos son los individuos atacados, sobreviene regularmente en el verano con la fuerza de los calores, e invade por lo común a las personas robustas, mientras que el epidémico no respeta lugares, climas ni estaciones, y ataca a toda clase de sujetos débiles y vigorosos.

Algunos médicos en París creyeron encontrar alguna relación de analogía o similitud entre el cólera-morbo epidémico y el cólico plomizo de plomo, que resulta del envenenamiento con las varias preparaciones de este metal, y emprendieron su curación sin ningún suceso, tratando por los mismos medios con que se combate dicha afeción. Verdad es que presenta síntomas que tienen mucha semejanza bajo ciertos aspectos, mas bien pronto se distinguen uno de otro, según hice presente en un artículo inserto por mí en el periódico de la ciudad de Matanzas, titulado la Aurora, el diez y siete de Junio de 1832, ya por la naturaleza de los vómitos y evacuaciones que de ningún modo se parecen a los de los coléricos, y que también por lo común son difíciles y dolorosas, el semblante no sufre tanta alteración, ni se descompone con tanta rapidez como en el cólera, el vientre aunque retraído se encuenatra duro, mientras que en los enfermos coléricos los músculos abdominales parece que no ofrecen resistencia, y se percibe al tacto una enorme acumulación de líquidos; la frialdad general, ni la cianosis lo acompañan, ni tampoco deja
de percibirse el pulso que se encuentra lento, duro y pequeño, y ya en fin por la ausencia de los prodromos, con que regularmente se presenta el cólera-morbo, y por la naturaleza de la causa que la sagacidad del médico en este caso sabe aclarar, ya haciéndose cargo de la profesión del enfermo, observando su habitación y muebles, síse hallan recientemente pintados; con colores, cuyas bases son los oxidos de plomo, y averiguando la clase de alimentos ó bebidas de que había hecho uso el mismo paciente y en que recipiente estaban contenidos, de todo lo cual deducirá pruebas mas que suficientes para la aclaración de un diagnóstico exacto. Del mismo modo no puede confundirse con los demás envenenamientos por sustancias acris y corrosivas, pues que la explicación que dan los enfermos de sus dolencias, la ausencia de los principios venenosos en el exámen y análisis de los materiales arrojados por el vómito, y de los síntomas que dimanan de su acción sobre la economía, destierran toda duda que pueda ocurrir sobre este particular. Tampoco puede equivocarse con el ileus estrangulación interna de los intestinos y cólicos nerviosos, porque la diferencia que se nota en los síntomas respectivos de estas enfermedades reunida á su distinto modo de invasión bien pronto los hacen distinguir.

Con el objeto de desvanecer la confusión que pueda reinar para conocer clara y distintamente la enfermedad en cuestión me parece oportuno hacer una enumeración de los síntomas inseparables y patomónicos que fielmente la acompañan, y cuya presencia, en el enfermo, fijan su patogenia sin que pueda haber duda sobre su verdadero carácter: vómitos y evacuaciones á la vez ó separadamente de un color blanquecino parecido á una solución de almidón, abundantes y arrojados con violencia sin ardor ni dolor, del mismo modo que sale un lí-

* Ciertamente que si no hubiera tenido el cuidado de averiguar la causa en un caso de esta especie, que asistí en la Habana, en Mayo del mismo año, y cuyo acontecimiento me sugirió la idea de publicar el artículo citado, quizás me hubiese visto perplejo para decidir sobre la naturaleza de la enfermedad en una época en que no se hablaba de otra cosa que del cólera, dando origen con esta incertidumbre á escandalosas averiguaciones, que hubiesen cuidado en el momento el espanto y el terror en toda una población alarmada con la idea de una cruel enfermedad que inminentemente le amenazaba.
quido empujado con fuerza por un conducto estrecho, ener-
vaciou y caída del pulso con debilidad general en todo el sis-
tema muscular, calambres ó contracciones dolorosas en este
mismo sistema, alteración de la fisonomia, sonido particular de
la voz, cianosis ó lívidez de la piel con resfriamiento general,
supresión completa de todas las secreciones excepto la que tan
abundantemente se verifica en el tubo intestinal, á todo lo cual
puede agregarse el estado particular de la sangre, cuyo líqui-
do toma el aspecto y consistencia de la breza, alteración, que
siendo mirada por algunos como primitiva, han caracterizado
la enfermedad de un escorbuto agudísimo que propendía di-
rectamente y en poco tiempo á extinguir la vida.
Resta ahora averiguar si las diarreas, borborismos y inco-
modidades del vientre, que preceden á la manifestación de los
síntomas dichos, y que son precursors infalibles las mas ve-
ces del cólera-morbo, deban clasificarse ó caracterizarse de tal
enfermedad. Yo creo que tan solo deben considerarse como el
primer escalon del mal, puesto que si no se les contrarresta
en su marcha oponiéndoles un método curativo enérgico y per-
turbador, sin andar con paliativos, la invasion del cólera, y
su entero desarrollo pronto se verifica, siendo sus periodos
tanto mas violentos y fugaces, cuanto los síntomas precursors
han sido mas duraderos; por lo que considero de absoluta ne-
cesidad que el médico y el paciente mismo no deben mirar
con indiferencia y despreciar estos ligeros desórdenes, como
achaques de poco momento, ellos envuelven en si la maligni-
dad mas acendrada y el principio de una enfermedad terrible
que va á tomar un vuelo rápido y espantoso, en el momento
en que el médico consideraba á su enfermo en el mejor estado. *
Desgraciados es infinitos hechos han comprobado con una triste
experiencia la verdad de estas razones, y en mi concepto cual-
quien médico llamado con oportunidad, es decir, durante es-
tos pródromos para la asistencia de un individuo, no debe per-
mitir cumpliendo religiosamente su noble profesión la invasion
de un mal funesto y terrible, poniendo en práctica una medi-
cina puramente espectante, pues debe mirar este estado acom-
pañado y envolviendo en si una suma gravedad, porque á na-

* Por una causa igual falleció dolorosamente el Sr. Coro-
nel Don Antonio Fernandez, digno gefe del cuerpo de Galicia,
cuya triste memoria renueva á cada instante las lágrimas de sus
subditos.
die le es dado saber el tiempo que podrá durar sin ocasionar mayores trastornos, y si dará tal vez lugar á que puedan ejecutarse los remedios que prescriba á primera vista.

Cuando entre estos mismos pródromos en el enfermo atacado de diarrea, á pesar de no ser de carácter colérico, se descubren algunos síntomas que acompañan al cólera-morbo, se puede asegurar á mi modo de ver que el enfermo ya lo padece, ó que es el momento decisivo de su aparición; así es que si se quejase de angustia en la región precordial, si su semblante aunque no descompuesto presenta algunos rasgos de alteración pequeños, como son ciertas ojeras casi imperceptibles, que la luz de la práctica me ha enseñado á distinguir, si su voz no es natural, si su pulso se encuentra atávido y lento, su sistema muscular pesado y débil, si en su lengua se advierte una disminución aunque sea poco notable de la temperatura que le es natural *, si en su aliento se nota un olor particular que no admite comparación, y la frecuencia de los casos me ha hecho distinguir, y últimamente si la trasmisión no aparece y el cutis se encuentra seco, reunido á esto una escasez notable de la secreción de la orina, ó á veces una abundancia insólita del mismo líquido parecido al agua clara, debe confirmarse la existencia del cólera-morbo en el individuo.

Es una temeridad grande arbitraría que acarrea graves perjuicios á la humanidad, y de la que se sigue una práctica desgraciada de desgraciada acompañada de funestos sucesos, el no conceder la realidad y esencia de esta enfermedad, sino solo en el período algo ó cíñico, algunos médicos obstinados en esta idea descalabada no emprenden un tratamiento energico con la premura que exige esta enfermedad, resultando de esto la muerte de los desgraciados que son considerados bajo este aspecto. Así como también los que se creen haber combatido y sanado muchos casos del cólera por la sola manifestación de algún pródromo, cantando la victoria antes de entrar en la lucha, ni ver la cara al enemigo, pero afortunadamente esta consideración atrae menos trastornos que la anterior, y tiene la ventaja de hacer alejar la invasión del mal que empieza á acechar al sujeto puesto en curación. No debe negarse su existencia cuando apa-

* Es preciso tener el cuidado de hacer esta exploración antes ó después de algún tiempo que el paciente haya bebido algún líquido frío, pues de lo contrario esta circunstancia inducirá á equivocación.
recen sus síntomas patomónicos y esenciales, aunque la al-

gidez y cianosis, no puede decirse que se ha curado, cuando

aun no existe; entre estos dos extremos se encuentra un me-

dio en la aparición de los síntomas que quedan espuestos, y de

todos los que demuestran el principio de concentración vital,
inherent a esta enfermedad.

PRONÓSTICO.

Para poder vaticinar con acierto el éxito bueno ó malo que
debe tener el cólera-morro, luego que invade a una persona,
es indispensable tener presente muchas circunstancias favora-
bles ó desventajosas que rodean al enfermo, cuyo exacto apre-
cio y avaluo hacen pronosticar al médico con la mayor pro-
babilidad. Estas se reducen principalmente al grado de salud
anterior del sujeto, á la gravedad de las causas ocasionales que
determinan su aparición á la época de la epidemia reinante de
principio, incremento ó declinación, al estado moral del mis-
mo individuo, á su edad, temperamento ó idiosincrasias parti-
culares, género de vida, posición social, mayor ó menor in-
tensidad de los síntomas, con que se declara la enfermedad, mo-
dó de su aparición, cambios saludables ó mortíferos, que pre-
senta durante sus períodos, rapidez ó lentitud con que estos
se siguen unos á otros, y oportunidad de los socorros; de
todo lo cual y otras muchas particularidades, que la práctica
misma me demuestra, se infieren consecuencias que iluminan
en gran manera para fallar definitivamente el resultado ven-
turoso ó desgraciado que ha de tener el conjunto de fenóme-
nos morbidos que constituyen el cólera-morro, y aun para pre-
sagiar la aparición de muchos de ellos.

El estado de salud anterior del paciente comprende todas
las predisposiciones morbosas, que reinan en muchos, y que
pueden reducirse á las inflamaciones crónicas y gastro-intestin-
ales y de cualquier viscera abdominal, y aun á las agudas
que se padezcan en el tiempo de la epidemia; las convalecien-
cias de estas mismas y los desarreglos orgánicos que algunos
conducen, sin tener la mas leve conciencia de ello, la exis-
tencia anterior de exantemas y flegmasias cutaneas, cuya cu-
recion haya sido imperfecta, ocasionando una desaparicion fu-
gaz; en esta clase de sugetos el pronostico debe ser cauteloso
vaticinando el exito dudosamente, porque apesar de ser con-
ducidos á una terminacion favorable por remedios apropiados
es el momento en que estos inveterados males toman una mar-
cha aguda y rapida comprometiendo los dias del paciente.

La gravedad de las causas determinantes generalmente se
mide por el trastorno que inducen en la economia reunido al
estado y disposicion particular del individuo, asi que de to-
das las que conspiran directa ó indirectamente á exitar sobre-
manera la accion de cualquier organo interno, y á debilitar la
que es peculiar de los demas, se debe pronosticar ambigu-
mente, y mucho peor si estas obran en sugetos en quienes
coinciden las predisposiciones morbosas de que se ha habla-
do antes.

La epoca de la epidemia, en que el individuo es invadido,
fija tambien el pronostico; este puede hacerse con mas am-
plitud en su declinacion que en el principio ó incremento.

De los sugetos que se hallan afectados de un terror pa-
(co á la enfermedad, en quienes coexisten ademas otras pre-
disposiciones particulares que favorecen su desarrollo, se debe
pronosticar siniestramente, porque en ellos generalmente el
metodo curativo es insuficiente para contener los progresos del
mal que tienden espantosamente á extinguir la vitalidad por
el gran pavor que los rodea, y que obra con la mayor con-
tinuidad.

En los jovenes y personas de una edad media puede pro-
nosticarse mas venturosamente que en los viejos y parvulos,
cuya vida se apaga prontamente y la naturaleza no puede pro-
nocular una accion saludable, por el poco vigor de que se
hallan animados los tejidos; y de estos ultimos se puede ha-
cer un pronostico mas lisonjero que de aquellos, por ser la
actividad de las simpatias muy marcada y se pueden poner en
juego mas facilmente.

En los sugetos de un temperamento limfatico y nervioso,
y en los que alguna viscosa ó entraña disfrute de un predo-
mindio vital escesivo, por cuya causa luego que cometen cual-
quier pequeno desarreglo se ven espuestos constantemente á
padecer de ella, debe haber alguna cautela en el pronostico.

El genero de vida del individuo influye extraordinariamen-
te en la enfermedad que nos ocupa; por lo comun en las per-
sonas entregadas al inmoderado uso de bebidas alcoholizadas, de alimentos fuertes condimentados con sustancias piperinas, ó por el contrario demasiado groseros ó impropios para la nutrición y mantenimiento, al solitario vicio de la masturbación ó escaso del costo, regularmente el pronóstico de su mal es funesto y triste.

La posición social del sujeto es otra de las circunstancias con que debe contarse para lograr una terminación feliz y vaticinar su éxito, pues los auxilios de la medicina con más oportunidad y abundancia pueden prodigarse á una persona que disfrute de algunas comodidades que al desgraciado é infeliz destituido de todo medio, sumido en la inopia y abandonado del universo, como tristemente he visto bastante ejemplares, que ofrecían á la vista del observador revestido de la mayor entereza las escenas mas lastimosas, y se halla uno en el caso á veces de ser solamente un compasivo espectador del desgraciado fin de estos desdichados, sin tener algunas ocasiones á quien poder dictar sus órdenes, y menos los recursos para ejecutarlas: ¡cruel suerte que el destino adverso prepara á una gran parte de la humanidad!

La intensidad de los síntomas se observa en razón directa de la gravedad de las causas y predisposiciones individuales, y desde luego debe pronosticarse pésimamente, cuando las evacuaciones son muy abundantes y frecuentes, el resfrío es muy considerable, la cara se encuentra completamente trastornada, los dolores y calambres son atroces y violentos, la inquietud y desasosiego son grandes, y cuando analizando por último uno por uno de los síntomas se encuentran graduados al término de propender directamente á la muerte.

El modo de la aparición de ellos da además alguna idea sobre su resultado si los pródromos no han durado mucho tiempo y al enfermo, sin experimentar nauseas ni fatigas en el estómago, sobreviene la diarrea colérica, no siendo muy abundante ni frecuente, es de un presagio más feliz, que cuando esta se declara con abundancia, después de haberse anunciado por los síntomas precursores, la enfermedad con muchos días de anticipación, y á poco tiempo se manifiestan los vómitos; también presentan alguna ventaja en el pronóstico aquellos en quienes predominan los vómitos á las evacuaciones, y especialmente cuando estas faltan. La ansiedad y sofocación que el enfermo experimenta desde un principio son de muy mal agüero.

La época de la enfermedad, en que el paciente acude á poner remedio á sus dolencias, no es menos esencial para poder
juzgar de su suerte, reflexionando tan solo que la violencia de los síntomas se gradúa y aumenta en razón del tiempo que se tarda en contrarrestar su marcha.

Durante los periodos del mal sus síntomas presentan alteraciones ó mudanzas muchas veces, en favor del enfermo y otras que hacen temer funestas consecuencias. De repente las evacuaciones abundantes y frecuentes, se suprimen, el enfermo no vómita mas, y parece entrar en una calma apacible, siendo el momento en que se acerca con precipitación la muerte; otras veces disminuidas estas, y aun contenidas por los auxilios médicos, el pulso que empieza á percibirse ó que el enfermo no ha perdido, afecta una intermitencia muy notable, precursora de la vuelta de las mismas evacuaciones con mas abundancia y frecuencia á ocasiones que lo eran antes. Se notan también en algunos enfermos alternativas de frivaldad y calor en la lengua y superficie del cuerpo que indican una reacción dudosa miserable, y de consiguiente la muerte ó tránsito á otra enfermedad; y ulteriormente la desaparición de cualquier síntoma notable, con la exacerbación de los demás. ó la intensidad de todos á la vez aumentada, harán creer el fin funesto á que tiende la enfermedad.

La duración de los periodos con la rebeldía de algunos síntomas, me ha hecho concebir siempre las mejores esperanzas, tanto porque no tomaban un incremento que hiciese desconfiar, cuanto porque me proporcionaba tiempo para poder ocurrir con los remedios que creía indicados, y á que tuviese lugar su acción y modo de obrar.

Todos los prácticos están contestes sobre la impotencia de los auxilios de la medicina cuando la enfermedad ha tomado un vuelo rápido, y las personas han llegado al período de asfixia ó cianico; no hay duda que el riesgo es inminente, y el pequeño resto de animación que conserva el paciente, está pronto á escaparse y abandonar el organismo espirante, mas sin embargo de todo, este trastorno, cuya secuela necesariamente forzosamente debe ser la muerte, y que el enfermo se halla en el caso de luchar con ella misma, si se conserva por algún tiempo en este estado, y no se le calienta y tuesta esteriormente, ni se le estimula al interior con medicamentos alcohólicos ó incendiarios, como ha sucedido en todas partes, y yo mismo he presenciado, antes por el contrario se le trata convenientemente, ofrece esperanzas, y tengo muchos egemplares en mi práctica, de los cuales cito algunos para convencimiento de los que crean son exageraciones dictadas por el amor propio.
De la clase de tratamientos que se emplea para combatir esta enfermedad, deben inferirse además datos más veces positivos para asegurar el éxito que ella debe tener; generalmente en los enfermos que han sido estimulados al máximo, no viendo en ellos más que un decaimiento consumado, cuando la muerte, no sobreviene, al color cianico de la piel, y estension del pulso, le sustituye el rojo con un aumento de calor escesivo, y una dureza y elevacion grandes en este último, que indican la inflamacion rapida y violenta de algún organo importante, siendo este por desgracia en los mas de los casos el cerebro y aparato gastro-intestinal que concluye con la vida del paciente bajo un orden de fenomenos al parecer enteramente opuesto, y cuando lo acompana la dichosa suerte de sobrevivir y poder sobrepasar estos graves accidentes, por lo comun quedan en él los vestigios de la escesiva inflamacion sufrida, que con el tiempo, y por la mas leve ocurrencia se desenvuelve bajo la forma aguda, terminando de este modo la triste carrera de sus dias, al menos que no tenga la triple fortuna de hallarse dotado de una naturaleza privilegiada, activa y celosa de su conservacion, que sacuda mediante una crisis saludable por caminos y enrutarios que sus admirables resortes facilitan, los perniciosos efectos del tratamiento que le agobia, cuando se le pretende ayudar por el que le prescribe. Por el mismo estilo aunque con pequenas modificaciones deben pronosticarse cronismos internos; convalecencias laboriosas y disposiciones á las recaidas en todos los que un metodo mixto de antilogo y corroborantes ha sido puesto en ejecucion para contrarrestar la marcha de la enfermedad.

Dirijamos ahora nuestras consideraciones sobre un orden inverso de circunstancias opuestas á las que acaban de detallarse y encontraremos facilmente las señales de un buen pronostico y si á esto se agrega la disminucion gradual de los sintomas según se ha dicho tratando de las buenas terminaciones del mal, que las evacuaciones sean menos frecuentes y abundantes; que el pulso empiece á percibirse, aunque oscuro y debil en un principio despues grande é igual; si el cutis se calienta con igualdad, se cubre de un sudor halitioso que baña toda la superficie del cuerpo; y empieza á desaparecer gradualmente el color cianico, si la lengua se humedece y calienta sin viscosidad, el semblante se anima, los ojos recobran la diamanidad y brillo que les son propios, la voz recupera su metal antiguo, si conélja algun sueño apacible y natural, y últimamente si disminuye la sed, declarándose en el enfermo el apetito con
moderación, y todo su cuerpo se encuentra con más agilidad y disposición. Hay motivos para creer una próxima e inmediata convalecencia, sin temer las funestas consecuencias de las reacciones violentas, y cuando más en el enfermo no se advierte otra cosa que una simple y moderada gastro-enteritis, que luego desaparece, dejándolo en el más perfecto estado de salud.

La aparición del período menstrual en las mujeres es de muy buen presagio, porque á su consecuencia se mitigan todos los síntomas, y la curación se verifica con seguridad y rapidez, y por eso no puede pronosticarse tan favorablemente en las que han sido invadidas en los días consecutivos á esta evacuación, como en las que caen enfermas á su proximidad. En los sujetos que padecen flujo hemorroidal del mismo modo debe pronosticarse con alguna seguridad si este se entabla; y porque la naturaleza acostumbrada á este desahogo periódico obedece fácilmente con la aplicación de sanguijuelas á la margen del ano, y hay más probabilidad en estos, de disminuir los síntomas por este medio que en los que están exentos de él.

Hay además muchas cosas en los enfermos, y en todo lo que les rodea que no deben despreciarse para la formación de un pronóstico fundado y exacto, que garantice la opinión y nota del que lo hace, hablando con claridad á los interesados, sin lisonjearlos con vanas e ilusorias esperanzas que son causas muchas veces de las faltas de las disposiciones de los enfermos y arreglos de sus negocios, no habiendo fallado con anticipación el término de su vida; y últimamente es ocioso decir que mientras mas circunstancias favorables se reúnan en un sujeto para una buena terminación, tanto mejor puede y debe hacerse el pronóstico, y vice versa si predominan las malas señales, pues que entonces la marcha de la enfermedad tiende á un fin desgraciado y funesto que es lo que debe evitarse contrarrestándola con un plan de curación energico y adecuado como se verá en el siguiente capítulo, uno de los objetos principales que me propuse.
La diferencia y multitud de tratamientos que han sido empleados para combatir la rápida marcha del cólera-morbo, nace sin la menor duda de la oscuridad que ha reinado sobre la naturaleza de su causa, de la enfermedad misma y su asiento primitivo; esta ignorancia completa reunida á preocupaciones de ideas fantásticas de que cada práctico se ha revestido para no ver mas que á su modo lesiones y desarreglos propios y adecuados al sistema que ocupa su imaginación, ha lanzado esta enfermedad entre el grupo de aquellas, cuya curación se burla aun de las teorías mas acertadas y remedios mejor indicados, y de aquí las infinitas variedades de estimulantes y narcóticos, de tónicos y antilógisticos, de purgantes y vomitivos, y de antispasmodicos y calmantes, que han sido preconizados sucesivamente por unos, despreciados por otros, adoptados con entusiasmo á veces y abandonados otras para recurrir á unos nuevos de la misma incertidumbre e ineficacia; y en el
entretanto la afligida humanidad gimiendo tristemente bajo el
mortífero imperio de un genio desvastador, se entrega inocen-
te, huyendo de él, al filo de la cuchilla exterminadora que
empuñaba audaz la medicina empírica bajo la enmascarada forma
de un socorro propicio. La barbarie e inhumanidad asociadas á
la ignorancia, ansiosas de gloria á costa de sacrificios, corrier-
ron á hacer crueldades y horribles ensayos, que la experiencia y
sana razón condenan sobre el desventurado que tendido mise-
orablemente en el lecho lugubre del dolor anhelaba con ansia
poner un término al conjunto de penalidades y tormentos que
lo arrastraba velozmente al sepulcro; busca entre los de su
especie uno que pueda salvarle sus días, aliviando la pesada
carga de dolencias que lo abruman, y cuando el cree haber
encontrado un semi-Dios, á quien ciegamente entrega su exis-
tencia, este alargándole una mano amiga, con la otra armada
del antídoto en que el desdichado cifra su esperanza, descar-
ga el golpe fatal y sañudo que sella para siempre su destino.
Renunciemos nosotros á unos recursos que detesta y abomina
todo hombre sensato y amante de sus semejantes, y marchan-
do por la senda que marca la mas sana y prolija observación,
y trillada por una experiencia racional, procedamos con de-
nuevo á fijar las bases de un tratamiento metódico que con
energía y firmeza desarme al formidable enemigo que nos ve-
mos precisados á combatir; no nos arredrem sus malévolos é
insidiosos artificios con que hasta ahora se ha encubierto para
sorprender al mas cuento y severo observador inclinándole á
cruerlos como realidades; esa forma aparente de que se re-
viste, y esa fisonomía esperante con que se demuestra, no nos
hagan titubear nunca sobre el partido que se ha de tomar, que
muy luego cada uno en su práctica particular encontrará su-
cesos que coronen su intrépidez para no tener que arrepen-
tirse jama de sus designios; firmeza de carácter, observacion
atenta y sabia resolución, son los dotes principales que deben
acompañar al buen pratico, luego que se ve precisado á en-
trar en la lucha, para salir vencedor; nada debe despreciar,
cualquier pequeño fenómeno por insignificante y de ningún va-
lor que aparezca, debe ocupar el lugar que le corresponde
en su mente; no ha de separar la vista un solo momento del
enfermo que se propone salvar; pues á cada rato hay altera-
ciones y mudanzas; y se presentan ocasiones cuya pérdida llor-
ramos después; occasio praeceps esta es fugitiva, veloz y no
aguarda consideraciones ni miramientos.

Donde quiera que ha aparecido esta funesta plaga, los más
dicos que acudieron á su socorro, no viendo otra cosa que trasformos y desórdenes en las funciones principales de la economía, corrieron presurosos á buscar entre los modificadores de la vitalidad los escitantes mas vigorosos y apropiados para restablecer las abatidas fuerzas, por cuyo influjo se sostiene la preciosa armonía y orden admirable de los fenómenos de la vida; todo parecía conducir á la idea de satisfacer una indicación vital, y esta es la que se ha llenado en todas partes, aunque por distintos registros, si recorremos la serie de tratamientos puestos en práctica. Efectivamente á primera vista cualquiera, por mas espírita filosófico y discernimiento de que esté dotado, no deja de observar con espanto el alto grado de decaimiento de fuerzas y deficiencia vital que acompaña al enfermo, y no puede menos de concluir, esta es la causa inmediata de los desórdenes que anuncian la próxima destrucción del pequeño resto de vitalidad que aun lo anima, volvemos en su socorro prodigándole los medios de vigorizarlo. Toda persona al verse á otra caer desmayada y en un síncope que le priva del conocimiento, y aun le hace oscurecer el pulso, se precipita á sacarla de aquel estado, ya dádole á oler esencias que despierten la acción cerebral, ó ya haciéndole tragar la porción cordial más á mano; parece que el instinto de la conservación así lo exige, y con mas razón no han de correr presurosos á proporcionarle estos mismos medios y mas activos al desventurado colérico en quienes síncopes se amenuean, el pulso es deficiente y el calor ninguno. Tiene apariencias de inhumanidad y crueldad á la vez dejar de proceder de este modo, puesto ya, en este caso, como tambien no aplicarle á sus álgidos miembros un calor vivificante que lo rehaga recobrado el que falta; pero aplicámoslo una por una las funciones alteradas, referamos á cada órgano los padecimientos que le son peculiares, ligüemoslos unos á otros y veamos las relaciones que tienen entre sí, del mismo modo que en el estado de salud están encadenados los fenómenos que dimanan de su acción simultánea distingamos los efectos de las causas, y á estas consideremoslos tambien como resultados de otras, apurando en lo posible nuestras investigaciones hasta llegar, ya que no á la causa primaria, al menos á los primitivos desórdenes que se deriban, ó mas relación tienen con ella, para de aqui tomar el hilo, y reflexionando un poco sobre estos hechos, consultemos los conatos á instinto de la naturaleza misma, y reunamos á todo esto la inficacia y perniciosos efectos las mas de las veces de semejantes procedimientos, y veremos las consecuencias que forzosa-
mente se deducen de todas estas consideraciones. Sacudamos el imperio de las odiosas preocupaciones que nos subyugaron; y desnudos del espíritu de prevención y amor propio entremos por las puertas que abrió la recta observación, al sagra-
ddo templo de la ciencia, y en sus augustas aras depositemos los preciosos documentos que testimonian eternamente el racion-
cimiento y la experiencia. Si la anatomía patológica, que hasta la presente fue el áncora de las investigaciones médicas, dando a conocer eternas verdades, ha demostrado palpables los vesti-
tigios de esta voraz enfermedad, dando origen a teorías disiden-
tes y consecuencias arbitrarias, la observación misma y el ra-
ciocinio médico suplirán su falta, llenando este vacío insuperable en apariencias; cierto que ella es un testigo fiel de que los médicos fisiológicos se valen para la comprobación de sus asertos, mas cuando desgraciadamente falta este apoyo ¿no está re-
vestido del carácter de la incertidumbre y incongruencia entre los escritores, no queda otro amparo que recurrir á la analogía de los casos, y á los medios que se han dicho para poder deducir datos ciertos; pero dejando á parte todas estas refle-
xiones procedamos al exámen de los distintos tratamientos em-
pleados para la curación de esta plaga desastrosa, luego que atravesando el océano atlántico, se dejó ver por primera vez en-
tre los habitantes del nuevo mundo,

El Norte de la América fué el primer teatro que se abrió á los estragos de esta funesta epidemia; los médicos de esta parte, educados en el sistema de Brown y sus secuaces, hallaron bien pronto los remedios con que combatirla en el catálogo de tónicos y estimulantes que estos mismos proponen para restau-
rar las fuerzas del paciente, asociados á los antiespasmódicos y narcóticos sin olvidar los calmaménes que de tanto recurso son considerados por ellos en la curación de todas las enfer-
medades, así que entre este medicamento, el lúdano, castor-
canela, pimienta y alcohol estaban comprendidos los principa-
les medios de hacer frente á los síntomas de sus distintos pe-
ríodos, aumentando ó disminuyendo las dosis según su mayor ó menor violencia, y agregando las más de las ocasiones gran-
des y activos rebulsivos sobre el epigastrio y estreñidades que constituían los fuertes sinapsismos y anchen vagatarios con la aplicación del calor exterior además para oponerse á la fatiga del paciente y hacerla desaparecer.

Ya sea por sus costumbres, género de vida particular, cau-
sas topográficas, ó reunión de circunstancias que no entrames á detallar y que sería muy curiosa e interesante su averiguación,
La enfermedad en las poblaciones grandes como New-York, no invadió sino a un corto número de personas, y solamente en esta ciudad perecieron sobre tres mil y quinientas, según el cálculo prudente de algunos, y así es de creer, puesto que se cuentan un gran número de calles en que la epidemia no tuvo lugar, otras en que tan solo hubo un enfermo como Fulton Street, y otras en fin en que el número fue tan limitado y corto que pueden designarse una por una las casas que eligió. Adonde se presentaron los casos con más abundancia y gravedad fue en los barrios ocupados por los marineros cuyas costumbres y género de vida en todas partes son notorios, y gente infeliz destituida de todo recurso higiénico; el resultado es que después de haber hecho cortos estragos con relación a otras partes, desapareció dejando impune a casi toda la población.

En la ciudad de New-Orleans, situada mas al Oeste, y cuyo clima y temperatura guardan algunas relaciones de analogía con el de la Isla de Cuba, por cuya razón son muy frecuentes los casos de fiebre amarilla, se presentó mas voraz y sus estragos fueron mas formidables. Los médicos de esta parte no se detuvieron en prescribir los mismos medios de curación empleados ya anteriormente por sus compañeros de New-York, variándolos y alternándolos, según cada cual le pareció conveniente, y de todos modos las víctimas se multiplicaban, y no había poder que detuviese su rápida carrera al sepulcro. Entre estos apareció el Dr. Halphen con un cúmulo de observaciones coronadas de felices sucesos que probaban hasta la evidencia la especial virtud del sulfato de quinina asociado al triade, para suscitar la reacción del paciente, y sacarlo del estado de abatimiento y postración suma de fuerzas que se encuentra reducido en esta clase de mal; con efecto, hacía tomar una dosis alta de dicho medicamento al enfermo cuando se hallaba en el período de asfixia, y la heroicidad y modo de obrar del tal ingrediente hacían presentar un grado de calor escésivo, el pulso se levantaba, y en algunas ocasiones sobrevienen hemorragias, al traves de las membranas mucosas, y aun de los mismos ojos, que proporcionaban una feliz terminación del mal unas veces, otras lo hacían perecer al rigor de las violentas inflamaciones suscitadas en el parenquima de los órganos, y en otras no era suficiente á despertar esta acción tan general en el organismo, y consumiéndose toda su estimulación en un aparato exclusivamente, la muerte se presentaba acompañada de pequeños ó insuficientes contos de la naturaleza, para repartir en la economía los efectos estimulantes de este plan de curación.
Trasladémonos ahora á la Habana, capital de la Isla de Cuba, segundo teatro que se abre á la epidemia, que por su suelo ardiente, distinto género de vida de sus habitantes, y abundancia de médicos de otras sectas muy diferentes á los Anglo-Americanos, el estudio y observación de la enfermedad, lo habemos de encontrar con varias modificaciones y resultados diversos. Entre la duda é incertidumbre que reinaba en los primeros días de su aparición entre los médicos para haber de clasificar la enfermedad, cada cual formaba su plan de curación que empezaron á ponerse en práctica á la vez. Los unos no viendo mas que los efectos de una gran disminución y aniquilamiento de fuerzas, miraban como un sacrilegio de alta gravedad estragar la mas leve cantidad de sangre al paciente; y omitir las bebidas tónicas y corroborantes que hicieron mano asociados á los antiespasmódicos, y estímulos estomacales por medio del calor, sinapsismos y frotaciones estimulantes. Otros siguiendo el tratamiento empleado por los médicos del Norte, administraron largamente los calomelanos, opio, gengibre &c. sin atreverse á tocar á la sangre del paciente; y algunos hicieron frecuente uso del subnitrate de mercurio ó pildora de Ugarte, bajo la forma de agua mercurial, tan recomendada para toda clase de dolencias en el sentir caprichoso de muchas personas y de algunos médicos de nota, no dejando de recurrir al mismo tiempo á los escitantes estomacales energicos y activos. Otros recurrieron á los purgantes ya suaves, ya drásticos, y no faltaron quienes tuvieron valor para hacer una mezcla de cuantos ingredientes estimulantes y activos les sugería su feliz imaginación, dando lugar á una composición que bien podia llamarse segunda triaca de que hacían tragar grandes dosis al paciente, como si de este modo y en la reunión de las virtudes propias de cada uno se encontrase el antídoto especial, suficiente á neutralizar los mortíferos efectos del mal. No dejó de haber algunos médicos que considerando el estado del paciente muy análogo al de un envenenamiento, por la ponzona que suponían en la causa productora, emprendieron su curación con el uso de la triaca misma sola ó asociada al vino generoso.

La mortandad de los enfermos sometidos á los dichos métodos curativos, es espantosa, sin que la multiplicación de las víctimas sirviese siquiera para reflexionar á sus prescriptores sobre la inutilidad de sus remedios. La pluralidad de los médicos revestidos de un espíritu de prudencia mal entendida, abrazó las indicaciones del eclecticismo de diferentes modos. Los
unos no viendo más que una gastro-enteritis causada por la presencia en el estómago e intestinos de materiales acres y corrosivos de que suponían cargalos los líquidos allí acumulados, se proponían por primera indicación evacuarlos, y prescribían la hípecacuana y los laxantes; y si el enfermo no pasaba al período de asfixia, sino que se desenvolvía una reacción con la verdadera inflamación gastro-intestinal ó de otra entraña, la combatían con los antiflogísticos, bebidas emolientes y atemperantes; mas si avanzaba al estado de frivaldad y extinción del pulso, entonces su primer objeto era levantar la vitalidad de los órganos por los tónicos y exitantes. Otros no mirando el aparato gastro-intestinal bajo el aspecto que los anteriores, se propusieron un plan sudorífico por infusiones aromáticas calientes, asociadas las mas veces á los antiespasmódicos y calmantes, cuyo plan continuaban en mayor ó menor dosis durante los períodos de la enfermedad, hasta no ver suscitada la reacción, en cuyo estado renunciaban de estos remedios para acudir á las emisiones de sangre, y prodigarlas segun la vehemencia de los síntomas inflamatorios que se manifestaban. Otros recurrían desde un principio á las emisiones de sangre ya locales en el epigastrio y ano, ó ya generales; pero asociadas al ponche ó infusiones aromáticas y antiespasmódicas, ó bien al emético y laxantes. Otros entablaban un plan antiflogístico desde un principio, el cual no tenian valor para continuarlo si los síntomas se graduaban, ó para prescribirlo rigurosamente cuando el enfermo se les presentaba ya algo adelantado en la marcha de la enfermedad. Hubo algunos, aunque sumamente raros, que se determinaron á prescribir el yelo interiormente, y las emisiones de sangre cuando podían conseguirlas; y no faltaron quienes combinaban los emolientes con los tónicos difusivos á la vez, otras con los permanentes, y últimamente que maridaban y reunían toda clase de medicamentos y de métodos. Todos estos tratamientos eran ayudados exteriormente con la aplicación de la plancha candente sobre el espinao, de frotaciones estimulantes, de sinapismos fuertes, de vegigatorios, de cubiertas dobles; en que se envolvían un gran número de botellas de agua hirviendo, sacos de arena caliente, ladrillos caldeados; se colocaban braseros de candela bajo la cama del paciente, y se tapaba la mas leve rendija de las puertas para impedir la menor comunicación con el aire exterior, de suerte que al entrar á visitar cualquier desgraciado colérico se encontraba uno en un horno en el cual no podía permanecerse mucho tiempo sin riesgo de sofocación; en los hospitales mismos, las salas
destinadas al recibimiento de estos infelices se hallaban en la más escondido y oculto, cubiertas las entradas de las puertas con lienzos y encerados dobles, que no daban entrada a corriente alguna de aire. Los principales medicamentos de que se hacía frecuente uso interiormente eran la manzanilla ó camomila, el palo malamo, el té, la salvia, las flores cordiales, los coholes de la fruta llamada anon, la serpentaria, la quinina, la nuez moscada, los vinos generosos, con especialidad de madera, el éter, laudano, espíritu de menta, de romero, de alcanfor, de canela, clavos, absintio, torongil, licor anodimo, mineral de Hoffman, acetato de amonioaco, ó espíritu de minero, opio, morfina, tridade, castor, cocimiento blanco, hipocacuana, tártaro emético, maná, tamarindos, sulfato desosa y alumina, aceite crotoniglo, de ricino, de almendras duleces, y otros muchos ingredientes cuyo número no es fácil retener en la memoria; y entre los que se usaban exteriormente se encuentran el bálsamo de floraventi, alcohol alcanforado, linimento de Ungria, amóniaco líquido, aceite esencial de trementina, las cántaridas en tintura y ungüento, el vinagre asociado a la mostaza, ajo, pimienta &c. y hasta el hierro escandescente.

Estos han sido en general los métodos de curación puestos en práctica por los facultativos de la Habana, unos con más secuaces que otros, con particularidad los sudoríficos y antiespasmódicos, llegando a tal entusiasmo que en los papeles públicos los médicos de la comisión ó junta permanente aconsejaron al vecindario que estuviese provisto de estos ingredientes, y no había persona que dejase de depositar en su casa la manzanilla y malampo, y que no condujese en sus bolsillos el pomito de laudano, éter, ó tinturas antiespasmódicas con algún terrón de azúcar, y en el momento en que les parecía sentir la más leve indisposición ó incomodidad, echaban veinte ó treinta gotas de dichos líquores sobre la azúcar que tragaban precipitadamente, y unos curaban en el momento del fantástico mal que les representaba su aterradora imaginación, y se contaban entre el número de cólericos curados, á otros los estimulaba y disponía al desarrollo de la enfermedad si no por el pronto después de algún tiempo, y en algunos por último se seguían inmediatamente los trastornos que son consiguientes á su aparición; y en medio de todo esto la mortalidad era considerable, y nada bastaba á detener la rápida marcha á la muerte de una gran parte de los invadidos.

En la ciudad de San Carlos de Matanzas, teatro de mi práctica, los médicos se hallaban divididos en el tratamiento, y
los unos siguieron las indicaciones de la pluralidad de los de
la Habana, y los otros las del régimen antiflogístico; mas bien
pronto prevaleció este último porque la mayor parte de ellos
cayeron enfermos, y quedé casi solo con algunos mas que si-
guieron el mismo método. Es de advertir que á los principios
de la epidemia, hizo mucho ruido un específico, que se em-
pezó á propinar por uno de ellos, á cuya adquisición el vulgo
ignorante corria presuroso, maxime, cuando su autor anima-
do del mayor entusiasmo, y creído de su verdadero descubri-
miento, insertó en el periódico su método curativo, repartien-
do impresos en que se explicaba el modo de administrarlo.
Este consistía en una bebida cuya principal base era un emé-
tico fuerte, según los efectos que se notaban después que el
paciente la tomaba, que en el instante producía vómitos atro-
ces, combinado con algunos otros ingredientes colorantes, aro-
máticos, y espirituosos que la hacían aparecer como cosa nue-
va y portentosa. Algunos que la tomaron tuvieron la suerte
de que su enérgica estimulación se difundiese sobre el sistema
cutáneo mediante el estrecho vínculo de las simpatías que tan
de cerca lo unen al estómago, y prorrumpiendo en un copio-
sísimo sudor quedaban libres del mal, en otros se desenvolvía
una inflamación violenta sobre el mismo estómago é intestinos,
que irradiándose prontamente sobre el órgano encefálico, los
hacia sucumbir con la mayor rapidez, y en los mas este pode-
roso estímulo, determinaba un mayor y abundante flujo de lí-
quidos al aparato gastro-intestinal, y era asombroso verlos pa-
sar instantáneamente de los pródromos mas sencillos, al terri-
ble estado en que suprimidos los vómitos y evacuaciones el en-
fermo solo aguarda la muerte. Este procedimiento lanzó en la
sepultura multitud de familias que teniendo una confianza ciega
en la virtud del específico, depositaban en su casa una botella
de la tal bebida, y á la persona que sentía la menor novedad,
se le hacía tomar una buena dosis de ella, sin tino ni medida,
á que muy pronto se seguían cruelmente los estragos de la en-
femidad; pero este formidable número de víctimas, pesa ya so-
bre su autor, y los gritos que desde el sepulcro estas mismas
dirigen al interior de su conciencia, lo indujeron á desistir de
empresa tan arriesgada para la humanidad. Igual efecto he no-
tado en aquellas personas que por temeridad y capricho hacían
uso de la medicina purgativa ó emeto-catartica de Mr. le Roy;
apenas mediaba tiempo entre la manifestación de los pródromos
y la muerte misma, y es escandaloso que personas de al-
guna educación, y armadas de buena lógica, quieran aun in-
sísttr en que esta enfermedad, debe curarse por su admi-
nistración. *

Pasemos á hacer ahora algunas consideraciones sobre los efec-
tos del clima de esta Isla en los individuos, sus temperamen-
tos, idiosincrasias, régimen de vida en general, y enferme-
dades á que son predispuestos por escelencia para luego de-
ducir consecuencias que puedan servir al aprecio del método
curativo que exige la enfermedad que en ella ha reinado.

En esta Isla comprendida entre los 29.° 42.' y 23.° 10.' de
latitud el calor atmosférico durante el día es escéptico, sufríen-
do alguna disminución corta en los meses desde Noviembre á
Mayo, de tal suerte que en los días en que no reina la brisa,
viento fresco del N. E., que suele presentarse de las diez á
once de la mañana, la temperatura atmosférica es sofocante é
inoportable; al anochecer el calor desaparece considerablemen-
te, presentándose así una alternativa y variación termométri-
cas tan notables, que todas las personas sobre quienes obra, no
pueden menos de sentir su gran influencia; efectivamente el
calor poderoso escitante de la vitalidad de los órganos, aumenta
la acción de la piel durante el día, y es la causa de la gran
traspiración que haña á todos en esta época, la cual en la no-
che con el resfriamiento atmosférico es interrumpida de un mo-
dvo violento, siendo efecto inmediato de la deficiencia del acti-
vo estímulo que influye sobre ella, á lo cual puede agregarse en
los meses de la mayor fuerza del calor las lluvias abundantes
que cargan la atmósfera de un cierto grado de humedad, y
obran de concierto con su temperatura sobre el mismo órga-
ño cutáneo, y vease de todo esto lo que puede resultar en la
economía. Este aparato por el cual la naturaleza se descarga de
una cantidad enorme de líquidos impropios al sostenimiento de
la vida, es uno de los que mantienen relaciones y conexiones
mas íntimas con el gastro-intestinal, según lo demuestran sus
estados patológicos, si es que en el orden de fenómenos fisi-
ológicos ó en el de salud cabe alguna duda, pues á veces el
estado morboso de los órganos, nos enseña claramente hasta don-
de se estienden y cuáles son sus relaciones, y de consiguien-
te las estimulaciones que sobre ellos obran son recíprocas; el

* Sé de una persona recomendable, por su gran mérito en
la sociedad, que con la mayor seguridad firma un documento de
homicidio causado por él, á la persona, que en el cólera-morbo
le administró él mismo, el vomí-purgativo de Mr. le Roy.
cúltis altamente y sobremánera escitado del modo dicho: es la causa de mantener al estómago y intestinos en un grado de susceptibilidad, semi-morbosa. Prescindamos ahora de entrar a tratar de las diferentes causas morficas que encierra su suelo, en sus producciones, en la multitud de pantanos y ciénagas, en sus llanuras y elevadas lomas, y en otras mil particularidades que se notan, y tienen más o menos conexiones con los fenómenos atmosféricos, y aun de las que contiene en sí misma la vasta población de que se trata que todas conspiran directa ó indirectamente, á la producción de una muchedumbre de males que siempre van á hacer su tiro al sistema digestivo por razones bien claras, y procedamos á examinar el género de vida en general de sus habitantes.

Si descendemos desde la gente de primera clase hasta la miserable esclavitud, ó si desde esta hacemos una escala graduada hasta llegar á la mayor opulencia, á todos los observaremos en el uso de alimentos y bebidas impropios del suelo que pisan, y de la susceptibilidad gástrica que cada uno concibe efecto de las causas mencionadas. El común y frecuente alimen- to de los negros; así como de la gente infeliz se reduce con especialidad al tasajo ó carne curada, plátanos, fruto propio del país, y mondácos, raíz tuberosa que contiene mucha fécula, siendo su bebida casi general el aguardiente de caña. Las gentes de unas proporciones medianas alternan este mismo mantenimiento con el uso de carnes frescas del casave * maíz, pan de trigo, arroz, papas y el de algunas semillas harinosas; y últi- mannerente en las mesas opulentas se encuentran las carnes de todas clases condimentadas fuertemente, los vinos generosos, las especias y salas estimulantes y otros mil compuestos que la gastronomía ha inventado para lisonjear el paladar, y que la vanidad Europea trasladó allí para ostentar el lujo y magnificencia, en vez de la templanza y sobriedad que deben ser inherentes á dicho clima, notándose entre todos el poco ó ninguno uso de las legumbres. Añádase también el frecuente ó inmoderado uso del café entre todas clase de persona, por ser fruto de la misma Isla, las bebidas amargas y alcohólicas que muchos toman con la idea de entonar el estómago y conservar el apetito, la costumbre perjudicial de tomar lo que llaman la mañana, las once y la noche con vinos fuertes y bebidas fermentadas,

* Especie de pan en forma de tortas, hecho de la harina estraiada de una raíz, llamada yuca.
y últimamente la vulgar idea que reina entre toda clase de sujetos sostenida por algunos médicos, de alimentarse fuertemente, en razón de sudar mucho y de consiguiente que son muchas las pérdidas que el individuo sufre, renunciando enteramente de alimentos jugosos y atemperantes porque son fríos y relajan el estómago, y encontraremos unas nuevas y poderosas causas que obran produciendo la exaltación y aumento de vitalidad de los órganos gastro-intestinales.

Analizando el temperamento en general de los naturales, los vemos dotados de una imaginación viva y sutil: son fagosos en sus pasiones; su circulación es rápida; digieren pronto; los órganos de la generación tienen un desarrollo prematuro; todas las funciones por lo común se ejecutan con velocidad, y la vitalidad parece puesta en acción con energía, excepto el sistema muscular que se observa decaído y lúgubre, que los hace indolentes e ineptos para los trabajos corporales, y aparecer como desmadejados, y en algunos llega á tal extremo, que hasta en la pronunciación se les conoce la laxitud que acompaña al sistema de músculos que se pone en acción para la articulación de las palabras. May pronto los Europeos que pasan ha habitar entre ellos, luego que llegan á aclimatarse contrarán todos sus habitos y condiciones, y los temperamentos individuales sufren modificaciones por la influencia del clima, la cual es mayor cuando estos son procedentes del mediodía, y va en diminución, mientras mas próximos son al norte de Europa, parece que se pasa á vivir mas de prisa y que todo el aparato locomotor cae en una involuntaria inercia, cuyas circunstancias he estado en posición de observar en mí mismo y de apreciar bien sus distintas influencias por las varias ocasiones que me he trasladado de dicha Isla á Europa, y de esta á aquella. Esta lúgubre tan notable del dicho sistema, está en una perfecta armonía con la susceptibilidad gástrica que he asignado anteriormente, cuyo hecho está bien comprobado por los fenómenos fisiológicos durante la salud, y los patológicos en el estado morboso: y á cuya explicación es ocioso entrar en el actual estado de conocimientos médicos por lo que sin detenernos en estos pormenores, pasemos á investigar el orden de enfermedades más frecuentes á que están sujetos los habitantes de esta Isla por la influencia tan general de las causas mencionadas.

Todas ellas dependen siempre de un aumento de acción orgánica, es decir del génio inflamatorio pues que el número de causa que hemos visto, obraban sobre el individuo, todas son estimulantes de la vitalidad, y su influjo, mas ó menos poderoso y activo,
recayendo en personas distintoamente escitables las hace presentar bajo formas diversas, en razón de su diferente intensidad, y demostrarse con mayor ó menor claridad, y la atenta y prolonga observación de los fenómenos morbosos, bien pronto descubre que en los órganos gastro-intestinales, se desenvuelve un grado de vigor sobre natural, que los niveja en sus padecimientos, al grado en que los sufre, el primitivamente afecto y muchas veces lo esceden, haciéndose entonces el foco principal de la afeción. Por remota y distante que se halle la parte que primero sufre, y por limitadas que sean sus relaciones simpáticas, siempre imprime en ellos el sello de sus dolencias; así que observamos en primera línea las gastro-entéritis agudas como efecto inmediato de las fuertes estimulaciones que obran en este aparato ya directamente, ó ya sea por el intermedio de los demás órganos; estas mismas inflamaciones reducidas al grado de cronicismo, nacidas de subirritaciones gastricas, abandonadas al descuido, ó tratadas imprudentemente por estimulantes intempestivos, y sostenidas por la acción exitante, y continuada del mismo clima, hábitos y método de vida de los sujetos que las abrigan y conducen. Exantemas ó irritaciones cutáneas, bajo la forma aguda y crónica que se mantienen en un justo equilibrio con el estado de las escitaciones del mismo aparato gástrico, por el estrecho intermedio de los lazos simpáticos con que se unen. Gastro-entéritis agudas que presentándose con un aparato de síntomas formidable, constituyen el cólera-esporádico, que siendo el resultado de una constitución médica determinada, aparece después de las primeras aguas en la estación de los calores; fiebre amarilla ó inflamación violenta del estómago é intestinos, con irradiación simpática del encéfalo, que siendo también el producto del estado catástico y endémico, ataca privilegiadamente á los individuos aun no acostumbrados á su deletérea influencia; fiebres intermitentes, cuyo origen son las inflamaciones gástricas del mismo género y tipo, efecto inmediato de la acción de los mismas que se desprenden de los pantanos que parece tienen la virtud especial de producir lesiones de esta especie; enfermedades del cerebro y sus dependencias, que se confunden en su aparicion con las flagrancias gastro-intestinales, y es casi como imposible decidir en cual de los órganos abrió la primera escena mórbita la causa productora; afectos de pecho ligados intimamente á la inflamación misma de dicho aparato, y últimamente todas las enfermedades de naturaleza inflamatoria, asociadas al desarreglo de los órganos de la digestion.
Júzguese ahora de la eficacia de un plan de curación incierto y corroborante, ó tónico, antilogístico confundidos á la vez, sobre una clase de personas, sujetas á un orden de fenómenos, que mantienen en un estado de energía y vitalidad excesivo el ejercicio de sus funciones, y predispuestas en gran manera al desarrollo de la epidemia, por la influencia de las causas escitantes acabadas de enumerar, y se podía muy bien llamar prudencia mal entendida, la que animó á la generalidad de los médicos de la Habana al abrazar las bases al parecer judiciosas del eclecticismo. Se dirá tal vez; como ya dijeron otros, que la epidemia se presenta bajo dos aspectos muy diversos que exigen un tratamiento enteramente contradictorio. Aunque no fuesen suficientes las razones sabiamente expuestas por el autor del renacimiento de la medicina fisiológica para convencer á los que en el día aun sostienen la racionalidad aparente de la medicina eclectic, con argumentos tan débiles, que en sí mismos llevan su solucion, basta reflexionar (en lo que ellos también convienen) que la enfermedad siempre se desarrolla á impulsos de causas puramente escitantes del organismo bajo diferentes formas, que es tanto mas pronta en su aparicion, fugaz en su marcha ó intensa en sus sintomas, mientras mas activa sea la influencia de estas mismas causas, y en el sujeto se reunan al mismo tiempo y se hallen mas marcadas las predisposiciones que llevan la divisa de la inflamacion interna, circunstancias todas que al par que comprueban evidentemente su verdadero è inequivocable carácter inflamatorio, sopena de tener que cambiar en el orden de las cosas naturales los efectos indispensables de las causas, y que forzosamente derivan de ellas, haciéndoseles producir de un modo enteramente opuesto y de naturaleza distinta que repugna la razón, y á que con todo rigor se opone el raciocinio; sirven de prueba evidente para asegurar que la enfermedad no muda de escencia; y si solo tomando un vuelo rapido y espantoso, se reviste maliciosamente con la enmascarada forma de la suma decadencia vital, no dejando observar otra cosa en la apariencia que la evolucion general del organismo. La inutilidad è ineptitud de los tonicos y estimulantes, comprobada por el formidable número de víctimas que ha sacrificado, y á que se recurrió en todas partes cuando el paciente llegaba á dicho estado, y los numerosos casos de este género, á pesar de haber sido poco empleado, que el tratamiento puramente antilogístico ha coronado felizmente de un suceso admirable, cierran completamente las puertas á toda duda, y destruyen con gran ventaja la
fuera solo intelectual e imaginaria de los argumentos que se dirigen a variar la naturaleza y esencia del mal que nos ocupa. Los adelantos que la medicina fisiológica ha añadido al estudio de un numeroso grupo de enfermedades, á las que nuestros antepasados miraban bajo relaciones muy diversas que nosotros en el día, han comprobado hasta la evidencia aquel axioma de *magis et minus non mutant speciem*, es decir, que las formas aparentes y accidentales que se notan en muchas de ellas, y que traen origen de fenómenos, que la observación y razonamiento bien dirigidos supieron distinguir, y referirlos á sus verdaderas causas, no mudan ni trastornan la esencial naturaleza de ellas mismas, antes bien sirven al fisiólogo instruido y atento observador de fundamentos indestructibles, que corroboran sus ideas, y de grandes antorchas que lo iluminan conduciéndolo al término de sus investigaciones; por tanto señaladas estas bases y aclaradas en lo posible hechos innegables y de eterna verdad, procedamos ya á establecer un método curativo racional, adecuado á las fases con que la espantosa entidad llamada cólera-morbo se presenta, apoyado en la observación, y esclarecido con la experiencia.

La primera y esencial indicación que se presenta á los ojos del médico observador, es la de oponerse con energía al gran aflujo de líquidos blancos que atropelladamente acuden al canal digestivo, y á la paralización del círculo de la sangre que inminentemente va á demostrarse en todo sujeto atacado de la enfermedad. Esta la he satisfecho en los enfermos en quienes ya los síntomas del cólera-morbo se hallaban manifestados, casi de una manera igual con pequeñas modificaciones, nacidas de la diferente clase de sujetos y modo de aparición. Cuando el paciente solo era acometido de las evacuaciones cólericas sin demasia da frecuencia, ni abundancia, que el estómago aun se conservaba tranquilo, que la sed no le mortificaba, y le era indiferente el uso de las bebidas frías ó calientes, que el pulso era perceptible, y se mantenía desarrollado, y que el calor del cutis permanecía, le ordenaba una sangría general, si era fuerte y vigoroso, y después de haberle dispuesto la aplicación de un número de sanguijuelas á la márgen del ano proporcionado á su edad, constitución, predisposición &c. siempre más bien de mas que de menos, atendiendo á que en pequeño número por lo común aumentan la congestión de sangre ya formada en el sistema sanguíneo abdominal, precipitando así y exasperando el síntoma que trata de combatirse, en una enfermedad que no se puede ni debe perder tiempo en preparar-
le socorros, y hacerla desaparecer, según me corroboró esta idea la práctica de otros que no se determinaban á hacer mas que cortas emisiones de sangre, y no llenando á veces la indicacion, veían con asombro aumentarse prodigiosamente las evacuaciones y la rapidez de los demas síntomas, sin encontrar á que atribuir semejante exacerbacion; y después de caídas las sanguijuelas, cuyas picaduras hacia que se refregasen con lociones calientes, para facilitar la salida de la sangre, prescribía la aplicación de cuatro sinapismos volantes á la parte interna de brazos y piernas, y de una gran cataplasma emoliente sobre todo el vientre; aumentaba un poco las cubiertas de la cama del paciente, en las que mandaba envolver algunas hojelllas de agua caliente, le recomendaba una gran inmovilidad manteniéndose bien cubierto, é interiormente disponiendo solamente el uso de algunas tazas de un cocimiento emoliente y gomoso, como el de la raíz de altea edulcorado con el jaravé de goma, ó bien únicamente el agua y azúcar, y por lo común la naranjada, todo á una temperatura caliente; y en seguida de todo se presentaba un sudor copioso y abundante que le aconsejaba conservase por dos días, el pulso se reanimaba y se encontraba lleno, grande é igual, las evacuaciones desaparecían, y lo observaba por último con un movimiento fебril moderado, dependiente del aumento de accion de la piel que en algunos provocaba á veces una ligera erupción, y al tercer día ya se hallaba en el caso de empezar á hacer uso del agua de arroz por alimento, y de los subacidos por bebida ordinaria; al día siguiente la tisana de pollo trascolada por un paño em-

He asistido á algunas consultas de enfermos tratados de este modo que generalmente han sucumbido, y entre ellos el Sr. Cura del pueblo de Santa Ana, víctima de este inocente procedimiento, el cual siendo hombre joven, grueso y de una constitución regular, á pesar de abrigar una gastro-entéritis crónica, habiéndose visto atacado de la diarrea de parte de noche, ocurrió mediante las instrucciones que mi compaño y amigo Don Antonio Ducros le tenía dadas, á ponerse unas sanguijuelas en la márgen del ano, las que desgraciadamente no fueron mas que once de un tamaño diminuto, y á la caída de estos animales se siguieron inmediatamente las evacuaciones con una abundancia y frecuencia espantosa, y todos los síntomas de la enfermedad, con una marcha tan rápida, que no hubo poder humano capaz de combatirlos, y detener sus progresos.
papado en agua fría le servía de mantenimiento después algún caldo de más consistencia, hasta que últimamente se hallaba en estado de principiar a hacer uso gradual, metódico y moderado de alimentos sólidos.

Cuando en el enfermo observaba sed, y conato por las bebidas frescas, le sustituyan las bebidas ácidas frías, y en este caso, especialmente cuando empezaba a sentir nauseas, y existían vómitos, no me contentaba con la aplicación de sanguijuelas al ano, sino que sobre el epigastrio ordenaba también un número igual o descendente, según que predominasen estos a las evacuaciones, y se mostrasen con la misma intensidad.

En muchos enfermos luego que eran acometidos de vómitos y evacuaciones, después de haber descuidado los pródromos y ligeros trastornos que marcan el principio del mal, es decir que se hallaban con los primeros síntomas del segundo período, sin que arrojasen otra cosa que materiales biliosos ó residuos alimenticios, considerando que la presencia de estos mismos era capaz de favorecer un mayor aflujo de líquidos, aumentando la irritación ya fijada en los órganos gástricos, me decidi a satisfacer la indicación de desembarazarlos, no con los eméticos, de hipecacuana, y táraro estiviado, porque jamás tuve ese exceso de audacia, sino con porciones oleosas abundantes tibias, que llevando enteramente mi idea, eran un emoliente que suavizaba y reducía á su estado primitivo (mediante la cooperación de todos los demás recursos) el cretismo vital que principiaba á suscitarse en las membranas mucosas.

Ya que estaban declarados éstos, y que el estómago del paciente de ningún modo soportaba la presencia de líquidos en gran cantidad de ninguna clase, me limitaba exclusivamente al uso interior casi continuo, cuando podía haberlo de trocitos de yelo que hacia tragar enteros, ó en su defecto de pequeñas cucharadas de agua lo mas fría que pudiera obtenerse en la cual se esparcían algunas gotas del ácido de limón, repetidas con gran frecuencia; si sobrevenían calambres, ocurria á ellos con ventosas sajadas ó sanguijuelas á la parte superior de la espina, ó á la inferior, según que estos se presentasen en las extremidades superiores ó inferiores, ayudando el efecto de estas emisiones con las fricciones del aceite esencial de trementina sobre la parte; cuando la orina no corría, sajaba ventosas sobre la región renal, ó aplicaba sanguijuelas, y en seguida una gruesa cataplasma emoliente, que tambiém mandaba colocar sobre el hipogastrio ó empeine. Si las evacuaciones y vómitos empezaban á disminuir siendo menos frecuentes y abun-
dantes, me mantenía firme en la prescripción de lo espuesto sin alterarlo, ni precipitarme á nuevas emisiones de sangre y enemas astringentes y calmantes, porque considerando una co-
lección de líquidos abundante en el interior del tubo digesti-
vo, era preciso aguardar que éste se fuese desembarazando poco á poco de ellos, y cuando se recurre, como he visto, al uso intempestivo de éstas ayudas, que por el pronto en este caso contienen las evacuaciones, la misma abundancia de líquidos existente en la cabidad intestinal unida á la presencia y acción de la enema, era un estímulo, mas que poderoso para volver á aparecer de nuevo con mas violencia, ó hacer un movimien-
to retrógrado hacia el estómago, que hacían presentar los vó-
mitos en el que no los tenía, desapareciendo las evacuaciones,
ó aumentarlos considerablemente si ya existían; de consiguien-
te cuando la cantidad que el enfermo arrojaba de una vez en
c.a deposicion, siendo demasiado escasa, y teniendo algunas
eñales que me indicaban ser corto el residuo que se alojaba en los intestinos, y que al mismo tiempo el sistema absorven-
te de este aparato estaba ya puesto en acción para que los lí-
quidos que ocupasen su interior tuviesen un movimiento cen-
trífugo, entonces era la ocasión en que consideraba indicadas
el uso de estas enemas de ninguna manera astringente, ni en
demasiada cantidad compuestas tan solo de tres cucharadas ú
onzas y media de agua fría batida con la clara de otros tantos
huevos, á las que solía añadir algunas ocasiones (que eran bien pocas) en que lo creía indicado, cuatro ó cinco gotas del láu-
dano á la cual el enfermo contenia con algún trabajo por el
momento, y después entraba en un completo y total descanso,
siendo tal su efecto luego que los enfermos llegan á este esta-
do de su verdadera indicación, que en muchos de ellos he ob-
servado seguirse un estreñimiento tan extraordinario que en
veinte y cinco días no han vuelto á corregir del vientre,
cosa que no dejó de llamarme la atención, y mantenarme

Confieso ingenuamente mi timidez en la prescripción de
este medicamento bajo la espresada forma; pero no me arrepien-
to de ella, porque se llena sin él la indicación; y la causa
de esto es, no solo la consideración de que obra inmediatamen-
te sobre el cerebro por la vía de la absorción, como tuve oca-
sión de cerciorarme, sino tambien el respeto de su uso en esta
enfermedad que me infundió mi sabio maestro y dignísimo ca-
tedrático de medicina el Sr. D. Manuel Padilla.
en alarma, aunque los veía en el más perfecto estado de con-
valencia, al cabo de cuyo tiempo obraban naturalmente, y
continuaban en sus movimientos ventrales con el mayor órden
y arreglo. Mas si por el contrario, desgraciadamente los vó-
mitos y evacuaciones, aumentaban de frecuencia y abundancia,
la sed empezaba á hacerse inestinguible, los sincopes se repes-
tían ó aparecían, el pulso se presentaba débil y fugitivo, el
semblante se descomponía considerablemente, la frialdad co-
menzaba á entablarse en el cutis, apareciendo este seco, y aun
con manchas azuladas, y en fin notaba, todo lo que me anun-
ciaba la proximidad del tercer período de la enfermedad, fuese
por la predisposición individual, y gran efecto de la causa de-
terminante de aquel estado, ó porque el paciente llegaba en
este estado á ponerse bajo mi dirección, entonces prodigaba
las emisiones de sangre abundantes con el mayor atrevimiento,
el yelo ó agua fría interiormente del modo dicho, y separan-
do enteramente la acción del calor de su contacto, me limi-
taba al uso exterior de revulsivos que no producen su efecto
por el grado de temperatura que se les da, sino por su vir-
tud misma. como eran los sinapismos volantes de la farmá-
cea española dejados mucho tiempo en el mismo sitio en que
los aplicaba, y el uso de los vegigatorios ó epispáticos, ya con
las cantáridas, ó con el amónico líquido de 24.º cuyos ingre-
dientes hacía poner sobre la piel despues de haber estregado
un poco la parte con algún licor y conservándolos hasta la ve-
xecación; en el cuarto á aposento del paciente no permitía una
temperatura elevada, cubriéndose éste sencillamente con una sá-
bana; y era prodigioso ver como, á medida que la sangre cor-
ría, y que obraban los revulsivos, se reanimaban los enfermos,
desaparecían los sincopes, el pulso se elevaba, las evacuacio-
nes y vómitos disminuían, y á la frialdad le sustitúa el calor
natural de la piel, según lo prueban infinidad de casos y egem-
plares de esta clase que he tenido, y de los cuales el público
de Matanzas es un testigo ocular y verídico.

Llegado que era el paciente á períodos asfixico, ó ciúni-
co en que se me presentaba yerto, con las manchas lívi-
cas, extinción completa del pulso, y en una palabra con todas
las señales que caracterizan este estado de la enfermedad; so-
lamente me abrumaba, la imposibilidad en la extracción de la
sangre, por que siendo tan escasas las sanguijuelas único ap-
yo que tenía por la inutilidad de las venosas en este caso,
casi me era imposible sacar sangre especialmente entre la gen-
te infeliz * pues luego que se sajaban estas se presentaba coagulada en el recipiente aplicado; y de ninguna manera había medio de hacerla correr, cuyo inconveniente salvé yo mismo en algunas ocasiones habiendo restregado las sajadoras repetidas veces con un paño y aplicado sucesivamente la veneta, haciendo tragar al mismo tiempo al paciente yeló agua fría, hecho que ha estado al alcance de muchas personas con particularidad entre la familia de un tal Acosta en el sitio que llaman de Corral nuevo á tres leguas de Matauntas, cuyo hijo se hallaba ya en este deplorable estado cuando ocurrió su socorro, y no habiendo en dicho paraje sanguijuelas ni otra cosa equivalente, después de haberle hecho unas incisiones profundas sobre todo el vientre con mi visturí, y restregándolas repetidas veces con un paño aplicué todos los vasos que había en la casa sobre ellas, y á la hora y media de esta alternativa de frotaclon y aplicación borbotaba ya la sangre en el interior de ellos, lo cual me animó á practicar una sangría abundante del brazo que conseguí aunque con dificultad á beneficio de la paciencia, cuyas determinaciones ayudadas de todo lo demás, le dieron la vida, próximo á espirar; en este estado digo, que recurro á las emisiones abundantes de sangre sobre el vientre y al ano, después de haberle hecho tragar antes el yeló ó agua fría cuyo uso se sigue sin interrumpción, y á muy cortos intervalos; aplico sobre los cuatro extremos los sinapismos volantes ó regigatorios en la forma dicha anteriormente, una cataplasma emoliente sobre el vientre solo tibia, y retirando todo el calor del aposento lo dejo simplemente cubierto; y cuando he tenido la suerte de dar con asistentes despropiados, ó con enfermos que yo he podido manejar á mi modo me valgo del procedimiento siguiente que ellos agradecen infinitamente: mando descubrir todo el cuerpo al paciente el cual rocío con pequeñas cantidades de agua bien fría, que pronto deben secarse con paños de lana ó franela secos y sin estar calientes haciendo friegas moderadas, y continuando así esta alternativa hasta que se vea que aparece en el cutis un

* El gobierno paternal, en esta ocasión, depositó en la oficina de farmacia de D. José Ribó, un número considerable de sanguijuelas, vistos los felices resultados de mi práctica, donde acudían por ellas los pobres á quienes se les daba grátis, con una papeleta que expresaba la cantidad que necesitaban, firmada por el médico de su asistencia.
poco de temperatura siquiera igual á la atmosférica, en cuyo caso, siguiendo del mismo modo se insiste algo más en las frotaciones que se irán aumentando gradualmente al par que el calor vaya apareciendo, y luego que se conoce la existencia de este se practicarán solo estas, tratando ya de ir cubriendo al enfermo paulatinamente, y disponiendo algunas botellas de agua caliente á una temperatura igual á la que existe en su cuerpo, que se irán colocando á su alrededor, teniendo gran cuidado de separarlas prontamente si le sofocan demasiado ó no puede aun soportar el calor, y de aumentarlo con un orden progresivo á medida que las pueda sufrir y que el temple de la superficie del cuerpo se acerque al natural, y ya en este estado se aplicarán al paciente como dejé dicho al principio. Algunas ocasiones me he valido también del baño frío general, del que mandaba salir en el momento de su inmersión al enfermo para secarse con paños, y envolverse entre dos mantas con las cuales se frotaba un rato para volver de nuevo al baño y así alternaba del mismo modo, agregándole últimamente el calor por graduaciones, y suspendiendo dichos baños; pero es preferible lo dicho antes por ser más cómodo al paciente, y no tiene el inconveniente de secarse con desigualdad según sucede en este último, procedimientos que he auxiliado con las emisiones de sangre abundantes, luego que podía conseguirlas el uso del yelo ó agua fría interiormente, y los rebusivos á las extremidades.

La desgraciada preocupación que reina generalmente entre toda clase de médicos y personas, de que ni aun el mismo autor de la medicina fisiológica ha podido prescindir, ordenando á sus coléricos el calor á las extremidades, y no permitiéndoles descubrirse mas que el pecho y epigástrio moderadamente, y los demás facultativos aconsejando la elevación de la temperatura del aposento con las fuertes candelas colocadas bajo la cama del mismo paciente, las dobles cubiertas en que se vuelven ladrillos encendidos y botellas de agua hirviendo, planchas candentes &c, &c. han sido las poderosas causas de no poder emplearlo en muchos casos, y solo he tenido que limitarme á la sustracción de semejantes medios que con harto trabajo y súplicas repetidas que unía á las de los mismos pacientes, he podido únicamente conseguir; mas no dejaré de probar hasta la evidencia ahora que ya puedo francamente, que semejante proceder y recursos, al par de ser uno de los tormentos que se agregan á la adversa suerte de estos desdichados, la naturaleza y humanidad misma lo repugnan, se opone...
al raciocinio, y acelera el poco tiempo de vida que les queda cuando son llegados á este caso, según me lo han demostrado la infalible observación y experiencia.

Uno de los síntomas predominantes en el período de la enfermedad de que hablamos, es que los enfermos se quejan de un fuego exterior é interno que los consume, se destapan inmoderadamente, y sin reparo aun las personas de mayor recato, por que el instinto sobrepuja á la razón, suplican encarecidamente les abran todas las puertas y ventanas, que se aparten las personas inmediatas á él para percibir mejor el aire fresco, rehusan la aplicación de todo tópico caliente, quieran arrojarse á un pozo de nieve, según sus espresiones, y últimamente ruegan con ternura á los asistentes que no los cubran, ó se enfadan y amenazan á todo el que pretende oponerse á sus ideas: ¡que espectáculo mas doloroso se ha ofrecido á mis ojos repetidas ocasiones al ver á un infeliz colérico amarrado de pies y manos, cubierto con cuantas mantas había en la casa, rodeado de ladrillos candentes, de botellas y tarros de agua hirviendo con un gran fuego debajo de su propia cama, y en varios puntos del aposento, cerradas y tapiizadas todas sus puertas y ventanas, y entregado á una negra desesperación en aquellos momentos que una calma apacible y entera resignación de sus dolencias, lo habían de reconciliar con su criador! A la verdad que tiene esto algo de cruel y horroroso; la vista de estos nuevos tántalos, no podía menos que hacer retrogradar á toda persona sensible y compasiva, y huir precipitadamente para evitar la presencia de objeto tan lastimoso; parecía uno transportado al interior de aquellas negras cuevas y subterráneos profundos de que nos hablan los libros maravillosos, destinados á purgar toda clase de delitos con los formidables tormentos que encierra su lugubre recinto; y no por eso se conseguía que el desgraciado reconbrase su calor natural, antes por el contrario sí se esforzaban las distintas regiones de su cuerpo, se encontraban vertas todas las que no tenían un inmediato contacto con el calor aplicado, y en las que éste mismo contacto era próximo, se advertía una temperatura que puede denominarse artificial, por distinguirse realmente de la que es propia y natural del individuo. Es de admirar lo poco conductores del calor que se presentan los miembros de estos infelices, en quienes se emplea éste procedimiento, pues tactando los pies por las plantas que se apoyan comúnmente sobre el fuego ó calor aplicado se encuentran calientes, y dirigiendo la mano exploradora sobre su dorso, tobillos, parte pos-
terior del talón se perciben fríos como si se hallasen á una gran distancia del calor que tan de cerca tienen; pueden com- pararse muy bien á las maderas que cuando por una extremi- dad están huyendo y puestas en ignición, á cortas líneas de intervalo, es posible tocarlas impunemente.

En este estado triste y miserable siempre los he visto durar muy pocas horas al cabo de las cuales y á ocasiones sin contar una siquiera, á pesar de omisiones de sangre, de yelo interiamente, de estimulantes, de eméticos y de la adminis- tración de todo cuanto se ha ideado, perecen irremisiblemente, cuando los asistentes están aun atizando el fuego, y llevan- do y trayendo ladrillos y apóstitos calientes. ¡O crueldad accen- drada de la ignorancia y estupidez humana, hasta que límites se estienden tus estragos! La naturaleza por medio del instin- to y de la boca del mismo paciente habla, pide y suplica no se le deprima y agovie bajo el duro peso de estímulos que no le es dado soportar, y que por momentos la aniquilan, mas no se le escucha ni da audiencia: los que han prescrito este plan saben mas que ella misma, y de ninguna suerte se sus- pende hasta su total esterminio; ¡que fatalidad! ni aun entre los médicos que se tienen por fisiologistas, y que blasan de saber preguntar á la naturaleza doliente se encuentra apela- ción...... no hay remedio, es preciso someterse de este mo- do. Cada día me congratulo más, y doy á mí mismo nuevos par- rabienes por no haber tenido la menor novedad en mi salud, y que la epidemia no me haya causado el menor desarreglo; seguraamente llegado á este caso, mis súplicas á instancias ha- brían sido desatendidas bajo la forma y pretexto inocente de quererme sacar de los brazos de la muerte, propendiendo á mi salud y bien, y hubiese descendido irremisiblemente á la tumba, y colocado al lado de la multitud que yaen sepultados, víctimas tristes de este inexorable procedimiento.

He dicho que se opone al raciocinio, y efectivamente es así, aunque parezca á primera vista que lo que mas está en armo- nía con él es calentar á estos fríos y yertos desdichados por la pronta e instantánea aplicacion del calor, si nos llevamos de las apariencias, y obramos según el literal sentido del princi- pio médico de que contrariae, contrariis curantur: sentencia que al mismo tiempo de estar dotada de la mayor veracidad, causa mil. trastornos y perjuicios en terapéutica, por no saber- la interpretar, ni comprender, el sentido que el ingenioso ta- lento de su inmortal autor le impriño ál remitirla á su poste- ridad, el cual yo creo habria entrado en aclaraciones que no
hubiese dejado la menor duda, si previera las funestas consecuencias que iba á causar por falta de inteligencia y mala versación de sus sucesores; pero opinó hacerles con esto muy poco favor por contemplarlos aventajados á él en conocimientos. Del mismo modo que se ha visto anteriormente lo perjudicial y antiracional que es la administración de estimulantes incendiarios, para la reanimación del infeliz paciente á todo lo que el maestro de la escuela fisiológica le ha dado la importancia que se merece con la propiedad inherente á lo aventajado de sus ideas entre el común de los médicos, así también es dañoso, inútil y está en contradicción con los principios de la sana razón el uso inmoderado e intempestivo de los vigorosos estímulos, cuya base principal la constituye el poderoso escisante del calor; con efecto todas las estimulaciones que obran sobre los tegidos vivientes, siempre deben estar en armoniosa relación con el verdadero estado de estos mismos, para que correspondan en sus escitaciones, que son los efectos inmediatos de aquellas, y sean moderadas y arregladas al modo de ser actual del organismo: de lo contrario, ó no obedecen y se muestran indiferentes á su acción, ó exaltándose al estremo vienen á concluir por su destrucción y aniquilamiento. No ignoraba el gran Padre de la medicina, el venerable Hipócrates, siempre digno de la eterna memoria de los hombres, cuyas doctrinas y dogmas la generalidad de los médicos, se desecha de contem- plar, considerando sus conocimientos médicos sumamente inferiores á los del día, ni se le ocultaba el modo de obrar sobre los órganos de los diversos estímulos cuando dice en su aforísmo 51 de la sección 2.\textsuperscript{a} \textit{Plurimum atque repente evacuare, vel replere, vel calefacere vel refrigerare, sive quovis alio modo corpus movere, periculosum; quomam omne nihilium est naturee inimicum. Sed quod paulatim fit tutum est, tum alas, tum quum ab alierno ad alterum transitus fit.} Según estos principios parece que los estímulos del calor no son los más adecuados á la álgida temperatura en que se encuentran los miembros de los coléricos, y es así, porque siendo nuestras percepciones siempre relativas al grado de los estímulos que las producen, y al estado de los órganos que los reciben, de ninguna manera y por ningún estilo es apropiado ni racional semejante modo de obrar; ellos aunque yertos y fríos sienten un calor que los consume, y aniquila, y el contacto de un cuerpo á la temperatura que ellos mismos se hallan, es un estímulo, mas que suficiente, para despertar la acción orgánica del sistema cutáneo que se intenta, porque siendo mayor ó más poderoso como
desventuradamente se ha hecho en todas partes, tiende a su verdadera y completa destrucción. El contacto de las aspersiones de agua fría, secadas prontamente, al par de ser un verdadero tónico que despierta la acción de la piel por su impresión instantánea en el estado de calor relativo al grado del que en ella existe, y de que se quejan, sería un verdadero sedativo y ayudaría a apagar la vitalidad, si su acción no fuese interrumpida y obrase permanentemente: y es más a propósito á mi modo de ver que el fuego y calor de que sin utilidad y con grave perjuicio se ha abusado. La aplicación del calor á la superficie del cuerpo además de no ser apta para el fin que se intenta, por envolver los inconvenientes enunciados, tiende á la paralización del círculo de la sangre con más rapidez, porque notándose esta con una disminución grande de fluidos que por su presencia y combinación con ella, le imprimen las cualidades más á propósito para circular libremente por los vasos, y una enorme disipación en todo el cuerpo de toda clase de líquidos, cuya reposición la naturaleza tiende por medio del instinto de la sed; este mismo calor coopera á la volatilización de los pocos fluidos que restan, aumentando así la estancación de la sangre en los vasos, y la desecación de todas las partes, razón por la cual los cadáveres de los enfermos perecidos en medio del rigor de este procedimiento se presentan con una disminución del volumen general del cuerpo más sensible con relación á los de aquellos que no han sido tratados por este recurso. El anteriormente expuesto tiene la ventaja de conducir gradualmente, por medio de una estimulación adecuada, al paciente á adquirir su natural temperatura, sin el gran inconveniente de suscitar (las raras veces que sucede) esas peligrosas y funestas reacciones que tienden pronto al esterminio de la vitalidad, por las vehemente inflamaciones del parénquima de los principales órganos, haciendo perecer tristemente al infeliz que tuvo la dicha de salir del peligroso y grave estado de la asfixia cólerica. Esas violentas inflamaciones cerebrales que con frecuencia se observan en la terminación de esta enfermedad aun tratada con el régimen antíológico, mas bien dirigido, y que se atribuyen comúnmente á estímulos que anteriormente obraron en el sujeto á su predisposición &c. traen también su origen del inmenso y útil uso de los estímulos estéreos que la atrevida ignorancia pone en ejercicio; aunque no dudo que sean unas poderosas causas de su desarrollo las circunstancias anteriores del individuo, ó desatinos cometidos por él ó los asistentes durante el tratamiento; pero á todo es me-
nester, darle su lugar propio y considerar las relaciones que pueda tener con el estado del paciente. Yo creo y vivo persuadido de que si en medicina, se conociesen los medios de obrar sobre los órganos del cuerpo humano y sus diferentes tejidos de un modo análogo y conducente a sus estados, y que unos no se resintiesen de la acción sedativa ó excitante que estos mismos medios producían sobre los otros, es decir que pudiesen operar sobre cada uno de ellos separadamente, y que pudieran al mismo tiempo establecerse escalas graduadas del modo de existir de las distintas partes vivientes y de su animación, como igualmente de dichos remedios, ya estimulantes ó ya sedativos, para poderlos aplicar en proporción a los requisitos que exige la vitalidad con la certeza y exactitud matemáticas en el momento que cualquiera de ellos se separase del órden natural y armonioso en que debe permanecer para el desempeño de la función que le está confiada, y justo equilibrio de la vida y salud, casi se podría aventurar á decir que nos habláramos cerca del descubrimiento de la inmortalidad humana; pero desgraciadamente no sucede así; los medios de que nos valemos no pueden obrar de un modo tan rigoroso y preciso: son muy limitados en sus virtudes, y la vida de los órganos no es la misma en un individuo en todos tiempos, ni aun en todas las horas de un solo día, y el entendimiento del hombre incepto é incapaz de poder alcanzar ni profundizar tantos arcanos; por lo cual en cuanto sea posible, ya que la desgraciada fatalidad nos mantiene y conserva en este caos de ignorancia é incertidumbre, donde nos sumerjan más y más nuestros caprichos y vanas preocupaciones, imitemos aunque imperfectamente, el resultado de éstas consideraciones que las potencias físicas del humano ser no pueden poner en práctica, y su imaginación misma, hundándose de la inexactitud y pobreza de sus miserable resortes, se complacen anhelantemente en contemplarlas. La naturaleza por medio del instinto, y raciocinio bien dirigido, parece que se inclinan a la comprobación del procedimiento que he marcado anteriormente; veamos de qué modo la experiencia se pone de parte de él, para apoyarlo hasta la evidencia.

La grande preocupación que tristemente reina en general, he dicho fué una de las causas principales que se opusieron tenazmente a conducir al cabo mis ideas, mas sin embargo tengo suficientes hechos para comprobarlas que en su día servirán á su ratificación. He notado que los enfermos en quienes la marcha de la enfermedad se abandona enteramente al cuidado
de la naturaleza, después de haber pasado por sus distintos períodos y síntomas que les son anexos, llegan por fin al estado glacial: suprimense las evacuaciones enteramente; desaparecen los calambres; disminuye algo la angustia, y el paciente únicamente se encuentra acosado de la sed y del calor; ellos permanecen destapados y encueros á su antojo, nadie se opone á su gusto, se incorporan, se sientan, se levantan de pie, se arrojan sobre el frío suelo, y de este modo triste y admirable permanecen bastantes horas, sin que la falta de la circulación de la sangre, sea para ellos un ostáculo de poder egercer todos estos actos * después de las cuales poco á poco las percepciones de los sentidos empiezan á hacerse confusas, el sistema muscular va cayendo en inacción, hasta que todo conduce al paciente á un estado comatoso precursor de la muerte, ** que sobreviene en medio de una gran calma ó estremeciéndose ligeramente el aparato locomotor cuya terminación, he tenido ocasión de observarla con frecuencia entre los negros, especialmente libres, destituidos de todo recurso y apuro, y aun entre algunas personas blancas. He visto también que en los que se me han presentado en este lamentoso estado, y se podía conseguir que mantuiesen perenemente en los cuatro extremos otros tantos sinapismos volantes fuertes animados con las cantáridas, dejándolos á su libertad, y concediéndoles el uso del agua fría de la cual hacían un uso excesivo,

* Hecho nuevo que agregar á los anécdotas de la historia del hombre. Qualquiera persona instruida hubiese sostenido tenazmente que la existencia animal concluye, luego que se paraliza el circulo de la sangre; pero una desgraciada experiencia nos demuestra lo contrario.

** En este estado, un negro á quien se le consideró disfunto, una persona confiada de clorurar el aposento donde yacía el cuerpo, creyó que también debería hacer lo mismo con el cadáver, y principió á hacer sobre él aspersiones con el cloruro diluido en agua fresca, que escitando cierta y positivamente, le hizo dar muestras de vitalidad, cuyo acontecimiento, llamó vivamente su atención y de todos los de la casa, que insistiendo en el mismo medio reanimaron y resucitaron á este desdichado para cuya sepultura no se aguardaba mas que el lugubre carro que lo había de conducir á la mansión de los disfuntos.
cuando no aparecía en ellas el calor dando lugar posteriormente a las emisiones de sangre abundantes, que los salvaban y conducían a la salud, sin una reacción violenta, sino benigna y saludable, permanecían así dos, tres, cuatro y aun cinco días al cabo de los cuales parecían del mismo modo que los anteriores. Y por último, igualmente he observado suscitarse enteramente la reacción, y hasta aparecer un ligero movimiento febril que precedía a una pronta convalecencia, después de las aspersiones de agua fría que he dicho, aunque de ello pueda presentar pocos ejemplares. Procedamos ahora a la observación del tiempo que duran aquellos sobre quienes se ha aplicado el fuego y demás estímulos de esta clase, cuyos hechos desgraciadamente son demasiado numerosos. En estos, luego que la frialdad empezaba a manifestarse, se duplicaba comúmente la acción de los escitanentes, agregando más carbones al fuego para aumentar su actividad, y mayor número de braseros; se triplicaban los ladrillos encendidos y botellas de agua caliente; se le cubría perfectamente con multitud de cobertores, y no por esto los progresos de la fríaldad se detenían ó desaparecían que parece debiera ser el efecto inmediato de este aumento de calor, sino que avanzaba más y más, haciendo parecer á estos desdichados casi instantáneamente; ninguno ha podido resistir muchas horas bajo el cruel martirio de este duro proceder; se sofocaban, maldicean, conjuraban y morían riéndose, presentando á la vista del que los contemplaba la escena lastimosa del dolor. La vitalidad se apagaba más ó menos pronto según formas ó menos vigoroso el sujeto e irritable, y seguía también el método curativo que se había adoptado, así es que las mujeres, los viejos y los niños, caminaban con gran rapidez á la muerte, y apenas se notaba intermedio de tiempo entre la aparición de los calambres y frialdad, y la llegada del postre momento en que esperaban para siempre, especialmente cuando no se había usado el yelo ó agua fría, ni se habían hecho emisiones de sangre, pues parece que en este caso, esta clase de remedios y método curativo, solo se limita á prolongar los acerivos tormentos del desafortunado paciente; lo cierto es que la naturaleza oprímida y agobiada con el peso de estímulos tan formidables,-terminaba por aniquilarse prontamen-

* En una ocasión separé yo mismo de la cama de D. Miguel Isaguirre treinta y tres botellas de agua caliente; seis cubiertas en que lo tenían envuelto y un gran brasero de ascuas.
te á multis extinguintur. Cuando la continuación de estos mismos estímulos, porque estuviesen más en armonía con la resistencia vital del individuo, ó porque obrasen más directamente ó con predilección sobre un órgano, en el que la vida aun permanecía de un modo conforme á estas fuertes estimulaciones, este se rehacia, la naturaleza desplegaba todo su brío, y levantándose el organismo contra el enemigo opresor, presentaba todas las fases de una reacción violenta, súbita, desarreglada y mortal, la cual aun sustrayendo todos los medios que la habían hecho aparecer (que en muchos casos no era así, por temor de que se volviera á enfriar, y solo se limitaban á aliáriarlo ligeramente) y tratada de un modo conveniente, concluía la vida del enfermo pereciendo fatalmente á impulsos de su rigor. Otras ocasion es en que el paciente había sido sano grado de un modo conforme, y se le administraba yelo que tragaba con ansia; se presentaban alternativas de frialdad y de calor aun en la lengua que prometían esperanzas, ó que desanimaban y que de todos modos inducían á duplicar é insistir con esmero en los mismos medios haciendole una cama de fuego, todo lo que terminaba después de algún tiempo por la muerte. Cuando no se pródigoan en tanta abundancia, ni con tanto fervor los estímulos del calor, porque el caso no lo exigía aun, por lástima y compasión de los asistentes, ó por poco interés de estos mismos hacia el enfermo, porque él tuviese también demasiado ascendiente sobre ellos para persuadirlos á desistir de sus intentos, ó ya en fin por la firmeza de su carácter en negarse abiertamente á sufrirlos, si eran conducidos por un método de curacion adecuado, terminaban en una gastroenteritis aguda que siempre ha producido radiaciones cerebrales que ha comprometido en gran manera su vida, sí a ella pudieron sobrevivir.

Deduzca cada cual ahora las consecuencias que mas acertadas crea en vista de estas consideraciones, y verá como la experiencia se inclina á la balanza donde la llaman á la vez el raciocinio y el instinto saludable de la naturaleza. No dejo de estar en la persuasión de que mis razones no envuelven autoridad suficiente, ni tienen aquel peso notable que se requiere para no titubeear en su admisión, prescindiendo de la duda; pero al menos servirán de una pequeña indicación á los amantes de la ciencia de la vida humana para proceder por un orden progresivo á la reanimación de los desdichados coléricos, cuando son llegados al período de la asfixia: ellos elegirán tal vez otros medios mas conducentes; renunciando por completo de los que
hárbaramente y sin fruto alguno hasta ahora, la ignorancia se valió, lanzando al sepulcro infinitas víctimas, que acaso se hubieran salvado por otros procedimientos mas convenientes, los cuales admitiré muy gustoso, siempre que no reúnan las circunstancias del que ahora refuto, y aventaje las del que ingenuamente espongo; siquiera el cielo revelare pronto á los mortales que hoy se desvuelan en su adquisición, para de este modo economizar los funestos estragos del cruel azote que sin piedad alguna desvasta el universo!

Siguiendo pues, el tratamiento que he empleado entre los coléricos asfixicos después que he conseguido su reanima-ción por las emisiones de sangre que practicaba á medida que ellas podían hacerse y que el calor se iba haciendo sensible, ya en este caso, según dije, procedía al aumento progresivo y gradual de los estímulos esteriores sin sofocar al paci-ciente, en cuyo estado sí el cutis permanecía seco y no se hume-decía con un sudor halitioso general y saludable, prescribía unas frotaciones suaves con una esponja empañada en agua alcohóli-ca da a una temperatura un poco mas elevada que la del cutis, sobre todo el cuerpo, con cuyo auxilio, cubriendolos moderadamente y de la manera dicha en un principio, pronto se despertaba la acción de este órgano, apareciendo el sudor copiosamente que juzgaba del modo mas satisfactorio la enfermedad. He tenido tambien sumo cuidado, luego que el calor se iba entablando, de mandar aplicar constantemente sobre la frente y cabeza del paciente compresas empañadas en oxierato bien fírias; y renovadas á cada instante, con la adición de los pediluvios, para precaver los accidentes cerebrales que siempre deben temerse, y si al-gun síntoma por leve que fuera, me indicaba su proximidad, ocurria pronto á hacer emisiones de sangre de la base del cráneo, aplicando sanguijuebas tras de las orejas, al trayecto de las yugulares, y á la parte interna del tabique de las fos-sas nasales, que en muchas veces esta sola aplicacion me ha bastado para producir un epistaxis á consecuencia del cual des-aparecían todos los síntomas, y el enfermo entraba en conva-lescencia, sustrayendo completamente al par que practicaba es-tas emisiones de sangre todos los estímulos esteriores, y limitán-dome al uso de la cataplasma emoliente en vez de sinapsmos sobre los estremos que colocaba tambien encima de las úlceras de los vegigatórios si las habia, y en el vientre, mandadas re-novar con frecuencia: y si á pesar de todo los síntomas se mos-traban rebeldes, ademas de insistir constantemente en lo mismo, ordenaba que se colocase una vegiga con nieve perennemente
en la cabeza del paciente, y sumergirle los extremos inferiores hasta las rodillas, estando de pie, sostenido por los asistentes en un bañito caliente fuertemente sinapizado, de cuya suerte permanecía hasta sobrevenir el síncope, y en este caso era puesto en su cama con la cabeza algo elevada, y un sueño apacible que por lo común se apoderaba del enfermo, ponía término a este peligroso estado.

Cuando la orina no corria con libertad que comúnmente sucede, quejándose los pacientes de grave dolor en el hipogastrio ó empeine, y trayecto de los ureteres que los mortifica en gran manera, echaba mano de los semi-cupios emolientes, y de las emisiones de sangre en dichas partes y sobre la región de los lomos, con la aplicación en seguida de cataplasmas hasta la desaparición completa del tal desorden.

Si las evacuaciones y vómitos, sin ser demasiado frecuentes ni abundantes adquirían cierto grado de tenacidad, y en las casas que es muy frecuente por desgracia, me limitaban mis recursos, oponiéndose enteramente a nuevas emisiones de sangre, me valí algunas ocasiones de los revulsivos que entonces eran mi único amparo, prescribiendo fricciones calientes sobre todo el vientre con el aceite de camomila combinado con la tintura etérea de quina. Luego que el enfermo ya repugnaba el yelo, me reducía solamente a las bebidas ácidas frías permitiéndoles mas cantidad, si ya se habían concluido los vómitos y desaparecido las náuseas, y al par que se encontraba mejor, estas mismas bebidas las combinaba con un poco de goma, haciéndola en ella algunos granos de arroz, ó batirla con pequeña cantidad de la clara de un huevo fresco, y poco á poco los conducía al estado de poder usar sustancias animales principiando por la tisana de pollo.

Cuando la ansiedad precordial era estremada y al enfermo le mortificaba demasiado, tenía cuidado de llevar sobre aquella región prontamente las emisiones locales de sangre ó de practicar una general del brazo, si el estado y circunstancias del paciente mismo me lo permitían, y muy luego disminuía hasta desaparecer este síntoma tan grave.

Si los síncope se repetían con frecuencia, y se quejaba de un abatimiento grande y general de fuerzas, no titubeaba un momento en insistir en las emisiones de sangre, sin dejarlas hasta que desaparecían, y el mismo enfermo se incorporaba en la cama reanimado y fuerte. Es maravilloso ver en uno de estos que parece van á espirar cuando se desmayan, como se aleja este aniquilamiento de fuerzas después de sacarles sangre,
se resuinan de tal suerte, que estando ellos firmemente persuadidos de que una debilidad extrema los tiene reducidos á semejante estado, y oponiéndose con tesón á prestar su voluntad para que se les saque sangre, por lo cual cuesta sumo trabajo convencerlos, claman y piden con entusiasmo nuevas aplicaciones de sanguíneas que le estragan mayor cantidad, llegando á tal extremo en algunos, que se mostraban los más acérrimos anteriormenete, que me he visto en el caso de contenerlos en sus propósitos. Por desgracia cuando predomina este síntoma, en el enfermo, además de tener que batallar con sus preocupaciones, teniendo que convencer á cada cual en su lenguaje, * se halla uno en el caso de tener que luchar contra los caprichos ó ideas fantásticas puramente químéricas, de los asistentes, amigos é interesados en su salud, y corroboradas á ocasiones, que es lo más escandaloso, con gran tono de gravedad por algún médico que desconoce la verdadera naturaleza y esencia de los hechos; que temiendo las serias y formidables consecuencias de la debilidad, no hay lógica que valga, por severa que sea para hacerlos de convencer, y se atreven con harto y grave perjuicio del mismo enfermo, á prodigá ría tacita de caldo sustancioso, capaz de resueltas muertos * según dicen, con algunas gotas de vino generoso, alguna helida tónica ó espirituosa, ú otra cosa semejante, que el enfermo toma con gusto y parece aprovecharle tan solo en el momento de tenerlo en la boca; entonces concediéndoles porque no tenía otro arbitrio, las consecuencias de la temible fantasía de la debilidad que abrumaba sus cabezas, me valía del siguiente razonamiento: dos estremos se presentan á la vez, la muerte que va á suceder pronto si no se estra la sangre necesaaria, ó la debilidad de las fuerzas que da tiempo y lugar conveniente para su restauración, de los cuales es preciso elegir uno, á lo que muy luego contestaban unánimes que se sacase la sufciente, aunque tuviese que gastar tres meses después en reponerla, y he aquí el argumento de que he tenido que va-

* Entiéndese aquí la distinta educacion y lógica del paciente, cuyo convencimiento siempre me ha sido más dificiloso en las personas de un talento cultivado.

* Uno de mis sabios maestros decía muy bien, que eran más á propósito para matar vivos.
Ierm en inifimidad de casos de esta especie que se han presentado á mi práctica, de cuyo modo conseguía mi intento, concediéndole á veces mas bien para satisfacer sus caprichos que por una verdadera indicación, y porque á ello no se seguían consecuencias temibles, que oliesen algún pañuelo mojado en vino generoso, aguardiente, vinagre, agua de colonia ó cualquier otro líquido espirituouso, cuya actividad no determinase sobre el cerebro un estimulo considerable y permanente, y haciéndole observar posteriormente al paciente mismo su diferente estado, este era mi auxiliador para insistir en mi régimen, si aun lo exigía el caso, y él y los asistentes temían y miraban con respeto, fundadamente los horrores estragos de las bebidas tónicas, estimulantes, é incendiárias administradas con inoportunidad, los cuales les pintaba con la vehemencia que podía para haber de destruir radicalmente las preocupaciones que abrigaban.

Ultimamente es oicioso decir que he arreglado todas estas indicaciones, presentadas aquí de un modo general á las diversas modificaciones de los síntomas que parten de su naturaleza y modo de aparición, de las distintas predisposiciones de los individuos, temperamentos, idiosincrasias, edad, género de vida; de la influencia mas ó menos grande de las diferentes causas determinantes, de la mayor ó menor violencia de la enfermedad, y del período, por último, en que se me presentaban, satisfaciéndolas mediante las razones de convencimiento que me animaban á su ejecucion; á cuyo detalle pasaremos para comprobar mas los motivos que á ellas me indujeron. Las indicaciones que presentan las varias enfermedades porque termina á veces la que ahora tratamos, entran bajo el dominio de la patología y terapéutica especiales de cada una de ellas, siendo agenas de mis consideraciones.

He dicho antes que así que notaba cualquier desarruego ó síntoma que me daba á entender la proximidad del desarrollo de la enfermedad, ó su existencia ya en el individuo, mandaba hacer emisiones de sangre que prodigaba en mas abundancia, á medida que el pulso era mas oscuro é imperceptible, la postracción y abatimiento de fuerzas mas considerables, y los síntomas mas rebeldes y tenaces, y que partía sin ningún reparo á hacerlas del modo que podía cuando el enfermo se hallaba en el tercer período ó asfixia colérica; no era impelido á esto principalmente en virtud de la violentísima inflamación que los médicos fisiólogistas hacen residir en el canal gastro-intestinal, para cuyo desarrollo la sangre es la que menos parte tiene según lo prueba la palidez de la lengua, y el
estado de estos órganos en el cadáver, y sí solo para facilitar el libre curso de la sangre por sus vasos, oponiéndome á su estancación, al refriamiento general que es su inmediata consecuencia, á la ciánosis, y á la muerte misma, último resultado de estos desarreglos; el sistema sanguíneo desembarazado de una cierta cantidad del líquido que contiene se franqueaba más en su curso, y el corazón principal agente y móvil de la circulación podía con más libertad contraerse sobre ella, e imprimirle el movimiento necesario para su continuación por todo el cuerpo: es decir, que procuraba ocasionar un vacío en todo este sistema que lo mantuviese apto y espedido en su función. La verdad de lo útil que es éste modo de proceder, y la necesidad de recurrir á él prontamente, ha encontrado siempre en las personas sanguíneas y pletóricas; éstas, teniendo sus vasos poca capacidad para la circulación del líquido que por ellos corre, á causa de hallarse llenos enteramente, caminaban á la asfixia espantosamente con una velocidad increíble, si un médico diestro, nada tímido no abría sus vasos con la mayor intrépidez, atrevimiento y en tiempo oportuno, dejando correr la sangre hasta el síncope, con el objeto de proporcionar esta depresión saludable, y esta soltura en el líquido circulante; y por el contrario si esto se omite según he visto muchos ejemplares, parecen sus vasos cilindros sólidos, llenos de una inyección espesa, inépta, é imposible enteramente de circular, cuyo estado las mas de las ocasiones los reducía instantáneamente á un coma profundo, que presentándose bajo las formas aparentes de una apoplejía fulminante con particularidad, si en el sujeto se notaban las condiciones que constituyen la disposición á esta enfermedad y favorecen su desarrollo, terminaba luego por la muerte de un modo asombroso y singular.

* Una morena oriunda de los Franceses de la Isla de Santo Domingo llamada Carlota N. que vivía en las inmediaciones del puente de Yumuri ocupándose en la asistencia de enfermos en su propia casa, dotada de una conformación apopléctica bastante pronunciada por su cuello corto y demasiada gordura, por lo que había sido invadida de varios ataques, que yo mismo le había curado, consultándome que debería hacer en el momento de sentirse indisposta, le dije se abriera un vaso por una sanguíria á la menor novedad, y que dejase correr la sangre hasta el símcope, la desgraciada fue invadida y no habiendo querido
He elegido también como sitios más apropiados para las emisiones de sangre, el ano y el epigástrico en primer lugar por la inmediación a los órganos que con excelencia sufren, y en segundo porque descargaba inmediatamente el sistema sanguíneo abdominal, cuyos vasos se hallan en un estado de ingurgitación demasiado sensible, constituyendo una verdadera congestión sanguínea, formada por la violencia y rapidez con que son impulsados los humores del cuerpo, que arrastran y hacen afluir con ímpetu á este líquido hasta las ramificaciones de los vasos más gruesos, de donde no le es dado pasar en la mayor parte de sujetos, adelantándose solamente los fluidos blancos, y entre estos, los que con ella circulan, dando lugar con este fenómeno á la decoloración de la mucosa y ausencia de placas ó manchas rojas, divisa esencial de las inlammaciones sanguíneas, ó en que la sangre abunda con relación á los demás humores. Tal vez podia decirse que donde está esa potencia ó fuerza viva para que detenga ó haga sufrir á la sangre este atraso en su curso relativo al de los demás líquidos, y á que no continue con ellos el giro que llevan, mas basta solo reflexionar sobre la deficiencia de su fluidez y torpeza de su movimiento, para concebir en el momento el mecanismo de dicho fenómeno. Las emisiones de sangre, como digo, practicadas en el ano y epigástrico facilitan el curso del sistema sanguíneo abdominal, hacen que la sangre que circula por este aparato particular de vasos siga el curso de los demás líquidos, pone en acción los absorventes de los órganos de la digestión, y por su presencia en los capilares de la mucosa gastro-intestinal, desenmova esa gastro-enteritis moderada ó violenta, que desarrollando todo el juego de sus simpatías, presenta la reacción que sana al enfermo ó lo pone bajo el dominio de enfermedades muy diversas, segun y como ella ha sido dirijida y suscitada; y por su libre curso hace entrar en acción á todo lo demás del sistema sanguíneo en general verificándose así su perfecta circulación. Insisto en las emisiones de sangre cuando el paciente

proceder á la ejecución de lo que le tenía ordenado, sin que la viiese antes, cuando ocurrió á su socorro la encontré en un estado de apoplejía cólerica, que así creo poder llamarla, yerta, sin pulso, con una respiración fría y estertorosa, de cuyo estado no hubo poder ni medios que bastasen á sacarla, siendo víctima triste de la imprudente desconfianza de lo que le había prescrito con anticipación.
acometido de síncopes, me indica que su movimiento no se ejecuta con libertad en los vasos cerebrales, que va á terminar por la estancacion ó paralizacion de ella en los mismos; causando la muerte por una verdadera compresion, y falta de influjo vital de dicho liquido. Me decidí á ellas tambien sobre la region precordial, y las mas de las ocasiones en este caso, si me lo permite el estado del enfermo, la hago general del brazo cuando hay una suma ansiedad en esta misma region por lo embarazado que se encuentra el corazon con la que se halla en el interior de sus cabidades, y que no pudiendo contraerse sobre ella por su abundancia y espesura, lo va á precipitar en la inacion este grave estado, y ultimamente durante los periodos del mal, todas las veces que me he propuesto sacar sangre siempre han sido con la idea de desahogar el circulo, mas bien que de ocurriro á las flemasias imaginarias que á la presencia de este liquido atribuyen muchos medicos. Las emisiones de sangre que he aconsejado, siempre han sido mas bien abundantes que escasas, y con relacion al sujeto, en primer lugar por que es una enfermedad cuya marcha es rapida y no da tiempo á las consideraciones de andar repitiéndolas, y llenando á medidas las indicaciones, y en segundo porque reflexionando que las emisiones de sangre cortas siempre ocasionan hacía la parte de donde se hacen un mayor afludio de este liquido, he temido aumentar la intensidad de los sintomas que se tratan de combatir, como asi sucede y demuestra la practica segun queda dicho anteriormente.

He sentado tambien que cuando en el enfermo, aun no percibía frialdad, sino que lo encontraba en su temperatura natural, aplicaba al esterior un calor moderado, y cuatro simpismos fuertes, porque todo esto era el estimiento mas adecuado al estado de la piel en este caso, y los volantes por su rapida actividad, obrando de concierto con el calor, bien pronto ponian en accion el sistema cutaneo, siguiéndose una traspiracion abundante que juzgaba la enfermedad, que era la que debia intentar por ser la via menos riesgosa y mas favorable para una buena y benigna reaccion; y porque éste era el camino que habia de seguir teniendo en consideracion al mismo tiempo las grandes influencias del clima, en que residia. Con efecto desembarazado el sistema sanguineo abdominal, y estimulada la circunferencia con los medios dichos, todo venia á parar al fin que me proponia, pues los humores y liquidos que rapidamente afluien hacia el centro, y los que ya habian acudido, tomaban un movimiento centrífugo ó inverso hacia la periferia po-
niéndose en una acción escéptente el sistema de vasos absorven-
tes, a la del exhalante del aparato gástrico-intestinal; y la piel se
coloraba, y el sudor se presentaba con todas las buenas seña-
les que marcan una deseada terminación. Si la coleción de lí-
quidos la juzgaba formada ya en dichos órganos, que el cútis,
se hallaba seco, y no se humedecía con el sudor, en este caso
me era preciso aumentar la actividad de los estimulantes apli-
cados dejándolos hasta la vejigación, cuyas úlceras resultantes
me servían de un exutorio, por donde hacía correr los flui-
dos, con tanta abundancia que equivalía al sudor, y al par que
servían, para desahogar los que ya existían en la cavidad in-
testinal, eran un poderoso y fuerte estímulo, que no permitía
allí nuevo aluvio de los demás, trocando enteramente el desar-
reglado curso que llevaban.

Cuando el enfermo no le mortificaba la sed, y le eran in-
 diferentes las bebidas frias ó calientes le prescribía el uso de
un cocimiento emoliente, o el agua ó los ácidos á una tempe-
ratura cálida, por huir siempre de todo estímulo interior que
considero peligroso, y sí solo me acomodaba al del calor de esta
clase de bebidas que lo he considerado mas á propósito, por
tener la propiedad de difundirse generalmente por el organi-
smo, y repartirse con igualdad sin fijarse en ningún órgano,
y los de esta clase son los que exige este estado, mejor que
el del frio á cuya acción se sigue la reacción de la parte sobre
que obra. Cuando por el contrario había sed y deseo de co-
sas frias, el paciente tomaba los ácidos diluidos frios en las ca-
tidades y con la continuación que he dicho antes segun el es-
tado del estómago, porque he seguido los consejos de la natu-
raleza que me indicaban el desarrollo de la flogosis gástrica, la
proximidad del refriamiento general exterior, y concentración
vital hacia el mismo estómago; en este caso las bebidas calien-
tes son intempestivas y aun perjudiciales á causa de que el calor
de que van animadas va á dar inmediatamente contra una en-
traña, cuyo estado no está en relación armoniosa con esta clase
de estímulo. Luego que en el enfermo se declaran los vómitos,
hago uso del yelo, ó agua bien fría en pequeñas dosis y á me-
nudo, porque la acción sedativa de este poderoso agente sobre
el estómago es la mas á propósito á calmar la gran movilidad
que afecta en el desarreglo de sus contracciones peristálticas y
antiperistálticas, y llega por fin mediante los admirables efectos
de este sabio recurso á permanecer tranquilo, empezando á
repugnar ya la acción del frio, en cuyo caso he ido ascendien-
do paulatinamente la temperatura de los líquidos que le daba á
heber según la iban apeteciendo hasta llegar, á darles la tisana de pollo acidulada. ¿Podría aventurarme á decir aquí atrevida-
mente que el estado de la mucosa gástrica se halla en un resfria-
miento análogo al del sistema cutáneo que á ocasiones se an-
ticipa? Parece que la algidez y palidez de la lengua inseparable
síntoma de esta afecção, el deseo desordenado del frío inte-
riormente, la sensación de fuego interno y los efectos que he
conseguido con la administracion del yelo y gradual tempera-
tura de los líquidos que he prescrito, comparados con el calor
esterior que tanto les incomoda, el estado glacial del cutis, su
decoloración roja, sustituida por la cadavérica antes de la cianó-
sis, y los resultados de las graduaciones del calor que he dicho an-
tes para conseguir su reanimacion, así lo indican. Además, la ter-
minación de estos estados ó llámese la reacción que sucede en am-
bos órganos tiene mucha analogía porque el cutis se colora,
enciende y se entabla un sudor copioso y abundante, aumen-
tándose en una palabra su acción orgánica, y en la mucosa gás-
trica se observan los mismos fenómenos, es decir que sucede
una irritación sanguínea según lo manifiesta el encondimiento
de los bordes y punta de la lengua. Tal vez de aquí tomarán
algunos el argumento para querer sostener todavía y probar
que en el aparato gastro-intestinal no debe considerarse nin-
guna clase de flegmasia por no poder sin duda concebir su exis-
tencia sin la condición al parecer indispensable, de la presen-
cia del calor; pero del mismo modo que en su desarrollo no-
tamos la ausencia de la sangre, así también la del calor que es
un efecto inmediato de este fenómeno; y es preciso convenir,
en un hecho nuevo que da á conocer la observacion atenta de
esta enfermedad que debe agregarse al estudio de la patología
del hombre, como al de la fisiología, la permanencia de la vida,
sin el requisito esencial hasta ahora de la circulacion de la
sangre; y considerando ya á la mucosa gástrica bajo este pun-
to de vista, he proscrito toda clase de estimulantes y de tó-
nicos, limitándome solamente al uso de las bebidas simples,
emolientes y atemperantes á la temperatura que estuviese en
una relación proporcionada á su estado y modo de padecer.

Para la administracion del frío interiormente siempre he se-
guido como he dicho el conato de la naturaleza; lo he admi-
istrado casi sin interrupción mientras el enfermo lo apetecía
con ansia, no dejando mas intervallo de tiempo que el que le
duraba la sensacion de placer que experimentaba interiormen-
te, y he ido alejando las dosis á medida que este mismo pla-
ecer disminuía y el ansia con que lo deseaban desaparecía, sus-
tituyéndolo con las bebidas frias ácidas porque ya en este caso no lo piden sino de tarde en tarde, y obraría continuando en su administración como un verdadero tónico y estimulante de la mucosa del estómago por la reacción que siempre es consiguiente á su acción sedativa.

He preferido los ácidos en la curación de esta enfermedad, porque considerando la sangre carbonizada por la falta de oxigenación en el pulmón, Cuando llega el estado de la asfixia cólerica, ninguna sustancia podría mejor llenar la indicación para ayudarla á recuperar su colorido natural y cualidades vivifican tes que le imprime su combinación con el oxígeno el cual es la base principal de esta clase de bebidas.

Me he valido con frecuencia de las enemas con la clara de huevos frias y en pequeña cantidad por las razones que expuse al hacer su prescripción, y ahora digo que no solo con la idea de obrar suavemente sobre los intestinos, puestos en movimiento y calmar su eretismo vital, sino también para que por el sistema absorbente la sangre y demás líquidos de la economía, pudiesen reponerse, de un principio muy esencial que han perdido por medio de las evacuaciones, qué es la albúmina, que en ellas se encuentra abundantemente, y por la misma razón he hecho también tomar al enfermo interiormente, luego que estaba en disposición de ello, la misma clara del huevo batida con agua que en sí reúne esta sustancia animal. Y últimamente he llenado todas las indicaciones siempre con el objeto de abrazar la primera que he propuesto al frente de mi método curativo, y salvar los días del paciente, último término de mis conatos.

No dejaré de decir antes de cerrar este capítulo y de repetir que se requiere una prolija y grande observación de los fenómenos que la enfermedad presenta, qué es preciso distinguir separadamente, y referirlos á su verdadera causa y origen, con el fin de verlos con claridad, y no desdibujados con las aparentes y falsas formas de que maliciosamente se revisten, para proceder con el mayor acierto, y tacto médico; una suma previsión para tratar de ocurrir prontamente á evitar más bien que remediar los males que á veces anuncián, antes que estalle la gran violencia de ellos, que hacen desplomar en un momento el gran edificio de la economía viviente, arrojando la á la muerte; un carácter firme para sostenerse en las verdaderas indicaciones, sin que la malignidad insidiosa de los distintos y repentinos cambios de sus períodos hagan volver pie á tras variándolas, dando con esto fuerza á enemigo vencedor.
que armado de mayor soberbia, se precipita sobre la inocente víctima que cobardemente abandonamos; una grande intrepidez y atrevimiento de espíritu para emprender cosas que la ignorancia llama descabelladas y que deciden á veces, y sellan para siempre el destino del desdichado que se acoge en tan triste y deplorable estado á nuestro amparo; y últimamente unos sentimientos compasivos de humanidad hacía los infelices que desgraciadamente sufrén, para que postergando nuestras comodidades, despreciando lo efímero de la propia existencia, y arrostrando cuantos peligros pueda haber, volemos al socorro del miserable que amargamente llora por nuestra presencia, deponiendo ese espíritu indiferente y de egoísmo que anima á algunos prácticos anticuarios olvidados ya del solemne juramento que prestaron á la faz del mundo entero sobre las aras de la ciencia.
CAPITULO VI.

CONVALESCENCIA.

Luego que el enfermo mediante socorros bien dirigidos ha llegado á este estado, no debe perderlo de vista el médico que lo ha dirigido; todavía debe dictarle consejos, y satisfacer, si pueden llamarse en este caso, indicaciones, porque quedan los sujetos en un grado de susceptibilidad tan eminentes, que el menor desarreglo y el accidente ménos imprevisto, * los conduce de nuevo á la triste situación de que salieron con una gravedad duplicada, y esta es la que ha de tratarse de reducir á sus naturales límites, para lo cual basta un uso graduado y metódico de alimentos ligeros fáciles de digerir, y que proporcionen un quilo suave sin que el estómago ó intestinos, tengan que trabajar demasiado en su elaboración, por lo cual las indigestiones es lo primero que se ha de evitar; estas son las causas comúnmente de la aparición de mal y estas también que con más facilidad acontecen en este estado por la delicadeza de los órganos gástricos son el verdadero origen de las recaídas, pues se-

* En una Señora he visto aparecer las evacuaciones después de hallarse completamente buena, por tres ocasiones á causa de pequeños disgustos e incomodidades familiares y ella evitó la cuarta observando mi consejo.
ducido el sujeto por el gran apetito que siente, y sin medir sus fuerzas digestivas, come más de lo regular y de lo que es capaz soportar su estómago sin exposición, cuyas consideraciones me decidieron a seguir un órden progresivo en la alimentación pasando de los caldos hechos con sustancias animales, á prescribirles el sagú * ya en el mismo caldo ó solo con agua, ó el pan tostado y rallado en una taza también de caldo, y de esto, pasaban á tomar la sopa de pan ó arroz; después algun pedazo de pollo blando y jugoso, ó los huevos frescos pasados por agua con la adición ya de un poco de vino aguado hasta que últimamente por una graduación insensible de cantidad y cualidad de alimentos empezaban á comer lo que acostumbraban diariamente.

Enteramente debe distinguirse el estado de debilidad convaleciente, de aquella que tanto los enfermos, los asistentes y algunos médicos temen; para lo cual basta la sola atención y observancia del individuo. En primer caso la debilidad que él siente tiene algo de agradable ** si se puede denominar así, se repone prontamente por que la naturaleza misma desenvuelve sus resortes con el objeto de sacar á todos los órganos de la languidez en que se hallan, se apetece el ejercicio, los alimentos son gratos y hay deseo y gusto para las comidas, el sueño es apacible, halaga la conversación y sociedad de los amigos, y en una palabra se experimenta una sensación de bien estar y de placer que constituye una verdadera salud cuyo estado venturoso y de alegría interna es tanto mayor y lisonjero cuando el convaleciente, teniendo una ojeada de recuerdo hacia sus males pasados, y al riesgo y peligro de perder la vida que corrió entre el tumulto de sus aceross padecimientos, hace una comparación satisfactoria entre ambos estados; por cuya causa y movido de la idea de escitar su ánimo suavemente, he procurado traer á su memoria el tamaño de sus males y la exposición en que se halló, si acaso la ignoraba. La debilidad que tanto se teme, propalada con tanto entusiasmo por la generalidad de los asistentes, siempre trae origen de hégmasias internas que no están completamente destruidas, ó que se hallan reducidas al grado de cronicismo, rehúsa el ejercicio prefiriendo el reposo y

---

* Sustancia que contiene mucha fécula.

** Permitase la expresión.
tranquilidad de la cama, no hay apetito, ni tiene gusto e inclinación a alguna clase de comidas ó alimentos por mas que los asistentes se esmeren en la composición y aderezo de los platos condimentados de varias formas, y por mas que éstos insistan con súplicas cariñosas, halagos y algunas ocasiones con bárbaras amenazas para que coma algo y se reponga de aquel grave decaimiento de fuerzas en que lo notan; el sueño es laborioso y parece que no le satisface, huye de la sociedad, y solo acepta el retiro triste de la soledad silenciosa, se halla melancólico, macilento, pensativo e indiferente a toda clase de caricias, aun á las inocentes propias de sus mismos hijos, todo le fastidia e incomoda sin causa conocida, suele tomar cierto aborrecimiento á alguna persona ó objeto determinado sin motivo aparente, ó estrechar mas sus relaciones de amistad y cariño con otra exclusivamente, y se advierten en él por último los síntomas que marcan la existencia de lesiones internas, señales todas que inducen al médico observador á no considerarlo en un estado de convalecencia, según cree el vulgo y la ignorancia, y si en el morbosó que se propondrá destruir con las indicaciones especiales e inherentes a la clase de desarrreglo que reluzca.

Es preciso que los convalecientes eviten todas las conmociones violentas del espíritu, y aquellas pasiones que pueden tener una influencia inmediata e inmoderada sobre la economía, aumentando ó disminuyendo la energía vital; y que su imaginación esté libre y espedita sin entregarse á contemplaciones profundas y prolongadas, antes bien deben ocuparla variando de una cosa á otra y si pueden ser todas jocosas y divertidas, pues la alegría y buen humor obran relajando el organismo, y la melancolía y afecciones tristes del alma, pasiones enteramente opuestas, deprimen y enervan la vitalidad de los órganos, reconcentrándola en alguno de ellos, y predisponen de este modo á la recidiva. Deberán luego que sus fuerzas se lo permitan, dar algunos paseos por la habitación para que el sistema muscular vaya adquiriendo su primitiva firmeza, perma- neciendo antes dos ó tres días sino puede sostenerse de pie reclinado en un sofá, ó sentado al lado de su cama manteniendo las piernas en una situación horizontal con el fin de evitar la adema que suele presentarse al rededor de los tobillos en muchas personas, como igualmente para que las úlceras de los ve- gíatorios si las hay, no tomen un mal aspecto, y tiendan á una pronta cicatrización. También colocará á raíz de las carnes un vestido de lana ó franela, especialmente si la estación es fría para mantener en todo tiempo una igual y suave temperatura,
y así mismo recomiendo por parecerme demasiado esencial se acuesten en los primeros días á la caída del Sol, y se levanten tarde, conservándose en la cama todo el tiempo en que el resfriamiento de la atmósfera es considerable, con especial cuidado de no desabrigarse cuando duerman, y de colocar á sus pies algunas botellas de agua caliente, pues sucediendo la invasión del mal, según queda dicho á las horas en que es diferente el calor atmosférico, es preciso tener sumo cuidado con estas circunstancias en la convalecencia para oponerse á la supresión de la traspireación que puede ocasionar. Por ningún estilo se ocuparán de las desgracias que ocurran cuando reina esta enfermedad, ni menos procurarán indagar la suerte de sus amigos, parientes ó allegados, ni el médico deberá ser tan imprudente que vaya á contárles las ocurrencias tristes y casos funestos que ha visto, antes por el contrario que como es natural, ellos anhelan enterarse del estado de la epidemia, puede valerse de estos mismos deseos para llenar la indicación de suscitara una alegría moderada que anime dulcemente sus órganos pintandoselo con aquellos coloridos más ventajosos, y sancándoles la historia de la enfermedad que haya terminado felizmente de alguna persona de su aprecio, y si no puede detenerse mucho tiempo en la visita por la multitud de enfermos que tenga á su cargo, nunca confiese ser esto la causa de su premura y atribúyalo á otras cosas insignificantes. No deberán dejar el uso de los ácidos mientras no le sean repugnantes, ó tomarán frutas de esta clase en las horas de las comidas; y últimamente no saldrán á la calle permaneciendo en su casa hasta que no estén completamente fortalecidos para entregarse al despiece de sus negocios, advirtiéndoles el mismo médico de su dirección, la necesidad en que están de retirarse temprano y salir tarde de sus casas, para huir del contacto en los días primeros de los rocios vespertino y matutino, y de este modo acabará de completar la obra que empezó y que es coronada de las continuas alabanzas que un agradecimiento sénscero dispensa con profusión al recto proceder.
CAPITULO VII.

MÉTODO PROFILACTICO Ó PRESERVATIVO.

Ciertamente sería de una utilidad grande, y resultaría un beneficio extraordinario á la humanidad si se encontrasen los medios de prevenir la aparición de la desolante epidemia que nos allige entre las masas y poblaciones, y de evitar su invasión á cada persona en particular; pero la imposibilidad de llegar á alcanzar recursos tan loables, nace á mi modo de ver de la impenetrable oscuridad en que se halla envuelta su causa productora, ella es impelable, es invisible, y se burla en gran manera de cuantas medidas y precauciones los progresos de las luces y civilización de las naciones idearon para contrarrestar su marcha, y en el seno de la Francia misma, que blasona de sus adelantamientos en las ciencias, y que las inmensas commodidades que ha agregado á la sociedad de poco tiempo á esta parte daban una gran confianza de que no la experimentaria, la hemos visto desplegarse y hacer no menos estragos que en los pueblos incultos; todo ha sido vano e ilusorio, y ni el poder de los hombres, ni aun de los mismos elementos ha bastado para hacerla retroceder y limitarla á su primitiva localidad, bajo todas condiciones, climas, costumbres y demás circunstancias que aparecen en una contradicción enteramente opuesta, se ha acomodado á egercer su furor, mas no deja de notarse la predilección con que elige los parajes insalubres, y en los que sus habitantes se hallan olvidados de los principios de una buena higiene, entre estos su saña ha sido implacable,
y no hay una relación de historia de sus progresos que deje de estar conteste sobre este particular; por lo tanto los resortes que deben tocarse y á que es preciso apelar para evitar sus estragos y sustraerse de su mortífero influjo, hasta ahora solamente deben reducirse á la vigorosa observancia de los preceptos higiénicos que por fortuna reina entre los países civilizados; estos pueden dividirse según el sentir de todos los que ya lo digieron antes, en unos que tienen por objeto la sociedad en general, y otros que pertenecen ó son exclusivos á cada individuo en particular, de cuyo exacto cumplimiento resulta indudablemente la notable disminución en el desventurado caso de su aparición. Los de la primera clase corresponden á las autoridades administrativas de las poblaciones y se comprenden en ellos el grande y duplicado aseo de estas mismas, encalando las casas, barriendo las calles, alejando los depósitos de inmundicias de su seno, dando corrientes amplias á toda especie de aguas sucias e impuras sin permitir su estancación, destruyendo los pantanos y ciénagas de sus inmediaciones, y purificando la atmósfera con fuegos de combustibles recinosos y aromáticos durante la noche como se hizo en varias partes; la exacta vigilancia sobre el bien estar y condiciones inherentes á la clase menesterosa, á la que debe auxiliarse segura práctica de muchas ciudades con todos los socorros que exige su desplorable situación, por comisiones ó secciones de hombres y ciudadanos honrados, compasivos y virtuosos nombradas al intento por la misma autoridad; repartiéndoles las ropas necesarias para su abrigo, proporcionándoles alimentos sanos y de buena calidad, haciendo que sus cuartos y habitaciones se ventilen y limpien con el mayor esmero é igualmente sus personas, y ocupándolos, si es posible en trabajos nada penosos que distraigan su imaginación, sin fijarla en lo futuro de su suerte; la organización de hospitales especialmente en los barrios donde habita esta gente infeliz, provistos de todo lo necesario para la curación de los desdichados á quienes su cruel destino conduce á semejantes asilos, en que sean visitados y socorridos con oportunidad, cuidando de su próspera asistencia por enfermeros idóneos, afables y humanos, y castigando severamente á la negra ambición que pretenda sacar partido de su doloroso estado; la prohibición completa de festines y serenatas durante la noche, y en algunos días, muy común entre cierta clase de la sociedad de que se originan horrores y escandalosos desórdenes perjudiciales á la salud y tranquilidad general; el cuidado de la ventilación, desinfección y limpieza de todos los sitios y esta-
Iblecimientos públicos donde se reúnen un número considerable de individuos, y que su permanencia en ellos no sea demasiado prolongada; el alivio de las penalidades físicas y morales en las prisiones, estrayendo de esos lúgubres y insanos calabozos que el rigor de las leyes inventó para la espaciación de los delitos á los miserables que los ocupan, colocándolos en apoyo de la humedad, donde respiren un aire puro, y suministrando á todos los desgraciados que tristemente gimen bajo el peso de sus mismos crímenes un alimento sano y provechoso; el duplicado esmero en el cumplimiento de los reglamentos higiénicos que rigen el interior de las casas de beneficencia pública; la invitación á la clase mas poderosa y de mayores comodidades para que tienda su mano protectora animada de una caridad acendrada hacia la indigencia que se halla mas espuesta á ser el primer pávulo del mal, aunque no sea bajo otro aspecto que el de su propio bien y salud, pues preveniendo la aparición de él entre los pobres por el alivio de sus miserias, con mucho fundamento puede decirse que los demás individuos que disfrutan de una posición social mas ventajosa, permanecerán impunes; la ingenua confesión de la existencia de la enfermedad, patentizando francamente á todos los individuos en general la exposición en que sus vidas se hallan si desprecian los ligeros síntomas y desórdenes con que se anuncia, indicándoles los remedios mas ventajosos para hacerle frente, y depositando en varias partes cantidades suficientes, donde los necesitados acudan á buscarlos para su curación; la repetida inspección de la calidad de los alimentos de que el público se surte diariamente para su mantenimiento, evitando los desórdenes que son inherentes al estado aífctivo de la población por la escasez y precios de los mismos alimentos, de cuyas calamitosas circunstancias la avaricia de muchos que desconocen la moralidad, se vale para engrosar sus bolsillos; un gran empeño en no causar sustos ni alariciones á la población que son consiguientes á la clausura de las Iglesias y prohibición de toda clase de funciones y diversiones públicas en que cada cual encuentra el consuelo ó distracción que requiere el estado moral de su alma, antes bien son poderosos recursos que hacen perder de vista la idea de la enfermedad, y ocupar la imaginación de varios modos; la imitación de otras partes en abrir los hospitales y asilos de caridad á toda clase de personas donde cada uno concurra a egercer los actos de piedad que exige la humanidad doliente y afligida, y este proceder obrará de un modo conveniente en la imaginación de las gentes sencillas y
entusiasmadas con ideas que en muchos parágrafos han dado ocasión, a conociones populares y escandalosos desacatos; las alocuciones consolatorias, y suaves exhortaciones que induzcan a la resignación y buen orden entre el tumulto de desgracias y acontecimientos desagradables que trae consigo esta plaga formidable, y finalmente no dejará de tender la vista a las circunstancias con que debe procederse a la sepultura de los cadáveres con el fin de evitar las alarmantes ocurcencias que suelen presentarse al querer entregar a un descanso eterno personas que aun no están privadas de la existencia, cuidando que el punto destinado a dicho intento se halle en sitio a propósito y distante todo lo posible del seno de la población. El noble gêse de la ciudad de Matanzas, aunque no pudo evitar la aparición de la epidemia entre sus muros por la reunión de condiciones insalubres que son inherentes a su topografía, ha dado un testimonio a la faz del orbe de la eficacia de estas medidas, habiendo tenido la satisfacción mediante todas ellas dictadas con oportunidad, y apoyadas con providencias propias de la energía de su carácter, de economizar el número de sus víctimas, y querer el cielo que a su ejemplo, se decidan a lo mismo todos los demás que empuñan la vara del mando en los pueblos aún exentos de su furia.

Por lo que respecta a las precauciones de acordonamiento y circunvalación, de las ciudades, provincias y reinos, estableciendo cuarentenas rigurosas, con harto sentimiento nuestro; una triste experiencia nos ha convencido de su inutilidad; pero hallándonos ciertos de la proximidad del inminente peligro, dicta la prudencia, en el entretanto no haya una conformidad de opiniones, que todos estén contestes sobre un mismo asunto con respecto al modo de su propagación, no mantenerse pasivos a la vista del enemigo que va a acometer, por cuya razón el gobierno español ha procedido con aquella sabia previsión propia de los talentos médicos que lo dirigen, y hacer indispensables su precisa observancia con la moderación que exigen los progresos de la industria y del comercio, renunciando enteramente a las de aislamiento individual y circunvalación de casas que arrancan con la mayor violencia a los enfermos del seno de sus mismas familias, privando á éstas de verlos y asistirlos, inhumanidad que cruelmente alimenten el cumbulo de penalidades que desgraciadamente sufren.

Los preceptos higiénicos que son propios a cada sujeto en particular reducénse especialmente a observar todo lo que sea conducente para alejar las predisposiciones individuales: así
que el arreglo de las funciones digestivas es uno de los principales deberes de toda persona ya sea en el tiempo de la epidemia, o fuera de él porque siempre sus trastornos son causas y origen de infinitos males. No entraré en los pormenores de un detalle minucioso de la clase de alimentos que deben elejirse, ni menos en aconsejar que cada uno se separe de los usos y costumbres que tiene en su diario mantenimiento, alterándolos de esta o aquella suerte, por ser demasiado conocidas las influencias del hábito, y la dieta á que muchos se redujeron en la aparición del mal, los envalió en una predisposición para contraerlo; pero no dejaré de advertir el cuidado especial que es preciso tener en no ocupar el estómago mas de lo regular con una cantidad de alimentos desproporcionada á las fuerzas digestivas del individuo; á nada saludable conduce esa repulsión gorgorosa á que muchas personas se entregan cargando esta entraña con una abundancia insoportable de comidas que le hace duplicar su poder y energía orgánica, implorando en su socorro y obligando á acudir á ella, la vida de los demás órganos, para poder digerir lo que se halla en su cavidad, llegando á tal extremo en muchas ocasiones que no puede contraerse de modo alguno sobre los mismos alimentos, y permanece pasivo siguiéndose á esto males de mucha trascendencia, y vemos á estos individuos diariamente después de comer, medio dormidos e insensibles para sus movimientos; nadie mejor que uno sabe hasta que límites puede ocupar el estómago sin riesgo y hasta donde alcanzan sus facultades digestivas, de consiguiente se debe comer con una moderación proporcionada á las costumbres de cada uno hasta llegar á satisfacer la necesidad de reposición que experimenta, quedando siempre libres y espeditos para ejercer todos los actos mentales y corporales. Los alimentos deben ser de buena calidad, y no han de reunir las condiciones que favorezcan la elaboración de un quilo impropio á la nutrición, como son toda clase de carnes y pescados en un principio de putrefacción y las legumbres y frutas pasadas cuyo uso ocasionan indigestiones, e igualmente la inmoderación en el de las bebidas espirituosas alcohólicas y fermentadas que todo tiene una influencia directa y perniciosa sobre la organización según se ha dicho, favoreciendo la aparición del mal y su energico desarrollo. Las personas que saben y conocen los desagregios que causan en su vientre determinada clase de viandas y alimentos ya líquidos o sólidos deben enteramente privarse de ellos, como por lo común sucede en algunos con la leche, café, dulces &c. sirviendo de regla general para todos el eximirse por completo
del uso de alimentos insalubres capaces de producir el mas leve trastorno. Los que conducen flegmasias crónicas del aparato gastro-intestinal ó de cualquiera víscera, es preciso que dupliquen la vigilancia y observacion del estado de sus órganos, y que traten de reducir en lo posible la irritacion fijada en ellos, destruyéndola si sus circunstancias lo permiten por todos los medios que la experiencia tiene acreditados; y aunque por estas mismas causas se hallen predispostos á la enfermedad no debe apoderarse de ellos el miedo y el terror, porque si ella es formidable y corre sus períodos de un modo violento cuando se deja hacer progresos, tambien es benigna, sencilla y facil de curar en su aparicion, por un método razonable y conducente, y de este modo reúnen dos predisposiciones que cada una separadamente es capaz de muchos desórdenes. Las personas pusilánimes y de poco espíritu, así como las que se hallan poseídas de las pasiones dichas, deben evitar la presencia de los coléricos puesto que su horrenda figura, gestos, y contorsiones capaces de inducir espanto á la de mayor entereza, son causas de que contraigan el mismo mal prontamente, absteniéndose en un todo de la lectura de sus descripciones e historias como tambien de hablar, indagar y enterarse de los desastres de la epidemia ó de lo que con ella tenga relacion, y si ocuparse de varias suertes, trasladando su imaginacion de las serias contemplaciones á las flores de la historia, sin estar ocioso y siempre en movimiento, distrajéndose entre las sociedades agradables y tontulias divertidas, paseando en compañía de amigos, concurrendo á representaciones jocosas, y variando su ánimo de mil formas segun su rango y comodidades. No dudo que es una pasion la del miedo que al par de tener una influencia grande y directa sobre el organismo por la constancia con que obra la causa que la produce, es sumamente dificil que el sujeto puede desprenderse de ella en el entretanto permanezca á su vista la imagen que lo ocasiona, por lo cual si disfruta de posibles, y no puede sustraerse de su imperio, el mejor partido es la emigracion anticipada á puntos bien distantes de su influjo, trasladándose de unos á otros, porque está visto que no lo ejerce á la vez en todo un reino por ejemplo, y se limitan sus estragos á una provincia que abandona, para fijarse en otra; y asi sucesivamente, sin volver al lugar de su residencia ó donde la plaga haya reinaido, hasta pasado un gran tiempo de la conclusión de sus desastres. Deben reprimirse toda especie de pasiones y afeciones del alma que la conmuevan de un modo brusco é impropio al justo equilibrio de la vitalidad, deponien-
do toda clase de rencores, odio, venganza, desesperación, cólera, furor, tristeza, celos &c. y limitándose á los benignos y saludables efectos de una alegria moderada, suscitada con pasatiempos lisonjeros. Se renunciará de los trabajos mentales con escaso, de las cavilaciones á que el espíritu se entrega con demasiado ardor, y se levantará un muro impermeable á los disgustos y pesadumbres consiguientes á los súbitos e inesperados cambios de la suerte.

Es muy importante reunir en las casas todas las condiciones que favorezcan su salubridad y limpieza; se blanquearán todas las habitaciones y aposentos, lavando sus suelos á menudo, y abriéndolas todas las puertas y ventanas en las horas de la mayor fuerza del Sol, y se tendrá un esmero especial del buen estado y aseo de los fregaderos de cocina, lugares escusados, pasadizos, patios, zaguanes y demás sitios destinados al depósito provisional de inmundicias, procurando que éstas permanezcan el menor tiempo posible en ellos; las habitaciones altas bien ventiladas y que tienen una grande influencia del luminoso, tienen la preferencia sobre los cuartos bajos, húmedos, oscuros y desprovistos de la ventilación; las destinadas al descanso nocturno deben airearse diariamente, abriendo sus puertas y esponiendo á la acción del Sol las ropas de la casa; en ellas de ningún modo se permitirán la retención de bascosidades, vasos cargados de flores aromáticas, braseros de candelas, y en cada una habitará si es posible tan solo una persona.

Las influencias de las variaciones atmosféricas sobre el individuo, deben evitarse con sumo cuidado á fin de que no supriman la transpiración, y de este modo suceda la enfermedad para lo cual no es preciso cargarle de ropas pesadas e incomodas en la estación, basta solo mantener un calor igual y suave en todo el tronco con algunos cinturones de franela ó lana á raíz de las carnes, que algunos aconsejan también sean de úle de seda, y entre estas mismas influencias conviene sobre manera sustraerse del contacto de la humedad, y su permanencia demasiado larga sobre el cutis, procurando secarla con la mayor prontitud con paños calientes y frotações moderadas, que son muy útiles en las horas de acostarse con los mismos paños o con algún cepillo; el tránsito repentino de una atmósfera caliente á otra fría como acontece regularmente á la salida de las Iglesias, teatros, tertulias y demás concurrencias numerosas debe ser por graduaciones, abrigándose todo lo posible. Si la limpieza es esencial en todo cuanto rodea al sueño, no es menos indispensable en su persona propia, para lo que los ba-
ños, sin ser demasiado repetidos de corta duración, y á la temperatura de la piel, se hacen muy recomendables, tomándolos en parajes defendidos de la intemperie y corrientes directas de aire, y enjugándose el cuerpo enteramente, sin que quede seco por igual. La ropa interior debe mudarse con frecuencia, y no alterar la cantidad de los vestidos, sino continuar con los de costumbre, proporcionados á la estación. Las horas de levantarse de la cama y acostarse deben ser regladas por la costumbre que cada uno tenga previendo el no desabrigarse en ella y mantener un calor dulce é igual. En general todos deben consultar sus hábitos, y no separarse de ellos si son buenos y conformes á la salud, y si malos tampoco, sin hacerlo por un órden progresivo y metódico; y últimamente deben evitarse todas las causas predisponentes que se asignaron al tratar de ellas, como también destruir las predisposiciones inherentes á cada individuo en particular, estando todos en la mayor observancia de la uniformidad y buen régimen de sus funciones digestivas y demás fenómenos vitales, para en el caso de notar algún leve desvío del natural, ó sentir alguna cosa extraña á su salud y bien estar, tratar de corregirlo inmediatamente por los medios que dictan la razón y la prudencia.

Se ha abusado grandemente en todas partes de pretendidos específicos para precaver la invasión del mal; la ciencia hasta ahora ignorando su verdadera causa no ha podido valerse de alguno capaz de neutralizar sus efectos, y esa caterva y aglomeración de ingredientes y composiciones que han infestado las poblaciones, de ningún modo traen origen de los consejos de algún hombre sensato, y si solo de la ambición y humana avaricia que siempre se halla dispuesta á sacar su partido entre el tumulto de las desgracias. Las virtudes de los clórunos se reducen solamente á la desinfección de los parajes inal sanos, y se han recomendado con este único objeto; el vulgo ha hecho de ellos un uso impropio y extraordinario, como también del alcanfor, bolsitas con ajos &c. y otros muchos á que su credulidad le hizo apelar en medio del terror pánico que lo abrumaba; á muchas personas las predispuso el olor fuerte y escitante del mismo alcanfor, ocasionándoles pesadez de cabeza, marcas y otros trastornos, síntomas con que suele aparecer muchas veces la enfermedad, y no por eso servía de escarmiento, antes bien se arrebató toda la cantidad existente en las varias oficinas de Farmacia de la Habana, que llegaron á encontrarse exustas de dicho ingrediente.
La inspección cadavérica comúnmente en las enfermedades, ha descubierto su verdadero asiento dando a conocer los desórdenes, dominados de los distintos síntomas padecidos por el sujeto durante la vida, de suerte que puede decirse que las luces que presta la anatomía patológica en el estudio de ellas, rectifican hasta la evidencia las ideas del observador y cierran las puertas enteramente á toda duda que pueda caber sobre su localidad primitiva, mas este recurso que tanto impulso y valor dió á la medicina fisiológica en nuestros días, apenas da un resultado cierto sobre que se pueda confiar para poder fijar la del cólera-morbo; los vestigios de ésta enfermedad casi puede decirse que se demuestran impalpables entre las más prolíficas y escrupulosas investigaciones, no estando en relación con los grandes trastornos que se observan durante la vida. Todas las descripciones anatómicas hechas hasta el día por distintos escritores, difieren enteramente, y ésta incongruencia sin duda procede del diferente espíritu que animó á cada uno de ellos al practicar sus inspecciones, unido á las varias clases de individuos en que han sido hechas. Unos dicen no han encontrado indicios de llegmasia gastro-intestinal, otros que perciben manchas en el trayecto de éste conducto desde el color
de escarlata hasta el moreno oscuro, y concluyen diciéndolo son el efecto inmediato de la violenta inflamación que sufrió, y entre ésta incoherencia, la razón vacía y no sabe que decidir; pero del mismo modo que la fisiología del hombre con motivo de esta enfermedad, según dije antes, y de los fenómenos que ella presenta, tiene que agregar á su historia hechos nuevos que parecían como increíbles antes de su observación, tales como la permanencia en el ejercicio de ciertos órganos impertubables, sin el requisito hasta ahora esencial de la circulación de la sangre, así también deben agregarse á las páginas de la anatomía patológica datos que le han sido desconocidos; y en efecto la existencia de una inflamación, sin el aflujo, creído indispensable, de la sangre, y sí solo de fluidos blancos, coexistiendo con la paralización de su circulación, es un fenómeno nuevo que ofrece la enfermedad de que tratamos en los últimos de la ciencia.

Los resultados patológicos en todos los individuos, no son iguales, según me lo han comprobado las inspecciones de cuatro cadáveres que he tenido proporción de hacer tan solo á causa de mis graves ocupaciones, en unión de mi compañero Don Antonio Ducros, uno de los observadores más escrupulosos que han salido de la escuela Gaditana; unos presentan manchas rojas por la presencia de inyección de la sangre en los capilares de la mucosa gastro-intestinal, y aun el color oscuro que indica la terminación gangrenosa de la inflamación de estos órganos, según que el individuo haya recocado después de una reacción violenta sobre este mismo aparato, ó se hayan reunido en él las predisposiciones inherentes á la flegmasia anterior de dicho sistema; y otros no presentan mancha alguna en todo el trayecto intestinal que conduzca á la creencia de la inflamación roja, antes bien se presenta toda la mucosa descolorida y blanquecina, pero casi destruida y como babosa, separándose con facilidad de la túnica muscular, cuyas circunstancias se perciben según he visto en los individuos que no reunen las condiciones anteriormente dichas: por tanto después de haber hecho estas advertencias pasará á descifrar los caracteres necroscópicos mas esenciales que he podido hallar.

Dos negros de nación, inspeccionados el 23 y 26 de Abril de este mismo año, el primero muerto al séptimo día de enfermedad á impulsos de una reacción violentísima suscitada sobre el aparato gastro-intestinal con irradiación simpática del encéfalo, á beneficio de medicamentos y sustancias estimulantes é incendiarias, y el otro al quinto, con la misma reacción des-
envuelta por el uso del vomi-purgativo de Le Roy, todo ad-
ministrado hárbaramente por su mismo dueño, han presenta-
do todas las señales y vestigios de la gastro-entero- Celitis agu-
da y violenta, además de las arrugas del cutis y la contrac-
ción de las manos en el sentido de la flexión, y de los pies en
e el de la estension.

Un joven blanco de veinte y siete años de edad, dema-
grado y consumado, que conducía una leucemia crónica, de
los órganos gastro-intestinales, sostenida por su intemperancia
y abuso de los alcohólicos, tratado convenientemente desde el
segundo día de su invasión, por un régimen antiflogístico apro-
piado y revulsivo, murió á los tres de enfermedad en el es-
tado astiícico ó ciánico, y su inspección hecha el diez del mis-
mo mes, nos produjo los resultados siguientes; color general
de la piel terreo y con manchas ciánicas ó azuladas al rededor
de las órbitas, uñas, palmas de las manos, parte interna de los
antebrazos, piernas y pies, consunción general con una dis-
minución sensible del volumen de su cuerpo, ojos estrema-
mente hundidos y secos, piel arrugada presentando el aspecto
de una cubierta inorgánica, tendones muy marcados y las venas
superficiales como listas negras, peritóneo seco, estómago con-
traído y como arrugado, su color exterior algo claro presen-
tando alguna flogosis en las inmediaciones del píloro, sus pa-
redes adelgazadas por algunos puntos, su membrana mucosa con
muchos pliegues, inyectada, con algunas pequeñas ulceraciones,
y adherida á toda ella un moco víscoso de color tirando al gris,
y la cavidad de esta entraña contenía alguna cantidad de líqui-
dos iguales á los de los vómitos y evacuaciones; el hígado no
presentaba otra particularidad que una inducción pequeña y
escirrosa hacia su pequeño lóbulo; los intestinos distendidos por
la presencia de materiales albuminosos de la misma clase que
los que hemos dicho se hallaban en el estómago, su membra-
na esterna de un color rojo oscuro y en muchos puntos, lí-
vido, las venas de ésta misma membrana bastante inyectadas,
la membrana mucosa ulcerada y destruida por varias partes,
presentándose como macerada en otras y revestida de la misma
mucosidad pegajosa que se halló en el estómago; la vejiga de
la orina contraída, sus paredes gruesas, su membrana mucosa
arrugada considerablemente y conteniendo en su interior como
una cucharada de orina turbia; los riñones no ofrecían otra par-
ticularidad que alguna dilatación preternatural en los uréteres.
Los pulmones y órganos de la respiración no se percibía en ellos
otro desorden que encontrarse infartados de sangre negruzca;
el corazón contenía en sus cavidades derechas bastante sangre espesa y negra, que también se hallaba abundantemente en las dos venas cava. En el cerebro y sus membranas, nervios y ganglios no se percibió cosa notable.

El día primero del citado mes practicamos la inspección del cadáver de una negra criolla, en quien no se puso en práctica ningún tratamiento por haber ocultado ella sus males hasta poco tiempo antes de morir, y en esta no encontramos en el estómago o intestinos indicios vehementes de inflamación roja, sino se halló su cavidad inundada de líquidos albuminosos, la mucosa como macerada y babosa: todo éste aparato en general descolorido y pálido hallándose los vasos mesentéricos infectados de sangre negruzca, como también el corazón y pulmones, con la consunción y aspecto del cutis que hemos dicho en el anterior, excepto que en esta la ciánosis se presentaba con manchas aplomadas o apizarradas, y la lengua blanquecina azulada. Esta negra pereció en el período asfixico á los dos días de su invasión, y no había padecido alteración notable en su salud por muchos años, según informes de su mismo dueño.

De todo lo que analizando aún más prolijamente estos hechos por las inspecciones cadavéricas repetidas y numerosas, se colige que el cólera-morbo deja vestigios en los cadáveres siempre proporcionados á la predisposición individual y dependientes también de la clase de tratamiento que se haya empleado para combatirlo, y estas diferencias á mi modo de ver reunidas á las preocupaciones de que cada cual se ha revestido al hacer su descripción, son las que han dado origen á las disensiones entre los escritores, que apénsas se encuentran dos contestes sobre una misma cosa. Es muy probable que repitiendo constantemente las observaciones cadavéricas, teniendo cuenta con los fenómenos que la enfermedad desplegó en su marcha, así como también de las diversas predisposiciones y estado, anterior á la enfermedad de los sujetos en quienes se practiquen, haya una uniformidad exacta, igual á la que se nota en el detalle de sus síntomas, y de este modo creo que la ciencia avanza algo más y dará algún paso hacia su perfección.
CAPITULO IX.

NATURALEZA Y LUGAR APRECIABLES DEL CÓLERA-MOREO.

Temo al entrar á tratar de una materia sobre cuya aclara-
 ration se estrellaron dolorosamente los infatigables conatos de
todos los sábios de la culta Europa; mi pluma no acostumbraba-
da á transferir las ideas vacila, y no acierta á describir los
caracteres que deben marcar la parte más interesante en la lú-
gubre historia de la negra fantasma que desapadadamente des-
vasta el universo; su espantosa fisonomía y los distintos con-
trastes que lleva consigo misma, oscurecen su verdadera esen-
cia y la hacen dubitable á la vista del más atento y escrupuloso
observador, y mi espíritu ageno de esta clase de trabajo tituba
y se acobarda, sin atreverse á proceder á la explicación de
los hechos, y á desenvolver todo cuanto tenga relación con este
objeto. He preferido mantenerme silencioso y no hablar del
asunto, sin haber hecho conocer antes las fases diversas con
que se nos presenta la enfermedad y efectos de los varios pla-
nés de su curación hasta ahora empleados, para venir á caer
después sobre esta roca formidable, que colocada en el proce-
ooso océano de las probabilidades hace naufragar tristemente la
fluctuante nao de la imaginación humana. Los conocimientos
que al presente se tienen de su sitio y naturaleza, no son suficientes para que podamos salir de la limitada esfera de la verosímilitud, todo ha sido conjeturas y suposiciones arbitrarias, escapándose éste secreto al más detenido exámen, sin que la ciencia médica haya podido aun rasgar el misterioso velo con que la naturaleza cubre una cosa de tanto interés, y que mantiene a todos palmando las espesas tinieblas de la ignorancia, en el entretanto que su sanguinario poder sacrifica á su implacable furor millares de víctimas que angustiosamente reclaman de ella servicios de tan alta importancia. Cuando la medicina dirigió ventajosos pasos hacia el complemento de su perfección, mediante los auxilios de la anatomía patológica, progresos de sus ciencias auxiliares, y rectas observaciones, cuando á impulsos de éstos mismos medios habíamos podido llegar á penetrar arcanos que la naturaleza misma había reservado á nuestros mayores agradándonos con su revelación, y cuando destruido completamente el imperio absoluto de la falsa ontología médica ondeaba haguestuosamente enarbado sobre sus ruinas el pabellón de la fisiología, manifestando á la faz del orbe hechos de verdad eterna, entonces es la ocasión de sorprendernos con su repentina presencia este genio devastador, que se hurla con sus efectos de todas nuestras asiduas investigaciones. Parece haber querido humillar á lo sumo la vanas altivez y entusiasmado orgullo de aquellos que se creyeron llegados á la elevada cumbre de la ciencia, como si hubiesen concluido ya los fenómenos naturales, producto de los juegos táticos y combinaciones ocultas que cada día se ofrecen de nuevo á nuestra consideración, y pudiera falsificarse la primera sentencia del padre de la medicina. Ars longa vita brevis.

Ello es que, sin atribuirlo á otra cosa que á la inexactitud de nuestros escasos medios de investigación, y falsedad del entendimiento humano, se encuentran divididas las opiniones de todos los que se han ocupado seriamente en aclarar la verdadera esencia del mal que nos ocupa, cada uno calcula á su modo, y prevenidos con el espíritu de amor propio juzgan llegar al verdadero descubrimiento de un hecho que la desgracia da fatalidad hace huya de entre nosotros cuando más próximos nos figuramos: por tanto renunciando enteramente de pretender subyugar á persona alguna bajo el débil influjo de mis preocupaciones, de las que como hombre no puedo prescindir, me ocuparé en exponer con la brevedad posible mis razones de convicción, apoyadas en datos que se derivan del análisis de
las distintas opiniones vigentes sobre dicho particular, y que parten de la observación misma de los diversos puntos de vista por los que dicha enfermedad se ha ofrecido á mi examen y consideración.

La comisión organizada del seno de la Real Academia de Medicina de París, compuesta de hombres cuyas razones son de alta entidad en medicina por los conocidos e importantes servicios que en varios tiempos han prestado á la ciencia, para que la enterasen de la enfermedad que aterraba el mundo, en su informe leído el 26 y 30 de Julio de 1831, después de haber pintado la historia, con la exactitud y probidad que son características á sus autores, y después de haber apurado todos los medios de inducción que conducen á consecuencias, sino ciertas, al menos para que de allí pueda la razón humana vif-lumbrar los principios de verdad, analizando el orden de síntomas con que se presenta en varias partes, y el orden de ellos mismos con que se anuncia la salud, igualmente todos los métodos de curación que le parecieron conducentes, y por último á manifestar por vía de exclusión lo que era el cólera-morbo epidémico concluyó diciendo, la enfermedad compuesta por su naturaleza, se compone de una alteración profunda de la inervación y de un modo particular de afección catarral de las membranas mucosas gastro-intestinales.

Según esto parece que el agente productor del mal obra deprimiendo la vitalidad por la disminución de la inervación, de cuya causa toma origen en primer lugar el modo particular de afección catarral de las membranas mucosas y todos los demás trastornos de la economía con que se anuncia su intensidad, excluyéndolo enteramente de las enfermedades que participan del carácter inflamatorio en su esencialidad.

No puedo yo concebir en el sistema mucoso una afección catarral, sin que sus elementos sean la inflamación primitiva ó secundaria, porque se sabe que éste modo de padecer dichos tegidos no se verifica sino mediante un aumento de secreción hasta el grado de constituirse morbosa, determinado siempre, ya por el influjo de causas estimuladoras sobre sus fóliculos secretorios, y provocado por la naturaleza comunmente con la sabia mira de neutralizar sus efectos sobre su delicada superície, aislán en lo posible su acción perniciosa de lo demás del organismo, y á veces de facilitar su expulsión ó lanzamiento para librarse completamente de ellos, de cuyo fenómeno nos dan repetidos ejemplos diariamente todos los cuerpos estranos á su
homogeneidad * que obran sobre dicho sistema, ó ya por dis-
frutar del triste privilegio sobre los demás órganos, de abro-
garse á si mediante sus numerosas simpatías las diversas esti-
mulaciones que sobre ellos obran, al menos que no se diga, co-
mo suponen los autores recomendables, de las ideas en cuestión
que esta misma secreción se verifica en virtud de relajación á
que vienen á parar los dichos tegidos; perdida su tonicidad;
pero aun cuando así fuese, que lo considero muy lejos, siem-
pre debe suponerse que en ellos existió un aumento de acción,
mediante el cual cayeron en este estado de laxidad. Es un axio-
ma indestructible en Medicina ubi stimulus ibi fluxus el cual
encontraríamos de ningún valor en el presente estado de las
membranas mucosas, si quisieramos negar enteramente que al-
gua agente ó influjo estimulador obraba en ellas para determi-
nar esa secreción tan abundante de líquidos con que se nos
presenta, y de cuya actividad debemos estar bien convencidos
por la rapidez con que se manifiestan sus efectos. Seguramen-
te debe ser así cuando vemos que en pocas horas la superfi-
cie interna del tubo digestivo se convierte en un centro de flu-
xión al cual acuden instantánea y atropelladamente todos los hu-
mores que circulan en el cuerpo; dirijamos nuestras investiga-
ciones sobre este hecho que nos demuestra la enfermedad ya de-
clarada en el individuo, y no quedará la menor duda sobre su
veracidad. Observamos que los líquidos que naturalmente ocu-
pan la cavidad del ojo desaparecen, presentándose seco, con
un tercio menos de su volumen, y de consiguiente sin que
llama espresión que le imprime la presencia de estos mismos; la
saliva pierde su fluides que le es propia, y la notamos en el
paciente con una escasez y espesura agena del estado normal;
la materia de la traspiración, que debe mirarse como la regu-
ladora de todas las funciones de la economía, no la percibimos,
y si solo vemos á su órgano secretor en un estado de inercia
que quiere confundirse con la inorganidad; observada la san-
gre la encontramos despojada del suero, humor que su combinación
cu ella, la hace apta-estodena para la circulación por los vasos, y
que pueda remontarse hasta los últimos elementos de los tegi-
dos penetrando en ellos indistintamente; la orina no la hallamos
ni en los órganos encargados de su eliminación, pero ni en el re-
ceptáculo destinado para proporcionar su expulsión; el hígado y
el páncreas, á pesar de no presentar alteración sensible en el

* Permitase la espresion.
cadáver, parecen haber suspendido la secreción de los humores que están obligados á efectuar por la naturaleza; el sistema linfático todo ha quedado desposeído del humor que corre por sus vasos según se infiere de la notable disminución del volumen general del cuerpo, y de que éste pierde sus formas y contornos redondeados que le da aquel presentándose como angulares; la pleura y peritoneo, como igualmente todas las membranas serosas, resecas y desprovistas del humor que continuamente las lubrifica, y últimamente todo el conjunto de glándulas mirado con escrupulosidad se encuentra marchito, é interrumpido el órden de sus funciones mas ó menos interesante al bien general de la economía, y si en medio de estos desórdenes se advierte la cavidad del estómago é intestinos, inundada y rebozando de un líquido semejante al de la paracátesis ó cocimiento de arroz según todos convienen, cuya cantidad excede en gran manera á la que la superficie interna de éstos pudiera segregar por sí, sin el auxilio de otros estráños. ¿qué consecuencias deduciremos del presente estado de su membrana mucosa? Nada creo mas concluyente que el considerarla un centro de luxión, donde obra un estímulo que determina hacia ella el adusto considerable de los líquidos enunciados, que de ningún modo acudirían allí con tanta precipitación y rapidez, conservando cada uno el giro que naturalmente tienen, si una poderosa causa que sobrepura al estímulo vital al cual ellos obedecen en su curso, no les hiciera variar de dirección. Si á esta membrana mucosa la consideramos en el estado de inercia y relajación, que se preponde por la disminución de la innervación, dejando espontáneamente sus vasos exhalantes trascolar los líquidos que á ellos se avocan, este mismo estado será un obstáculo para que pueda llamarse hacia sí, y verificarse el fenómeno acabado de emitir, porque una parte que carece de aquel vigor vital necesario para su sostenimiento de modo alguno, puede influir sobre las demás con tanta energía y rapidez. Se dirá tal vez, que la vida se mantiene en virtud del justo equilibrio que todos los órganos mantienen entre sí, y que aquel que se halla privado de la vitalidad indispensable á su conservación, tieñe mediante el estrecho y armonioso vínculo de las simpatías á reponerse de ella, á espensas de la que es propia de los demás, y esto mismo viene á parar en la aclaración de la verdad de lo que sien- to, mediante estas circunstancias de la vida vamos á las membranac mucosas intestinales convertidas en un centro de fuerzas que han llamado hacia sí, impelando el auxilio de muchas partes con que simpátizan, á impulsos, si se quiere de la la rápida sustrac-
ción de la potencia vital que indujo en ellas la disminución de la in-
nervación. ¿Este estado deberá llamarse flogístico, mediante a ha-
berse provisto con demasia de lo que le era preciso á su modo par-
ticular de existir? Para la exacta aclaración de estos hechos y que
podamos apurar en lo posible el resultado de sus consideraciones,
me parece necesario convenir en la existencia de dos clases de estí-
mulos que bien pueden llamarse negativos y positivos cuyos efectos
son casi siempre los mismos aunque obrando de un modo diverso,
de suerte que la irritación gastro-intestinal que es forzoso supo-
ner en el cólera-morbo, debe ser producto inmediato de la ac-
ción de los de primer orden, pues todas las superficies vivien-
tes dejarían de obedecer al influjo de las leyes de la vida, pa-
sando al imperio de la inorganicidad, si faltándoles alguno de
los principios esenciales á su particular existencia, no se re-
hacieran sobre ellas mismas, con el fin de procurarselo de al-
gun modo; ley sábia con que la naturaleza delineó los elemen-
tos de la vitalidad, y ésta misma reacción ¿será el producto
de un estímulo llamado negativo? y cuando ella traspasa los lí-
mites marcados para constituir el estado de salud ¿deberá lla-
marse morboso por escaso, en una palabra irritación? Conti-
nuamente nos vemos obligados en la práctica común, á mode-
rar y calmar esas reacciones de los órganos que constituyen la
mayor parte de sus enfermedades, ó escitarlas en otro mas ade-
cuado para proporcionar el justo equilibrio de las leyes de la
vida que es en lo que consiste ella y la salud.

El Doctor Casas que en Manila observó esta enfermedad,
habiendo bebido antes las aguas de las espicaciones médicas en
la misma fuente inagotable de que yo recibí mis cortos prin-
cipios de medicina, no ha podido menos de notar este esceso
de acción residente en el aparato gastro-intestinal, que ha-
ciéndolo estrivar exclusivamente sobre el sistema nervioso, lo
denominó *Tetanos interno*.

Los partidarios de la opinión que discutimos escluyen al có-
lera-morbo de las enfermedades inflamatorias, y de que nin-
gun órgano en éste mal puede afectarse de flegrasia, prime-
ramente porque las luces de la anatomía patológica no lo han
patentizado; en segundo lugar por la ausencia de reacción vi-
tal y falta frecuente de todo movimiento fétiril, y últimamen-
te porque nunca se ve á consecuencias de esta enfermedad,
ninguna de aquellas terminaciones frecuentes, degeneraciones
y transformaciones que ordinariamente son el resultado de las
flegmasias.

La anatomía patológica con exclusión de otros medios de in-
vestigación, no es la que nos pone en el camino del descubrimiento de la verdad; si á los hechos que palpablemente demuestra no reunimos la fuerza de un justo razonamiento, sin cuyo requisito nuestros trabajos tendrían resultados inciertos; ella además de hacer ver muchas ocasiones el color de escarlata en la superficie de la mucosa gastro-intestinal propio de sus flemañas, manifiesta á esta misma membrana siempre destruida, habosa y como mazecada según todos convienen, y el interior de estos órganos lleno de los líquidos, cuya acumulación dio origen á los vómitos y diarrea del paciente, descolorida y blanquecina, circunstancias que en nada se oponen á la existencia anterior de su inflamación, y si solo favorecen su creencia; parecerá á primera vista una paradoja, pero no es mas segun prenso que la realidad, porque las manchas rojas, y equimosis del tubo digestivo no son los exclusivos signos de haber existido en él la flemañas, encontrándose los acabados de enunciar que no son menos ciertos Es una verdad inequívoca que la inflamación se verifica en los tegidos, mediante la concentracion del principio vital que llama y hace afluir á ellos diversos fluidos, cuya presencia nos hace advertir su verdadera existencia, y de este modo y por efectos tan patentes, se nos demuestra y es conocido este agente tan esencial de la organismidad; ahora bien, ¿su existencia y acumulación en la parte inflamada debe distinguirse ó conocerse acaso por la clase de líquidos afluidos á ella? ¿su poder se halla limitado á la sangre con exlusión de los demás? ¿Acaso la reunion del calor y de la sangre constituyen su esencialidad? Esto seria querer materializar á una cosa que solo nos es sensible por los diversos efectos y variados fenómenos que percibimos en los órganos dependientes de su traslacion de unos a otros, y de los diferentes grados de animacion que á cada uno de ellos imprime, y creemos ya en posesión del verdadero conocimiento de una entidad, que aun estamos muy distantes de poder concebir, como tambien de las varias modificaciones con que puede darse á conocer, por lo cual la anatomia patologica ni la medicina misma podran llegar todavía al término de su perfeccion á causa de los fenómenos que diariamente tiene que añadir á la limitada esfera de sus conocimientos. Según esto, parece probable si no quiere concederse la verdadera certeza, que es preciso confesar la existencia de la inflamacion sin los requisitos creados esenciales del aflugo de sangre y presencia del calor; y venimos á parar en encontrar los vestigios cadavéricos proporcionados al modo de lesion de que se hallaron afectas las membranas gastro-intestinales.
La ausencia de reacción vital y la falta frecuente de todo movimiento fúbril, es otra de las razones con que se intenta probar la imposibilidad aparente de creerse órgano alguno en estado de negrmasia. Además de ser muchos los casos de inflamaciones internas en que todas las funciones del individuo se presentan en un estado de inercia y languidez, que no ha mucho tiempo constituía las debilidades esenciales de ciertos escritores seguidos hasta nuestros días, y que los progresos de la ciencia mediante un estudio bien dirigido de ellas, patentizaron su inequívocable carácter, en que parece estar ausente de todo el organismo, la reacción vital, y el corazón lejos de tomar parte en los padecimientos del órgano que sufre acelerando sus contracciones, lo observamos indiferente ó disminuida su vitalidad, sin dar muestras ni aun remotas de movimiento fúbril, dato que por sí solo comprueba la posibilidad de la existencia de la inflamación sin tales requisitos; los autores de estas razones convienen en que el principal móvil de los desórdenes que llevamos dicho, es la disminución de la innervación, y si se quiere causa de la inflamación asignada, circunstancias que favorecen en alto grado la explicación de todos los fenómenos que trae consigo la enfermedad objeto de nuestras conjeturas. Con efecto, se encuentra una oposición considerable en el estado general del organismo y movimientos de la naturaleza que se pretenden exigir de ella en la imposibilidad en que se halla de poderlos promover, nacida indudablemente de la grande concentración vital en un órgano, que convertido en un centro común de fuerzas, y obrando de concierto con la causa deprimente de la vitalidad, que se suponga, sobre todos los demás, deja á estos enteramente exustos de la vida, que él, únicamente y con exclusión de cualquiera otro, se abroga sobre sí para aparecer á nuestra vista, con un alterado modo particular de existir, dependiente de la gran concurrencia en él mismo, del influjo vital de todas las organizaciones: fenómenos que siendo un efecto inmediato de la estrechez con que á todos los unen los admirables vínculos de las simpatías, favorecen á la vez el esceso de acción en uno solo, y la desanimación general de la economía. Un vasto e inmenurable campo con varias perspectivas se presenta aquí á mi vista al intentar desenvolver el estado general del organismo en la enfermedad que analizamos: mi pluma no se atreve á marcar los límites que deben separar los diferentes fenómenos vitales que se esponen á mi consideración; pero con el mayor atrevimiento, aunque parezca importuna la aclaración de es-
tos hechos, procederé á descifrarlos del mejor modo tomando por tipo los órganos gastro-intestinales, privilegiados por escencia entre la generalidad de los individuos que son invadidos de la dicha enfermedad, cuya esencia procuramos indagar, y seanos permitido apurar en lo posible todas sus explicaciones. Nadie duda en el estado actual de los conocimientos médicos, que los órganos gastro-intestinales por su particular modo de ser mantienen una relación íntima y estrecha con todas las partes del cuerpo humano, mediante las que sostienen con todas ellas un comercio recíproco de afecciones y sentimientos, transmitiéndoles el escaso de vitalidad que desmesuradamente pesa sobre ellos, forzoso producto de los estímulos que los hieren directa ó indirectamente, y levantándose con esto todas á la vez parece conspiran unánimemente á favorecerlos descargando el cúmulo de vigor que propende á su destrucción, y menos puede vacilarse en creer que hay un agente principal, que preside á todos estos movimientos, cuya importancia se nos hace ver de una manera sensible en los varios juegos de influencia vital con que escita todos los órganos que anima, y cuyas funciones preside, que fijándose ó teniendo su centro en estos mismos órganos gastro-intestinales por la pluralidad de fenómenos que en ellos desenvuelve, se da á conocer palpablemente, y tampoco creo deber dudarse que por un modo inverso, acaso mas energico, luego que el tubo digestivo se halla en estado de languidez y carencia de la vitalidad que le es forzosa mantener, en el interesante papel que desempeña en la economía, tiende instantáneamente á reponerse de ella por los mismos medios que hemos visto se valía para trasladar á los demás órganos el peso que lo abrumaba, y estos á enviarsela hasta quedar enteramente desprovistos de ella; á tal llega el estremo de unión y armonía con que los órganos se favorecen reciprocamente. Se hace indispensable ya para poder continuar hablando del asunto, acabar de desenvolver una causa y su modo de obrar en el aparato gastro-intestinal que trata de reducir y agotar la vitalidad que le es propia; ésta no puede ser otra que la alteración primaria del gran sistema nervioso que lo anima por su directa influencia hasta el grado de acción y energía oportuno y necesario para mantener sus relaciones con toda la organización. Esta alteración consiste á mi modo de ver, aunque se diga demasiado valor mio y entusiasmo, en la irritación primitiva de éste mismo sistema ganglionario que obra de un modo análogo é igual sobre el estómago e intestinos, al que ellos obran sobre todos los demás órganos, y ésta misma irri-
tación primaria de los nervios ganglionarios trae origen de una causa que nos es preciso ir a buscar fuera del individuo, que obra sobre ellos mismos, sustrayéndoles la potencia vital que tratan de recuperar.

El sistema nervioso ganglionario por su modo particular de vivir, naturaleza de la función que desempeña en el hombre, y por hallarse defendido y colocado entre todas las partes del cuerpo, se presenta a nuestro examen aislado enteramente, y separado de la acción de los estímulos que directamente pueden dirigirse sobre él, y de consiguiente su irritación no puede verificarse sino por estimulaciones que van á parar al mismo por el intermedio de los órganos en que residen y vivifican, ó mediante la sustracción recta de su potencia vital que puede suceder por negarsele alguna cosa indispensable á su verdadero sostenimiento y vivificación, que todo viene á concluir en rehacerse y últimamente en irritarse, y por consecuencia tenemos un bosquejo aunque imperfectamente de la enfermedad en cuestión haciendo la siguiente consideración. Causa hasta ahora desconocida, ó que empieza á vislumbrarse por algunos sábios existente fuera de la organización, que sustrae inmediatamente la fuerza vital del gran nervio simpático: reacción primitiva de éste mismo nervio tratando de recuperarla á espuesas de las partes en que se distribuye, con especialidad del estómago e intestinos que pueden mirarse como su centro; reacción secundaria del tubo digestivo sobre la economía para vivir á sí modo sin separarse del privilegio con que es distinguido; languidez e inercia de los órganos todos por contribuir cada uno de ellos con la vida que le es peculiar á la realización de éstos fenómenos; constituyendo todos ellos una verdadera inflamación primaria de los nervios que presiden la vida vegetativa, con la gastro-enteritis secundaria á esta afección producto de la acción de un estímulo negativo. Continuación de la causa en su modo de obrar: la reacción primitiva se hace violenta y sigue hasta consumir la vitalidad general que luego viene á concluir muriendo últimamente el aparato en que se verifica, según lo prueba la fácil galbanización de los cadáveres. Escitación energética de un órgano de una manera conveniente, y que puede ser el mismo estómago, para abrogarse la vida, é irradiarla á los demás; reacción general, tránsito á otra enfermedad. Escitación leve ó escasa del mismo, y de un modo poco conforme: lucha entre la muerte y la vida; terminación dudosa: y éstos son los eslabones de la cadena morbosas, que creo deben distinguirse en el modo con que se halla.
repartida la vitalidad en el estado á que es conducida la orga-
nización por la enfermedad que nos ocupa. Dige que el aparato
ganglionario es el primitivamente afecto, y que padece ha-
liéndose irritado, en virtud de la reacción que en él se sus-
cita por faltarle algo esencial para su existencia y vivificación,
y que esta misma reacción era también producto de las estimu-
laciones que á él iban á parar por el intermedio de los demás
órganos en quienes influye, por tanto tenemos favorecida esta
reacción, ó irritación primitiva no solo por la causa que en
ellos obra, sino por la flegmasia de los órganos, en quienes se
reporte; y he aquí la expilicación del modo rápido y violento
con que la enfermedad corre sus períodos en las personas pre-
dispuestas, por las flegmasias internas y afecciones del alma que
distraen la vitalidad de dicho aparato, de las causas que obran
sobre las vísceras transfiriendo sobre él sus estimulaciones, y
de los perniciosos efectos de todo régimen de curación incen-
diario, que estimulándolas comúnmente sin que sus efectos sean
suicientes á cambiar sobre si la potencia vital, no hacen mas
que fomentar la irritación ó reacción existente. Era preciso que
tuviese yo el hábito de transferir las ideas, y que no escribiese
con la premura que lo hago, para entrar en el detalle mi-
nucioso de estos hechos; pero paso adelante, haciendo ver la
importancia de este gran sistema de nervios en la economía, y
Iel modo como se presentan las vísceras vivificadas con su in-
fluencia, en la presente enfermedad.

Si analizamos una por una las varias funciones de la econo-
mía, á todas las encontramos desempeñadas por órganos que
reciben de este mismo gran sistema su influencia ligados de tal
suerte, que al mismo tiempo que mantienen entre sí un co-
mercio recíproco de afecciones, se encuentran exentos del in-
fluyo de la voluntad, facultad del alma tan movible y variable,
que á cada momento nuestra existencia peligraría, si estuviese
en nuestro voluble arbitrio, interrumpir el orden de sus fenó-
menos, sujetándolo á su imperio; y ellos son los que en real-
idad padecen en la enfermedad que nos ocupa, y aun los que
parece quieren escaparse de su dominio por la concurrencia del
influyo ganglionario y cerebral, presentándose subyugados á las
órdenes del encéfalo hasta ciertos límites. Pasemos á hacer una
sucinta descripción de este gran sistema, y el recuerdo de su
distribución, conspirará al intento que me propongo.

Este gran aparato nervioso compuesto de una serie de gan-
glios que se comunican entre sí por filamentos, se halla situa-
do profundamente en lo interior del cuerpo estudiándose des-
de la región superior del cuello, hasta el coxis. Estos ganglios además de los filamentos que entre sí los unen * suministran cordones nerviosos que van á parar á muchos órganos, y cuya estructura íntima es casi la misma que la de los cerebrales. Estos cordones ganglionarios Mr. Broussais los divide en tres series, la primera que se une á los nervios ya cerebrales, ó ya espinales, y van juntos á los músculos, y á las vísceras; la segunda se introduce directamente en ellas, y la tercera abraza las arterias formando plexus al rededor de sus túnicas. Los ganglios que se hallan en la base del cráneo y cara son el oftálmico, el esfenó palatino, el cavernoso, el naso palatino, y el submaxilar; todos ellos además de las comunicaciones que mantienen entre sí por filetes que mutuamente se envían, los suministran siguiendo el órden expresado á los nervios que se distribuyen en los músculos de los ojos, del oído interno, del velo palatino, de la cara, al tegido del ojo, formando los procesos ciliares, y perdiéndose en el iris, á las glándulas salivales, y á todas las regiones de la membrana mucosa que reviste las desigualdades y senos de los huesos de la cara, y á los ramos arteriosos que conducen la sangre á todos estos órganos ó que penetran en el cráneo. Los que se hallan en el cuello comúnmente se designan con los nombres de superior, medio, e inferior y enlazados entre sí envían filamentos reuniéndose á los nervios cervicales, á los músculos del cuello, á los del hueso hioides, de la laringe, faringe, confundiéndose luego con los nervios diafragmáticos, á la tráquea, al esófago, glándula tiroides y pulmones, y últimamente á las arterias del cuello subclavias &c. dando además cordones al hígado de la aorta, que concurren á la formación de los plexos cardíacos. Siguen los ganglios torácicos, empezando por el conocido con el nombre de cardíaco, que formando los plexos coronarios, anteriores y posteriores que abarzan el origen de la aorta se pierden con algunos ramos del octavo par en el tegido muscular del corazón, suministrando también ramos á las arterias coronarias, á la aorta, y á la arteria pulmonar. Después se presentan doce más pequeños situados á cada lado que unidos por filetes de comunicación dan ramificaciones que van á mezclarse con los nervios dorsales e intercostales, otras que van á formar el plexo pulmonar, y otras que van á la aorta. De cada lado salen unos filetes que se reúnen en el medio de la columna vertebral para la formación de los

* Fisiología de Mr. Broussais.
nervios esplácnicos, destinados a las vísceras del abdomen. Estos son dos, distinguidos con los nombres de grande y pequeño, ambos después de haber atravesado el diafragma se encuentran en el vientre; el primero va a formar el ganglio semi lunar, y el pequeño va a confundirse con una parte de él, en el grande y otra en el plexo renal. El ganglio semilunar se halla al nivel del tronco celíaco sobre la arteria aorta y los pilares del diafragma, y reuniéndose los dos sobre la línea media forman el plexo solar, reforzado por el octavo par. Este gran plexo formado por la reunión de nervios llenos de ganglios, abraza la aorta, el tronco celíaco, y los pilares del diafragma, dando origen después al diafragmático al celíaco, aunque este, puede mirarse como su prolongación inferior, el mesentérico superior es inferior, el renal o emulgen te, y el espermático, todos ellos siguiendo en su distribución el órden que dejamos dicho suministran ramos que se unen a los nervios cerebrales y espinales, otros que se pierden en las vísceras que les son inmediatos, y otros que abrazan las arterias que encuentran en su curso. Los ganglios lumbares que vienen a ser la continuación de la serie vertebral están colocados por ambos lados sobre cada vértebra hasta la articulación sacro vertebral, y comunicándose entre sí suministran como los antecedentes, ramos de union con los nervios lumbares del dominio euceláfico, ramos viscerales y ramos a la aorta ventral. Los ganglios sacros forman la terminación de la serie que llevamos expuesta, son en número de tres ó cuatro en cada lado situados sobre la superficie interna del hueso sacro, y sin separarse del órden de distribución que guardan los otros, se anastomosan con los pares sacros para formar el plexo hipogástrico de donde parten filamentos para todas las partes inmediatas. El gran nervio simpático se termina a veces formando un arco por la reunión de los nervios de ambos lados, de cuya convexidad nacen multitud de filamentos que constituyen una especie de cola, y otras en un ganglio inmediato al coxis.

La exposición anatómica que acabo de hacer prueba exactamente la gran influencia que él tiene en casi todas las funciones de la economía enlazando a todos los órganos que las ejercen y obrando esencialmente en el ejercicio de cada uno en particular, todo lo que aca sufre nuevas aclaraciones si entramos, en el detalle minucioso de su modo peculiar de obrar, y de la manera como cada víscera responde a su influjo. La observación es la antorcha que nos debe guiar al descubrimiento de la verdad, la ciencia médica reclama de ella luces nuevas, y espera de la precisión y exactitud de los hechos particulares, los medios de alzar el miste-
ríos velo que en el día aun cubre la espantosa enfermedad que ahora llama nuestra atención; por tanto para deducir consecuencias rigurosas, revestidas del carácter de veracidad indispensable al convencimiento, procedamos al examen de cada una de las funciones de los principales órganos, que vivifica con su influencia en el estado de salud; para después comparando con los desarreglos que en cada uno de ellos se advierte, luego que se halla pervertido el poderoso influjo de este gran sistema que debe mirarse como el centro de la acción orgánica, poder concluir con una aproximación casi cierta que él es el centro primitivo de la afecion objeto de nuestras investigaciones.

El cerebro principal órgano de la vida animal, destinado por la naturaleza á ser el asiento de las percepciones mas esquisitas, y de donde parten las voliciones y nolencias, mediante el ejercicio del pensamiento y demás facultades del alma, á pesar de su dominio exclusivo, es el primero que se presenta á nuestra consideración. Observamos á este órgano en el completo desempeño de su función por el influjo del aparato de nervios gangliónicos que le comunica las escitaciones necesarias y aun le obliga muchas veces al ejercicio de actos indispensables á la conservación, y del mismo modo el cerebro difunde en ellos por medio de sus conductores que penetran juntos en los tegidos las voliciones ó irritaciones, manteniéndose entre ambos una reciprocidad de estimulación, que muy bien ha podido decir el maestro de la escuela fisiológica, que se sirve mutuamente de escitadores. * Se sabe también que los nervios cerebrales son los conductores de las sensaciones que van á parar al centro de percepción, así como las influencias por las que este mismo determina sus movimientos; cuyos fenómenos constituyen la innervación á beneficio de la cual todas las partes conservan la vitalidad necesario al desempeño de la función que le está confiada; ahora bien, falta ó se altera el influjo nervioso ganglionario y por consecuencia forzosa el cerebro y sus dependencias caen en un estado de apatía, disminúyese la innervación, cuya función ejerce por su influencia, y debilitada ésta, todos los órganos que animaba, caen en un estado de inercia que compromete la vida; así es que observando el cerebro con la mayor atención en el cólera-morbo, no lo hallamos en un desarreglo esencial del que resulte el orden inverso de sus funciones; mas si lo vemos en un estado de languidez que lejos

* Fisiología de Mr. Broussais ya citada.
de influir sobre las partes que vivifica, apenas puede sostenerse; verdad es que percibe las impresiones que le dirigen los sentidos puertas por donde entran á juzgarse las sensaciones para que delibere los movimientos conducentes; mas no participa del vigoroso dominio que le es natural, y aunque sus nervios aun le sirven de fieles conductores de ellas, él no responde exactamente á sus instancias, y observamos á los enfermos en un estado de indiferencia y tedio á ocupar su imaginación en la cosa mas trivial, no descanso otra cosa, que entregarse al reposo que les está exigiendo el desfallecimiento en que se hallan. Mas bien parece sujeto á las solicitudes del instinto, cuyos actos se hallan también trastornados por el estado desordenado de las vísceras de donde parten que no obstante le obligan imperiosamente á buscar con ansia el medio de satisfacer las necesidades que le sugieren y por esta causa vemos que el mismo enfermo á pesar de las mas repetidas persuasiones, tiende á destaparse continuamente y entre la lucha del poder de la reflexión, y las estimulaciones del instinto, el sistema muscular es arrebatado de un modo violento á obedecer ciegamente á éste último; la inextinguible sed que lo atormenta lo impulsa á beber grandes cantidades de agua á pesar de que la reflexión le avisa que se aumentan de este modo sus padecimientos en los vómitos. He dicho, que se hallan trastornados los actos instintivos á causa del desarreglo que se nota en las vísceras de donde salen, y en efecto éstos no corresponden ó no guardan relación con su estado actual, y es la razón porque cuando advertimos en el enfermo una temperatura mas baja que la que reside en los cuerpos sobre quienes el calor atmosférico se equilibra, que su respiración y lengua son frias, y que solo encontramos un resto de calor en las regiones del vientre, vemos al mismo tiempo que desaladoramente se queja de un fuego interno y gran calor exterior que no ahíela otra cosa que el aire fresco, y despojarse con furia hasta de las simples cubiertas que envuelven su cuerpo; aunque segun dejo dicho en otra parte, creo que esto sucede mas bien, porque como nuestras sensaciones siempre son relativas, el calor atmosférico con respecto á la temperatura de la piel y de la que goza toda la superficie pulmonar que se pone en contacto con él, es demasiado escesso, y no es extraño que apetezcan el frio, y por esto me agradecían infinito ciertos enfermos, el baño y aspersiones de agua á diferentes grados de calor mas bajos que el atmosférico en que dispuse sumergirlos, y con que mandé rociarlos de un modo instandecé, en algunas ocasiones. El
hambre es otra de las necesidades que el instinto transmite al cerebro con demasiada fuerza, en medio de la mayor gravedad de la enfermedad, como he visto á muchos negros espirar con el pedazo de pan ó carne en la boca, que habían tomado por descuido de los asistentes; y muchos otros enfermos en vez de clamar por el agua cuyo deseo es casi general, quejarse amargamente de una hambre formidable que los devoraba y consumía, sin haber desaparecido ninguno de los síntomas precursores de la muerte que sobre sí tenían. El sueño, otra de las necesidades que el instinto por las excitaciones del sistema de nervios gangliónicos transmite al cerebro obligándolo al descanso en sus operaciones, también se halla pervertido conside rablemente, pues observamos al paciente ó en una continua vigilia con grande propensión y deseo de entregarse á él, ó durmiendo mas adelante á intervalos momentáneos que no les satisfacen, ni tienen conciencia de ellos, ignorando haber dormido; fenómeno que dependiendo siempre como lo han probado algunos autores de la influencia del sistema de nervios que preside la vida orgánica sobre el cerebro, y hallándose éste como convienen todos los que han descrito la enfermedad que analizamos en un estado de integridad incapaz de pervertirlo por sí, nos prueba suficientemente que el agente de los movimientos orgánicos se halla alterado y que no se corresponden los dos sistemas de nervios en sus excitaciones recíprocas.

El corazón, es otro de los órganos también esencial á la vida, que se presenta á nuestro exámen; hemos visto anteriormente que los plexos cardiacos formados por el entrecruzamiento de los cordones ganglionarios, son los que lo proveen de nervios para determinar los movimientos de sistole y diastole que sostienen la circulación en aquel grado de energía necesaria para la conservación de la vida, independiente en un todo del dominio encefálico, pues aunque notamos que dicho plexo cardáaco se halla reforzado por ramos del octavo par cerebral, este nervio como queda sentado debe mirarse como escitador de los ganglionarios, y de consiguiente con los mismos usos de los cerebrales que vemos penetrar en las vísceras asociados recíprocamente, por cuyo medio el movimiento del corazón sufre alteraciones nacidas de las influencias de las pasiones ó movimientos que obran directamente sobre el cerebro, por lo cual debe concluirse que él, recibe del gran nervio simpático el principio que lo impele á sostener su movimiento y á comunicarlo á todo el sistema sanguíneo del que es el centro, sin el concurso ó intervencion de las facultades intelectua-
les, reflexionemos ahora lo que pasa en la función de este órgano, luego que el sujeto es invadido de la enfermedad que estudiamos; su movimiento empieza por apagarse gradualmente y con más o menos rapidez dejan de percibirse sus contracciones, y por una consecuencia necesitaría la de los vasos arteriosos y venosos, presentándose en ellos la sangre del mismo modo que una inyección que vemos hacer en los cadáveres, y abiertos no tienen actividad para dejarla salir. Yo mismo he practicado la arteriotomía de la temporal en un enfermo entregado a un sueno ó apoplejía colérica, vista la imposibilidad de estrar sangre por las venas de mayor calibre, y la dificultad ha sido igual, porque este vaso no se contraía como en el estado de salud; y estando ligado el ejercicio de esta esencial función de la vida animal enteramente al dominio peculiar del sistema nervioso ganglionario, es preciso convenir en que en él reside el elemento ó principio de alteración.

El pulmón, órgano destinado al ejercicio de otra función interesante a la vida con todas sus dependencias, lo vemos en el estado natural sujeto en lo esencial de ella al influjo del sistema de nervios de que vamos haciendo mención. Verdad es que está en nuestra mano, suspender, acelerar ó retardar sus movimientos; pero es hasta ciertos límites fuera de los cuales la vida se compromete, y una sensación de angustia, avisa al cerebro por medio de los nervios del octavo por la necesidad de respirar, y éste determina hacia los músculos inspiradores una cantidad de principio motor que los pone en contracción verificándose de este modo la dilatación de la cavidad pectoral; del mismo modo luego que los músculos inspiradores han obrado, se relajan, y los abdominales que son sus antagonistas y por consiguiente espiradores bajan el aparato costal e impelien las vísceras hacia debajo del diafragma, el cual se aloja y vuelve á subir á la cavidad del pecho, permaneciendo todos los demás músculos respiradores en inacción, hasta que una nueva sensación de aire escita al encéfalo á ponerlos en contracción. Examinemos ahora el orden de funciones que ejecuta el aparato respiratorio mediante la alternación de movimientos en que lo notamos; éstas son tres á saber; la oxigenación de la sangre, la exhalación pulmonar y la producción de los sonidos. La primera de ellas se encuentra enlazada á la función del corazón; éste puesto en movimiento le remite la sangre negra, despojada de los dotes necesarios para que pueda estar apia al sosténimiento de las partes por la arteria pulmonar, la cual la deposita en el tegido esponjioso de los pulmones, á donde en-
tra también en la inspiración el aire atmosférico, se despoja este de una parte de su oxígeno, adquiriendo otro tanto de ácido carbónico, y de aquí de nuevo la sangre ya dispuesta á recorrer el círculo, y servir á los usos destinados por la naturaleza. De estas combinaciones así como de las que se verifican en el resto, de la economía mediante el movimiento de composición y descomposición que en ella se verifica durante la vida, resulta el calor animal que nos mantiene siempre á una temperatura igual cualquiera que sea la de la atmósfera en que habitemos. La exhalación pulmonar por cuyo medio la sangre se depura de la serosidad superflua y del ácido carbónico que consigo arrastra, es otra de las funciones del pulmón, dependiente de su alternado movimientió y con particularidad de la circulación de la sangre; relacionada íntimamente en el estado de salud con las funciones de la piel y de los riñones, advertimos en las tres una reciprocidad que cuando la una se aumenta la otra disminuye, contribuyendo así á purificar el todo de la economía de materiales impuros e inpropios á su conservación. La producción de los sonidos, última de las funciones que hemos asignado al sistema respiratorio comprende la voz y la palabra, el canto, los suspiros y sollozos, la risa, la toz y el estornudo; éstos deben mirarse como modificaciones del mecanismo de la respiración, así es que en vez de dejar salir al aire con libertad, le detenemos en la laringe, le comprimi mos, le obligamos á que haga vibrar sus diferentes piezas que se encogen ó se estrechan mas ó menos por la acción de los músculos propios de este aparato, luego en la boca hacemos sufrir al aire espirado otras modificaciones, obligándole á salir en mayor ó menor volumen y con mas ó menos celeridad, y de este modo pronunciamos las letras y las sílabas resultado de la educación. Los suspiros, los sollozos y la risa son unas inspiraciones y espiraciones mas ó menos profundas, rápidas ó lentas con regularidad ó sin ella que expresan las pasiones que nos afectan y que son determinadas comúnmente por sensaciones que tienen su asiento en diferentes partes. La toz y estornudo es sabido que dependen de una irritación primitiva simpática de las superficies mucosas que el aire recorre en los actos respiratorios. Esto supuesto veamos los desórdenes que presenta este aparato destinado á ejercerlos, en los sujetos atacados del cólera-morbo.

La oxigenación de la sangre observamos que es nula, puesto que estando en inacción el agente principal de su circulación, ésta permanece como estancada, en el interior del pa-
renquima pulmonar, sin permitir la entrada de otra nueva, y es la causa de notarse en el cadáver estos órganos infartados y llenos de sangre negruzca. El calor animal, como dependiente de las combinaciones que en el interior de ellos, verifican los principios del aire atmosférico con la sangre, no se desenvuelve, y en vano entra y sale el aire en la cavidad del pecho porque no pierde ninguno de sus principios, antes por el contrario se observa á su salida con una diferencia notable en su temperatura, dependiente de la cantidad de calórico que estos órganos le roban, para mantener el equilibrio con el atmosférico. La exhalación pulmonar tampoco se efectúa no solo por la misma causa de la inercia de la circulación, sino también por lo que antes de ahora dijimos que todos los líquidos parecían afluir á un punto cual era la mucosa gastro-intestinal, y el aire espirado por el paciente, únicamente presenta los grados de humedad de que puede estar cargado á su entrada en el pecho. Los sonidos que como queda dicho son unas verdaderas modificaciones de la respiración escitadas por la voluntad, no están enteramente abolidos, porque el cerebro tiene demasiado influjo aun, sobre los movimientos respiratorios; pero presentan una gran alteración, según lo demuestra la voz seculcular del enfermo, interceptada á menudo por frecuentes suspiros que dan á entender los padecimientos que lo aquejan, y la grave angustia que experimenta en la superficie de la mucosa pulmonar con la presencia de la sangre carbonizada que allí se encuentra sin movimiento; que solo la vista de estos desacreditados puede explicar. Quedan analizadas las funciones de las principales vísceras contenidas en la cabeza y pecho, y todas nos dan por resultado la lesión del gran sistema de nervios simpáticos; descendamos ahora á la cavidad abdominal, y veremos si estas ofrecen igual fenómeno.

El estómago é intestinos, conducto membranoso destinado por la naturaleza para la recepción de los alimentos que se convierten en nuestra propia sustancia por medio de la asimilación, función de que está encargado, es un órgano que al par que mantiene íntimas relaciones con todos los demás, es el asiento de la mayor parte de los males que se suscitan en la economía; dotado de una fuerza simpática por escencia superior á todos, le observamos tomar parte en el menor desarrollo que se nota en cualquiera de ellos, llegando á tal extremo que muchas ocasiones parece ser el asiento primitivo de la aflicción, donde la causa morbífica dirigió sus primeras tentativas, no siendo mas que un efecto simpático, que haciéndose
predominante a aquel de donde parte, se nos presenta bajo dicha forma; privilegiado por la naturaleza de una fuerza vital excedente sobre los otros órganos, le vemos sentir y moverse aun, cuando estos se hallan entregados al reposo eterno de la muerte, por la ausencia de la vitalidad, particularidad que el médico fisiólogo sabe apreciar dirigiendo estimulantes sobre su superficie que despertan la acción vital apagada, en los casos de asfixia. Sería un proceder demasiado estéril si entrásemos a investigar el enlace de circunstancias que se notan, y resultan de la influencia de sus propiedades vitales sobre todas las partes del cuerpo humano, y de éstas sobre dicho órgano, de consiguiente nos limitaremos a observar rápidamente su función fisiológica, para después comparándola con el estado de alteración en que se halla en el cólera-morbus, la diferencia morbosar que resulte, ver si trae origen del primitivo desarreglo del gran sistema de nervios en que la hacemos consistir.

Luego que los alimentos han sufrido la preparación dependiente de la masticación, habiendo sido penetrados de saliva, se reúnen en una masa llamada bolo alimenticio que es empujada hacia la faringe, la que después de sentir su impresión escita la contracción de sus fibras musculares, y sucesivamente se presentan en el esófago, que también contrayéndose sobre ellos los hace descender hasta la boca superior ó cardias del estómago; llegados que son al interior de ésta entrañas, permanecen allí cierto tiempo para someterse á la asimilación, durante el cual, se manifiestan fenómenos dignos de la mayor atención. Lo primero que se advierte es la reunión de materiales, de cuya combinación resulta la mayor parte de la función; se desenvuelve una cantidad de calórico mayor que el que antes se notaba en dicho órgano, se nota un desprendimiento de gases y la concurrencia del agua al mismo tiempo que acuden distintos humores del individuo preparados por varias vísceras, como son, saliva, humor mucoso, jugo gástrico, pancreático, y bilis. En segundo lugar la contractilidad propia de las fibras musculares del estómago se pone en acción, para retener la pasta alineutricia, e imprimirle movimientos de oscillación muy lentos que tienden á dirigirla del cardias hacia el piloro, y del piloro hacia el cardias, cuyos movimientos son consiguientes a las diferentes direcciones de las fibras de su túnica muscular. En tercer lugar, así que han permanecido en él algunas horas sufriendo esta elaboración se transforman en quimo, sustancia propia para abrirse paso por el piloro ó los intestinos, donde empieza lo que se llama la segunda digestión. Ultimamen-
te que ésta misma contractilidad, á la vez que imprime los movimientos á la pasta quimosa graduados al estado en que se halla, es la causa del aflojo al estómago de los líquidos que abundan en ésta operación. Pasa pues, la pasta alimenticia á los intestinos delgados, y después de haber recorrido todo este largo camino, el producto de la digestión se aproxima á la bácula ileo-óecal; en éste punto de estrechez se retarda un poco, y camina con lentitud por los intestinos gruesos, para acumularse en el recto, donde solicitan el acto de la defecación; en éste trayecto los alimentos se hallan sometidos mas ó menos á la misma operación que en el estómago, verificándose con mucha actividad la absorción del quilo, último resultado de la función, que es transportado por los vasos lacteos al conducto torácico, el cual lo vierte en el torrente del círculo. Averejemos ahora quien es el agente principal que preside y determina todos estos movimientos sin la intervención del encéfalo, y por tanto sin que tengamos conciencia ni idea de que ellos se verifican, valiéndose de éste conducto membranoso como de un simple instrumento á su ejecución. Desde que los alimentos pasan de la cavidad de la faringe, á la del esófago, de éste al estómago, de aquí á los intestinos delgados, de estos á los gruesos hasta su espulsión fuera del cuerpo, se encuentran ya exentos del dominio encefálico, porque en todas partes por donde ellos sucesivamente van pasando, están reglados sus actos por la influencia del sistema nervioso ganglionario, y los nervios cerebrales que en ellas se notan, no tienen otro uso que el de trasmitir al centro de percepción las necesidades instintivas que las afectan, para que determine lo mas conveniente, y me parece superfluo entrar en los pormenores que dan á conocer clara y distintamente la acción de éste sistema de nervios sobre las partes de que hablamos, por ser demasiado conocidos de todos, por lo cual, pasemos á comparar el estado fisiológico acabado de detallar, al modo de lesión con que se presenta éste aparato en el cólera-morbo.

Después de haber sentido el individuo varios movimientos nerviosos y comúnmente á la vez percibe borboritum, vulgarmente ruido de tripas, con particularidad hacia la región umbilical, sensación de plenitud, inapetencia, y otras veces apetito aumentado que le obliga á comer mas de lo regular, y en algunas ocasiones deseo de cosas estravagantes y á que el suje-
to no está acostumbrado, sensación de pena ó disgusto en el epigástrico acompañada de cierto latido que el vulgo atribuye al corazón ó a una arteria y después de haber durado estos desarreglos más ó menos tiempo, sobreviene un ligero movimiento que determina una pequeña evacuación de escroamentos casi líquidos, con la que parece el vientre más descansado, continuando los mismos síntomas; las evacuaciones se van haciendo más frecuentes líquidas y blanquecinas, hasta que empiezan á declara-

rarse los vómitos, la sed, calambres &c. entonces la irregularidad de los movimientos del tubo intestinal que hasta ahora fué poco perceptible se manifiesta á las claras: y vemos que sus con-

tracciones se manifiestan en todos sentidos, que la absorción que los intestinos hacen de los materiales contenidos en su cavidad, por la cual los líquidos que de ellos resultan, gozaban de un mo-

vimiento centrífugo que los conducía á combinarse con los de-

mas, no se verifica, antes bien parece tener una acción inver-

sa para hacer acudir todos los humores de la circunferencia, que su sensibilidad se halla pervertida, y obrando sus necesidades instintivas con demasiada fuerza sobre el encéfalo, y última-

mente que todas sus funciones han caído en un estado de tras-

torno vital, que dista mucho del que es natural, dependiente todo del modo lento ó rápido con que se le pretende agotar su vitalidad peculiar, que trata con la misma lentitud ó rápi-

dez de recuperar, rehaciéndose á espensas de las infinitas par-

tes con quienes simpatiza para cuyo sin despliega toda su ener-

gía en su sistema particular exalante hacia el centro que nece-
sita de la vida, pudiendo considerarse en éste al mismo tiem-

po una virtud absorbente de todos los líquidos de la circunferen-

cia, que se apropia y conduce con la idea de conspirar al mis-

mo fin, en virtud de la languidez que causa por su predominio, en el absorbente que en el estado de salud guarda con él una perfecta y completa armonía; de suerte que aun en el mismo tubo digestivo; encontramos partes que obran de un modo igual á aquel con que se comporta él con el resto de la organización. Entremos ahora en seguida á hacer algunas consideraciones so-

bre las personas predispuestas por las flegmasias crónicas del mis-

mo sistema gastro-intestinal. Estas mismas flegmasias se hallan caracterizadas por la desigual acción de los aparatos absorven-

tes y exalantes que en él residen, y que pueden mirarse como los elementos de su principal función, que haciéndose uno de ellos predominante sobre el otro, hacen distinguir dos clases en un todo diferentes de flegmasias, de las cuales en una es su principal caracter la traslación rápida ó lenta de los líqui-
dos contenidos en el centro de la circunferencia, cuyo fenómeno se nos hace bien patente en el estreñimiento pertinaz que lo acompaña; y que tiene su asiento con predilección en el sistema absorvente, y en la otra los líquidos son impelidos hacia el centro de un modo inverso, y más o menos enérgico, que dándosenos á conocer por su peculiar y patomónico síntoma de la diarrea, pertenece exclusivamente al exalante por tener en él su residencia privilegiada; ambas son productos de estimulaciones que se dirigen sobre los órganos distantes y ajenos del que nos ocupa con demasiada violencia, ó que van á parar al centro de vitalidad orgánica á que dichos sistemas obedecen ya directamente, ó reflejadas por los mismos órganos, y en la destrucción completa de este predominio de igualdad uniforme en su acción, está descifrada la base de la curación de la espantosa enfermedad que hoy llama nuestra atención. Estos que conducen las legmasias enunciadas, especialmente la de segunda clase que es la más general, claro está, que se hallan en el primer escalon para contraerla, así como los de la segunda, que comúnmente se halla ligada á la irritación de algún otro órgano, se encuentran más distantes de padecerla no solo por ella, sino también por la fiebre que casi le es inherente, según lo comprueban las irritaciones del pulmón que con frecuencia se hallan ligadas á las del tubo digestivo, de que ya hice mención en otra parte. Yo no tengo necesidad mediante esta división, de recurrir como lo hace Mr. Broussais á la explicación de una gastro-enteritis sui generis en esta enfermedad parecida á la que se efectúa á acontece en la viruela con el recurso pretendemos muchas veces cubrir nuestra ignorancia; ellas son bien distintas y se hallan en una oposición directa; la primera que es el cólera-morbo, tiene su asiento predilecto, privilegiado y excluyente en el sistema exclamante del aparato gastro-intestinal según vamos probando; y la segunda ó llamase la viruela como también las que son inherentes á todas las irritaciones entúnicas, ó igualmente á las que residen en órganos, entrañas ó vísceras en quienes ha obrado un estímulo que no ha rellejado su irritación sobre el centro de animación que preside la vida orgánica, es peculiar y propia del sistema absorvente, según vemos en su distinto modo de aparecer en la organización con señales que no dejan la menor duda de la realidad de su asiento, manifestándose la una con una diarrea escesiva que prueba el gran aflorjo vital hacia el centro, y las otras con un estreñimiento y constipacion tanz que da á entender que la vitalidad se escapa hacia el órgano
que predomina en acción por estimulaciones que obran sobre él de un modo enérgico.

Mas valía que dicho autor al tratar como lo hace sabiamente, de las infecciones agudas y crónicas de dicho aparato, en vez de haberle dado una importancia tan extraordinaria que se aproxima a la impropiedad, hubiera hecho un poco más aprecio de esta división fecundo raudal de explicaciones, que sin duda no se hallaba en el lugar de donde tomó los principios médicos que le sirvieron de elementos para establecer los sábios dogmas que él mismo y el desgraciado Bichat, con general aplauso y aceptación agregaron a las páginas de la historia médica; pero que no niegue con su silencio la gloria del honor al genio de la nación que se los proporcionó.

En este mismo aparato exalante, cuyo predominio es notorio en la enfermedad que analizamos, aunque no pasa de ser una mera hipótesis, por no darsenos a conocer de una manera bien sensible, existen partes destinadas á transportar fluidos blancos, y sangre roja que predominando también unas ó otras nos sirve además para comprobar el aflujo por excelencia de los líquidos que en ella vemos, con exclusión de la sangre misma.

Estas explicaciones que aquí hago con una rapidez poco satisfactoria, creo me autorizarán ahora para decir algo también de lo pernicioso y perjudicial que es un método de curación incendiario y estimulante, sin saber como se stimula, ni porque, ni cuales son las partes estimuladas en la presente enfermedad. Luego que se propician medicamentos tópicos ó irritantes á un enfermo, la primera parte que ellos van á herir con su acción es el estómago e intestinos, y obran indistintamente sobre la generalidad de este aparato, y ya bien sea por el modo especial y particular de obrar de dichos medicamentos, ó porque la vitalidad en el sistema absorbente residía en él todavía de un modo algo conforme á su estimulación, la recoge en sí toda, trasladándola sobre un órgano que en virtud de ella desplaga su vigor, se hace el asiento de la vida por excelencia, la irradia sobre el corazón y se desenvuelve una reacción general violenta ó arreglada á las leyes de la organicidad, que decide el destino del paciente, poniéndolo bajo el imperio de una enfermedad que lo conduce á la muerte ó á abrigarla en sí por cierto tiempo, ó á la salud después de calmada por unos medios conducentes, y ésta diversidad nace de la acción más ó menos fuerte del estimulante que se emplea, del modo más ó menos violento con que el órgano es herido, y de su im-
portancia en la economía. Esta misma importancia de los órganos que puede medirse por la escala de esencialidad a la vida de su función peculiar, hemos dicho antes, los hacían disfrutar del triste privilegio de abrogarse en sí las estimulaciones, y encontramos en primera línea al cerebro y al estómago que inflamándose de un modo perceptible y manifiesto, nos dan una razón convincente de la frecuencia de entablarse sobre ellos la reacción general, es decir, de la gastro-entero-cefalitis que siempre es consiguiente al modo brusco y violento, con que se ha ideado despertar la organización; pero sucede que la acción de los estimulantes, por no reunirse las circunstancias anteriormente dichas, van a parar sobre el sistema exalante que la traslada al centro de la vida orgánica y con esto se favorece y fomenta aquel esceso de vitalidad concentrado, y de consiguiente la mayor languidez de todo el organismo, y por último resultado la muerte sin reacción general.

Entre la numerosa clase de medicamentos, con virtudes escitantes, he observado también que los espirituosos, tópicos y corroborantes tienen más facilidad para despertar esa reacción violenta de que hemos hablado que no aquellos cuyo modo de obrar es promoviendo evacuaciones, a cuya clase pertenecen los eméticos y purgantes, y es la razón por la que he visto, caminar espantosamente a la muerte a la personas a quienes se les disponía su administración; ó ellas de por sí tomaban la medicina eutérmica de M. le Roy; pero estos mismos, ya por reunirse las condiciones asignadas en su modo de obrar, ó porque al mismo tiempo se estimula la piel violentamente por medios poderosos, algunas veces proporcionan la reacción general del modo que queda dicho. Otras ocasiones acuden al socorro de estos órganos recargados con el esceso de vitalidad, otros, especialmente los que le siguen en su escala de importancia, y los descargan de ella apropiándose así, y sucede por ejemplo un sudor copiosísimo que juzga por completo la enfermedad habiendo cargado el sistema cutáneo con todo el peso de ella.

Estas dos diferentes gastro-entéritis que he asignado, tan esencialmente distintas, como que las separan fenómenos vitales enteramente opuestos, me autorizan igualmente para hacer ver del modo como obran los revulsivos que se intentan dirigir sobre el mismo aparato gastro-intestinal con motivo de las irritaciones de los demás órganos, y aun de la que en él mismo reside, refiriendo su acción a uno ó otro de los sistemas en que las hizo consistir, y al mismo tiempo aunque se me acuse de
átentado contra la justa celebridad de un sabio para demostrar al maestro de la escuela fisiológica que perdió éste tan esencial punto de vista en la explicación de las revulsiones, cuando administraba con sucesos bastante notables el társofar estiviado en los enfermos pneumónicos del Hotel-Dieu, antes de la aparición en sus salas del cólera-morbo, sobre cuyo asunto sería un poco más difuso, si no fuera ageno de este lugar, y no estuviese tan de prisa, reservándolo para otra vez en que como abogado de la humanidad y ministro de la naturaleza, me presente en el foro de la razón; y últimamente me ayudan de un modo bastante convincente para entrar a la explicación de todas las predisposiciones á la enfermedad, y de la manera como no ha tenido lugar su invasión en muchas personas, y tratando ya de concluir la narración del especial modo de presentarse nosotros los órganos gastro-intestinales en el cólera-morbo que investigamos, recordemos sin olvidar para más adelante, que tanto en ellos como en los sistemas que en sí contiene todos sus actos y movimientos, según el análisis que llevo hecho, se hallan relacionados y dirigidos por el gran aparato de nervios gangliónicos en cuyo desarreglo hago consistir la causa principal de los fenómenos morbosos que observamos en dicha enfermedad.

El hígado y pancreas, cuyas funciones esenciales son las de preparar humores y líquidos que contribuyen á la digestión, los observamos que las desempeñan en virtud del influjo y animación que les imprimen al intento los nervios de la vida vegetativa que se distribuyen en el interior de sus parenquimas, asociados á los nervios encefálicos del mismo modo y orden que habemos visto en los demás órganos; pero en éstos encontramos la particularidad, que mediante á ser escasos los nervios que á ellos van, y de consiguiente poca la influencia vital que les son concedidas, tal vez porque no necesitan mas para el ejercicio de su función peculiar, de no manifestarse su modo de padecer tan sensiblemente como los que llevamos analizados, mas no obstante se notan como paralizados; por negarsele este poco de influjo vital y contribuyendo con su vida particular á la realización y fomento de la reacción parcial suscitada, según se observa en las primeras evacuaciones y vómitos que comúnmente vienen acompañadas de humores propios de estos órganos, que dejan de afluir posteriormente, porque siendo ellos menos vitales en la escala de animación que los demás, no pueden continuar nivelándose en el modo con que cada uno de estos contribuye á la dicha reacción parcial, y permanecen como
en reposo, hasta tanto que se les concede de nuevo por el mismo agente, la influencia necesaria para continuar en el desenvolvimiento de su función, y ésta es la causa, según creo, de ser un buen presagio de reacción general, la presencia de la bilis en las evacuaciones. El verificar ellos su función siendo presidida por el agente que vamos esponiendo es bien palpable por la ausencia del dominio encefálico, y no merece que entremos á su comprobación.

Los riñones con la vejiga urinaria son otros de los órganos que hemos de analizar; colocados por la naturaleza en un paraje al proposito para el ejercicio de su función, los vemos mediante ella misma eliminar y espulsar la serosidad superficial, siendo el producto de su secreción un líquido que llamamos orina que contiene muchos principios que son agentes de algunos de ellos del líquido que separa con abundancia el sistema cutáneo; la acción secretoria de los riñones no está como lo piel, en razón directa de la cantidad de sangre que va á ellos, porque comparado un órgano con otro sus superficies secretorias ó extension son muy desiguales, pero no obstante reciben por la arteria renal ó emulcente, vaso bastante grueso y que se separa en ángulo recto de la aorta ventral, la muy suficiente para la eliminación del líquido que ha de separar, guardando una simpatía de antagónismo, que no trae origen de otra causa que de la acción aumentada del sistema absorbente del aparato gastro-intestinal, cuando la piel se enfría ó está su acción debilitada que transportando sobre ellos la irritación que producen los líquidos así que se ponen en contacto con él, la condense y deposita en dichos órganos para que sean eliminados en mas cantidad, y esto podrá bastar á la explicación del grado de importancia simpática que tienen para con el sistema absorbente, el órgano cutáneo, y secretorios de la orina; pero de todos modos ellos separan una buena porción de líquidos cargados de principios impuros e impropios á la conservación de la economía, que recorriendo los uréteres es trasladada al interior de la vejiga, donde permanece algún tiempo antes de ser espedita. Vimos por la distribución del gran nervio simpático que se ingería también en ellos, haciéndolo en el órgano renal acompañado de algunos filamentos del octavo par, y en la vejiga igualmente asociado á los pares sacros que cómo se sabe provienen del cerebro, y sirven para sugetar sus actos al dominio encefálico hasta ciertos límites, del mismo modo que los que se distribuyen en el intestino recto; estos nervios avisan al cerebro la necesidad en que se hallan estas partes de espec-
ler los cuerpos que conteniéndose en su cavidad las irritan de un modo manifiesto como se colige de este mismo aviso, y este determina una cantidad de principio motor sobre varios músculos que contribuyen á su exoneración, al menos que no halle un predominio vital de parte de los nervios ganglionícos como sucede en algunos casos, y esta escisión se verifica entonces sin el concurso de la voluntad. Investiguemos también lo que pasa en estos órganos en el sujeto atacado del cólera-morbo; sus funciones se encuentran enteramente interrumpidas, en primer lugar porque se les niega la influencia del agente que la preside; en segundo lugar porque su inacción es una consecuencia forzosa de la languidez del sistema absorbente del aparato gastro-intestinal, y últimamente porque la sangre que debe alimentar á ellos, mediante la paralización general del círculo, no acude y es imposible bajo estos tres aspectos el ejercicio de su función, antes bien los líquidos en ellos existentes refluyen hacia el centro común donde los llama la vitalidad, y los órganos renales se ven marchitos; entregados á la inacción y la vérgula urinaria no teniendo líquido que la distienda arrugada y contraída; vuelven todas las cosas á su antiguo ser, y empieza de nuevo la secreción de la orina, por cuya razón es muy buena señal en esta enfermedad, la vuelta de las orinas.

Los órganos de la generación de ambos sexos son los últimos que nos resta averiguar su estado para completar el rápido análisis de las funciones que he tratado de hacer. Es sabido que el alma por medio de los sentidos se afecta de un modo sensible á la vista de los objetos que escitan sus pasiones, y que es afectada igualmente por las necesidades instintivas que le trasmiten estos mismos órganos en quienes residen los instrumentos propios á producirlas; el cerebro escitado de este modo refleja inmediatamente sobre el centro de la vida orgánica estas sensaciones que lo estimularon, y éste pone en ejercicio de una manera bien patente la función de dichos órganos, mediante la cual ambos sexos llegan á la satisfacción de la necesidad que los abrumaba, siempre regidos todos sus actos con particularidad por el aparato ganglioníco según lo prueba el modo de verificarse ellos, y su distribución. Caen en el cólera-morbo en un estado de languidez igual al de todos los órganos de la economía, en la mujer parece comúnmente el producto de la concepción que debe mirarse como un aparato éstéma que vive á espensas de los demás y comúnmente sucede el aborto, si la matriz pudiendo rebacerbse por el grado de vitalidad de que se halla animada cuando está cargada de este modo, se convier-
te en el asiento de la reacción general del organismo, y lo mismo en el caso de encontrarse sobrecargada con el exceso de la sangre que constituye el flujo menstrual. En el hombre nos dan muestras sus órganos sexuales de haber vuelto a su vigor antiguo por las poluciones nocturnas que con frecuencia se observan en todos los que han vuelto al ejercicio de sus funciones mediante una reacción general moderada que no tenga su asiento en órganos afectados con demasiada violencia.

Se infiere de todo lo dicho que el gran sistema de nervios gangionarios, centro de la vida orgánica que anima, vivifica y preside a todas las funciones de los órganos principales de la economía es el asiento primordial de la enfermedad, donde la causa morbífica imprimió sus primeras tentativas, o más bien dicho, ellos se convierten en ella verdaderamente por haberseles sustraído, tal vez, el influjo del fluido eléctrico o magnético indispensable a su existencia particular y desempeño de la grande e importante función que ellos ejecutan en la organización. Pudiera entrar ahora en la explicación detallada de cada síntoma de la enfermedad, refiriéndolos a su verdadera causa, pero además de echarse de ver por la simple consideración de todo lo expuesto, el limitado y escaso tiempo en que me he propuesto hacer este trabajo, no me permiten aclaraciones tan difusas.

Sucedienndo todo del modo que llevo expuesto parece imposible que acompañe al cólera-morbo la reacción vital o movimiento febril que se considera como inseparable por los individuos de la sabia academia de París en todas las enfermedades flogísticas, en el entretanto no llega a destruirse este tan deseable equilibrio de la vitalidad, causa de tantos trastornos y desórdenes; la reacción, ó concentración solamente se está verificando en el centro de la vida orgánica que se nos demuestra de un modo bien sensible en la consideración de todos los fenómenos expuestos, que luego cesará concluye cuando la organización en general deja de suministrarla por cuanto en sí se agotó, los elementos de la vida: que también llega a consumirse últimamente en este centro de fuerzas orgánicas verificándose la muerte, la salud ó tránsito a otro mal; del modo como dejó sentado, y mediante todas estas reflexiones sino ciertas al menos que lo parecen se podrá concluir diciendo con muchos que en el cólera-morbo se reunieron todas las señales para negar rotundamente la existencia de la fleghmasia? Yo creo que mas bien se reunieron para ocultarla á los ojos de los que no profundizan con detenimiento y atenta observación los fenóme-
nos que el mal presenta, que no para que dejasen de probar hasta la evidencia el estado flogístico interior.

Última razón con que se pretende esforzar el argumento para probar la ausencia de la flogosis ó irritación interna, es que no se encuentra ni se vé á consecuencias del cólera-morbo ninguna de aquellas terminaciones frecuentes, degeneraciones comunes, y transformaciones que ordinariamente son el resultado de las flegmasias; efectivamente es así porque hasta ahora no han tenido lugar los observadores de encontrar unos vestigios morbosos como los que nos enseña la enfermedad en cuestión, que demuestren palpablemente la preexistencia de un punto flogístico interior en que la vida predominó, sosteniéndose á espensas de todos los órganos del individuo. La anatomía patológica hasta ahora no nos había manifestado otras degeneraciones y transformaciones que las que son consiguientes á flegmasias é irritaciones, que no venían acompañadas de la paralización del círculo de la sangre, y este líquido acumulado en los tegidos patentiza en ellas perfectamente su carácter; pero de la clase que ahora nos ocupa perdería su esencialidad si así sucediese, pues en los casos en que los anatómicos han encontrado transformaciones ó degeneraciones siempre han sido por hallarse ligados á la flegmasia roja ó sanguínea anterior del tubo digestivo según creo y he observado.

La opinión que acabo de esponer sin ser emitida de un modo conveniente se ha despreciado por no hallarse en los grandes nervios simpáticos ningún indicio vehemente de su inflamación y venimos á parar con esto á lo que ya he dicho antes, á saber: cuáles son los indicios de que una parte se inflamó ó residió en ella un escaso de vitalidad? Me parece que no pueden ser ni la acumulación de la sangre ni la presencia del calor de un modo evidente, y si solo el aumento de su vigor y de su energía y cuando se hallan ausentes en el cadáver esos accidentes de la flegmasia, que vestigios encontraremos? Vuelvo á repetir que las modificaciones del principio vital aun no son bien conocidas para que la ciencia pueda fallar definitivamente sobre el modo de inflamarse los tegidos, y se necesita estudiar y observar el cuerpo del hombre con un poco de más deteniendo y reflexion que se ha hecho hasta ahora. La falta de estas circunstancias, es decir de vestigios sensibles á nuestros sentidos en el sistema nervioso á que he asignado el asiento del mal, de ningún modo puede destruir la fuerza de los hechos que la observación y el raciocinio dan á conocer, y podría preguntar ahora: ¿En el catálogo de enfermedades nerviosas, que
por desgracia son en gran número y se, denominan de esta suerte por haber convenido unánimemente en que su asiento verdadero es el sistema nervioso, debiendo referirse las mas de ellas al centro de la organización, la anatomía patológica ha descubierto algo que nos conduzca a su exacto conocimiento? Al leerse las descripciones de estas enfermedades hechas por autores de primera clase, cuando llegamos á los caracteres necroscópicos que dejan después de la muerte, en vez de encontrar una relación circunstanciada de los desórdenes que le son anexos, de las transformaciones y degeneraciones de las partes á las que el paciente refería sus padecimientos, en una palabra, todo lo que acostumbramos ver en otra clase de lesiones que satisface bastante bien nuestra ansiosa curiosidad, nos hallamos con las desagradables palabras. "La anatomía patológica no nos ha enseñado nada hasta el día de hoy acerca del modo de alteración con que pueden estar afectados los órganos en esta clase de enfermedad", y sin embargo nadie se ha atrevido aun á hacerle mudar de lugar á la mayor parte de ellas; solamente Mr. Broussais abrumado con la suma importancia de los órganos gástricos ha referido algunas á la lesión de este aparato, sin haberla hecho provenir de su verdadero origen, que no es otro que el centro nervioso orgánico. Es preciso, según he dicho, que la ciencia supiese algo más para poder juzgar de un modo tan terminante como los que pretenden negar la irritación de dicho sistema; pero guiándonos por un buen raciocinio apoyado en justas y rectas observaciones, se sacan consecuencias que la favorecen de un modo manifesto. No se les ha ocultado á algunos médicos españoles cuando habiéndola visto, la caracterizaron de tétanos interno, de cólico nervioso, espasmo intestinal, que todo analizado profusamente viene á ser lo mismo que irritación, inflamación del centro nervioso gangliarionario, al cual no se atrevieron á referirla por causas que ignoró, pero que dan un testamento inefrangible al orbe entero, de haberse aproximado con sus opiniones al verdadero y exclusivo asiento de la enfermedad que pasó á ser el objeto de todos los sibios de la culta Europa, y mediante las reflexiones que he espuesto del modo que me ha sido posible, no dejo de creer que á esta alteración tan notoria son consiguientes los grandes trastornos á que vemos reducida en pocas horas la constitución del hombre mas robusto.

La opinión del maestro de la escuela fisiológica, propagada con un entusiismo entre los amantes de la ciencia, propio del alto concepto que tan justamente disfruta, tampoco puede
admitirse, cuando en ella dice que el cólera-morbo es una inflamación intensa, muy roja como la inflamación ordinaria que ataca toda la extensión de la superficie interna del canal digestivo desde la garganta hasta el ano.

No me opondré de modo alguno a las consideraciones que tan recomendable autor hace para demostrar la existencia de la gastro-entéritis, antes por el contrario reconozco la verdad que asiste a sus razones, ni tampoco a creer que el aparato gastro-intestinal, por su posición, ejercicio y estrechas simpatías con todas las partes del cuerpo humano, es el más susceptible, a padecer como sábiamente lo ha demostrado, y diariamente la práctica e inspecciones cadavéricas nos lo enseñan; y mucho menos que en los sujetos invadidos del cólera-morbo es uno de los primeros órganos generalmente que da a entender sus padecimientos, cuyo hecho nos conduce á la mayor creencia de lo que acabamos de decir, á saber, que es el órgano privilegiado por escenicidad entre todos para sufrir; pero no dejaré de hacerle ver que la importancia que ha querido darle á este aparato de un modo imperfecto, lo oscureció el verdadero asiento del mal, y le hizo perder de vista el inequívoco carácter de la clase de gastro-entéritis que tan á las claves se demuestra en el cólera-morbo de que tratamos. Esta misma importancia atribuida con una impropiedad palpable al órgano de quien se vale el centro de la vida orgánica para patentizarnos de una manera sensible sus distintos fenómenos vitales, se halla en el caso, dicho autor, de trasladarla entera y verdadera, sobre este mismo centro, sopena de tener que separarlo por completo de su inmediata influencia, y aislarlo en un todo de su dominio y poder, porque en virtud de quien, y como desenvuelve el tubo digestivo todos esos movimientos é influencias sobre las demás partes? acaso disfruta él solamente de un centro de animación peculiar y exclusivo? en que sitio de él se encuentra? La anatomía pero ni la fisiología del hombre me lo ha enseñado, y á persona alguna le he oído ocurrencia semejante; de consiguiente es preciso convenir que no ejerciéndose ó verificándose sus actos por la intervención del dominio encefálico como es bien notorio, forzosamente deben partir del centro nervioso ganglionario, luego tenemos ya de este modo que el asiento principal de los juegos, simpáticos y fenómenos vitales, que vemos manifiestamente, en el tal tubo digestivo se encuentra en este gran sistema de nervios que regla y preside toda la vida orgánica y vegetativa; luego también á él debe referirse exclusivamente esa importan-
cia que hasta ahora se le ha dado al aparato gastro-intestinal, y, generalmente de la lesión de este centro, deben dismanar muchas de las suyas, y se halla también en el caso de referir al mismo, una caterva de enfermedades que en las aulas, mediante sus dogmas se refieren aun a la simple gastro-enteritis.

Ni la anatomía patológica, pero ni los fenómenos que acompañan al cólera-morbo, favorecen el carácter que ha atribuido decididamente a la gastro-enteritis que en dicha enfermedad pretende hacer ver.

Dice que es una "inflamación intensísima", lo cual está muy bien dicho porque es demasiado violenta para que pueda negarse este modo de padecer al tubo digestivo, pues la vida de toda la organización se precipita de tropez con esta parte, lo cual se nos da a conocer de un modo que no deja la menor duda. Dice en seguida, "muy roja", como si se necesitase del aflujo considerable de la sangre para constituir el carácter de la gastro-enteritis peculiar es inherente al cólera-morbo; mas está acostumbrado, indudablemente a ver con mucha frecuencia el color de escarlata en las membranas de dicho aparato, de los cadáveres fallecidos á impulsos de gastro-enteritis ordinarias, y no pudo preseñar de acomodar esta señal á la del cólera-morbo. Es imposible á mi modo de ver que pueda verificarse el aflujo de sangre que concurra á la formación de esa rubricundez del tubo digestivo propalada en esta enfermedad, á menos que no exista su flegmasia con anterioridad, ó que se prolongue la enfermedad como dice el mismo autor por algún tiempo, porque la paralización general del círculo de la sangre lo repugna considerablemente, y la anatomía patológica lo ha dado á conocer. Recurre para explicar el hecho de la falta de rubricundez que la autopsia demuestra al lavamiento ó lavadura que la abundancia misma de las secreciones hacen sobre la mucosa, porque no puede evadirse de él, de otra forma; pero yo no tengo que recurrir á subterfugios tan manifestos, y me atengo solamente á lo que la observación clara y terminantemente me demuestra.

Existe la rubefacción según he dicho en otra parte cuando el sujeto ha padecido con anticipación inflamaciones del aparato gastro-intestinal que hicieron afluir la sangre que la constituía, y existe también cuando se prolonga la enfermedad por mucho tiempo, porque creo que no habiendo otros líquidos que afluyan, acude la sangre misma llegando al estrecho de estravasarse y presentarse las evacuaciones y vómitos con estrías sanguíneas que es muy frecuente, en dicho caso. Esta adverten-
cia le podrá servir para que no se alucine tan desmedidamente, con el color de escarlata y rojo en que hace estrivar el fundamento principal de la inflamación.

Dice también: "es general y ningún punto del canal digestivo se halla libre de ella", esforzándose en seguida "insisto sobre este hecho.", De los dos sistemas absorvente y exalante que tan patentemente se demuestran y contiene todo el aparato gastro-intestinal, como que son los instrumentos necesarios, precisos e inherentes a su función peculiar ¿que sucede en el absorvente cuando el sujeto es atacado del cólera-morbo? Si la inflamación es extensiva á la generalidad del tubo con el mismo vigor y energía que el exalante deposita los líquidos, el los absorvería puesto que debería gozar de una acción tan extraordinaria como la de aquel, viendo á resultar que el individuo no se separaría mucho del estado normal: luego es preciso y forzoso convenir que éste ha caído en una inacción y languidez parecida á la de los demás órganos y que el exalante se halla con toda la fuerza de vida, vigor y predominio que caracteriza la gastro-enteritis que es peculiar del cólera-morbo y una de las dos que he asignado á los principios de mi opinión.

El mismo autor si hubiese hecho un poco mas aprecio del centro de organización o de la vida orgánica, no ignoraría, como lo confiesa candorosamente, que todas las inamaciones, dolores e irritaciones residentes en órganos que reflejan sobre dicho centro, las estimulaciones que los afectan de un modo energico, alteran su particular modo de ser y se interrumpe su influencia en toda la organización, por lo que se nos presenta el corazón con su acción debilitada, cuya analogía con el cólera intenta probar, y que ésta misma debilitación de éste agente y móvil de la circulación como la del organismo, es la divisa esencial que sella el carácter distintivo de las irritaciones del centro ganglionico; su maestría y observación no pudieron menos de distinguir la semejanza y puntos de contacto que separan los distintos grados de una misma enfermedad; pero olvidado de lo mas esencial, se le representaron diversas, y solamente parecidas, encontrándose perplejo sin saber á que atribuir fenómeno igual. Pudiera marcarle una por una, un sin número de enfermedades que en su doctrina dejó de referir á su verdadero asiento y origen, pero es ageno de éste lugar y solo me contento con decirle que es preciso proceda á dar algunas reformas á una buena parte de su medicina, refiriendo muchos efectos que tan perfectamente ha descrito, á su sitio primordial, porque es una lástima que su distinguido
talento obscurecza con el alucinamiento, el cúmulo de verdades que con tanta oportunidad emitió, en obsequio grande y beneficio conocido de la doliente humanidad.

La sangre de los enfermos coléricos se presenta con alteraciones, mediante las cuales, se atrevieron muchos a considerarlas como el agente primitivo de la afección. La observamos con una proporción de carbono libre doble del estado normal, que el agua, la albúmina, y aun la fibrina casi no se encuentran; éste líquido toma la consistencia de la hebra y comparando la venosa y arterial no ofrecen diferencia alguna. Estos desórdenes indujeron á algunos á dirigir sus investigaciones sobre este licor vital, entre ellos Mr. Hemams, el que hacía consistir la enfermedad en el estravío de un ácido particular que circulaba con ella en el estado normal, y cuya presencia en la de los coléricos jamás pudo justificar. Los Señores Wisttstok y Thomson sabios químicos, han hecho varios análisis de la sangre de los coléricos, y ninguno de ellos ha podido reconocer en ella, el carácter ácido asignado por Hemams. El Sr. Cazmark, después de haberse ocupado por largo tiempo en hacer observaciones microscópicas de la sangre, y de todas las mudanzas que sufre este líquido en las distintas enfermedades, ha observado la de los coléricos y concluye diciendo que la gran espacian que sus globulos afectan en el cólera los hacen distinguir, de la que ofrecen las calenturas maliugias; y últimamente los trabajos químicos del Sr. Magendie, Roy Clary y Rayer, nos demuestran hasta la evidencia las grandes alteraciones con que este líquido se presenta en los coléricos.

Estas alteraciones según la mayor parte de los observadores convienen, dimanan del gran trastorno que sufre la circulación en esta clase de enfermedad, por cuya causa, no se verifica la hematosís o sanguiñación, y suspendida esta gran función, mediante la cual se imprimen en este líquido, por su combinación con los principios constitutivos del aire atmosférico las cualidades indispensables para que pueda servir al sustentamiento de todos los órganos; sus elementos constitutivos pierden sus proporciones, se dislocan entre sí, y afecta todos los caracteres de descomposición con que la observamos de suerte que todo esto debe mirarse como el efecto inmediato del desorden que reina en la economía, y no como su verdadera causa. Yo estoy muy convencido que este líquido contenido en el sistema de vasos, por los que circula, y remontando su influencia hasta las últimas fibras de los tegidos en un estado
de alteración tal como en el que lo vemos, de origen á grandes trastornos como observamos, y á aumentar los que ya existen, pero estos siempre los consideraré ligados á su verdadera causa; es decir dependientes de un efecto del mal, así como á éste lo hago derivar de otra hasta llegar á la primaria, porque es preciso conceder en esta enfermedad tan complicada una cadena de efectos morbosos, que se suceden los unos á los otros ligados entre sí; y que siguiendo el hilo de sus relaciones, venimos á parar en reconocer uno como primordial, de donde todos los demás tomaron origen.

El Dr. Albert, comisionado por el Rey de Prusia para estudiar el cólera, pretende probar consistir la enfermedad en una afeción paralítica del corazón, apoyando su opinión en las grandes angustias y opresiones que el enfermo experimenta, atribuyendo la difícil circulación que se observa en la periferia, al defecto de impulsión de este órgano colocado en el centro, por su poca actividad y energía. Efectivamente se nota de este modo el estado de la función de éste órgano; mas como sabiamente dicen los informantes de la Real Academia de París, es una idea demasiado esclusiva en la que su autor solamente ha comprendido, una de las fracciones de la enfermedad, además de no poderse hallar en ella la razón de los principales síntomas del cólera, y yo digo que del mismo modo que considera la paralisis en el corazón por su poca energía, la encontramos en otros órganos, si es que nos sirve de norte para caracterizar la poca vitalidad que los anima.

Nada diré de la opinión de un médico inglés que se presentó en la ciudad de Matanzas, haciendo consistir la enfermedad en la presencia de un veneno ó cuerpo estranho disuelto en los líquidos que se contienen en el estómago, y cuya entraña pretendía lavar haciendo tragar al paciente una gran cantidad de agua; estrayéndola después por medio de un embolo. Los ningunos fundamentos en que apoyaba su opinión y resultados de su práctica son las verdaderas armas que destino á combatirla.

Estas son todas las opiniones que han llegado á mi noticia hasta ahora que escribo esto á la distancia del seno de la ciencia en que fui educado; las pruebas más ó menos convincentes que en ellas se encuentren comparadas con las que aquí ingenuamente espongo serán las que decidirán la realidad del hecho: yo creo que no cabe la menor duda en el desarreglo ó irritación primaria del centro gangliónico, especialmente cuando todos los efectos que hieren su particular modo de
ser, nos demuestran en un grado menor la misma enfermedad que nos ocupa, y estoy harto de oir decir en las aulas donde recogí mis cortos principios médicos, que en todas las enfermedades en que se afecta de un modo sensible este gran nervio, como en la presión de un teste, vólvulo, hernia estrangulada y otras afeciones que por sus energías estimulaciones sobre él, nos dan una idea bien clara, de la manera que padece, la cara se descompone, el pulso se hace pequeño y se quebrantan las fuerzas del hombre más robusto; pero no obstante, los grandes talentos médicos que venturosamente encierra el suelo español, purgarán esta mi opinión de las preocupaciones è ideas fantásticas que puedan acompañarla, y animados de una arrogancia nacional, hija del amor patrio, no cometerán la falta de algunos, que no cito por no causarles confusión, de decir: esperemos que los franceses nos den algunas noticias sobre la actual enfermedad; como si ellos solos fueran los únicos que estuviesen en posesión de los medios para llegar al descubrimiento de la verdad; pero esto nace sin duda de la inercia y apatía á que estos mismos se entregaron, con desdoro de su nación, guiándose solamente por lo que la inmediata les suministraba para dirigir sus conocimientos, y como recompensa de un descuido tan enorme, no quiero imponerles otro castigo que patentizarlo á la faz del orbe entero, y aconsejarles un proceder que con noble entusiasmo los conduzca á aumentar en alto grado las glorias de la nación á que tuvieron la dicha de pertenecer; y si en el contenido de todo este pequeño trabajo que hoy consagro al bien general, se contrase algo bueno y oportuno que se aproxime al fin que ansiosamente los sabios del mundo científico anhelan, no exijo otra remuneración, que los recursos de poder prestar servicios aun mas interesantes á la compasiva humanidad.
CAPITULO X.

OBSERVACIONES.

Entró á trazar el cuadro de algunas observaciones de la enfermedad en personas bien conocidas de la ciudad de Matanzas que sirven de complemento á todo lo que he dicho anteriormente, apoyando la verdad de mis razones; ellas mismas y una gran parte de su vecindario son testigos fidedignos de los resultados de mi práctica, los cuales no presente por hacer una vana ostentación de ellos, sino para que puedan servir en algún modo á rectificar las ideas de la enfermedad que asola el mundo y á completar en su día la exacta historia de ésta misma plaga.

OBSERVACION PRIMERA.

Don Tomas Pintado, profesor médico-cirujano de mi propia escuela, cuyos conocimientos en su facultad le han grandecido la opinión y nota que se merece del público de la ciu-
dad de Matanzas, natural de Cádiz, de una edad como de treinta y ocho años, temperamento sanguíneo, saludable, enjuto de carnes, con poca gordura y dotado de alguna movilidad nerviosa, el veinte y ocho de Marzo * estando con los demás reunido en la morada del Sr. Gobernador, con el fin de hacer la declaratoria de la existencia de la epidemia, me dijo sentía su vientre movido, á lo cual le contesté no mirase semejante novedad con desprecio y como insignificante, puesto que se había sentido de aquella suerte desde la misma mañana bien temprano, y que tratase en el momento de recogerse, á lo que accedió, habiéndome instado pasase á su casa para visitarlo. Efectivamente mas tarde fuí á verlo, y habiéndolo encontrado sin ninguna sed; lengua natural, inapetencia, pulso desarrollado, semblante inalterado y que había hecho tres evacuaciones escrementicias líquidas amarillentas, con algunos copos alumbinosos, le ordené la aplicación de veinte y cuatro sanguíneas á la margen del ano, cataplasma emoliente sobre el vientre, que guardase dieta, prescribiéndole interiormente solo un poco de agua gomosa con azúcar, caliente, y que aumentando un poco las cubiertas de su cama se mantuviese abrigado y en traspiración; le aconsejé igualmente la mayor tranquilidad de espíritu presentándole sus achaques como de poco momento, y por fortuna á pesar de ser médico el paciente, se hallaba bien despreocupado de sus dolencias. Siguió así todo éste día en que continuaron las evacuaciones, pero menos abundantes y frecuentes; y á la noche le prescribí cuatro sinapismos sobre los estrechos: ésta la pasó regularmente, y en la mañana del veinte y nueve se hallaba tan aliviado; mas su pulso en un estado de apatía que dejaba entre cada pulsación un intervalo de tiempo bastante notable; pero desarrollado y grande, seguía la inapetencia, la lengua buena, el semblante solo algo triste, ruido grande de tripas ó borborigmos, á que se seguía alguna que otra vez una pequeña evacuación del mismo carácter que el día anterior, cutis seco y orina escasa; prescribí solamente la cataplasma-emoliente sobre el vientre, los mismos sinapismos é interiormente un agua clara de avroz. Continuó así este día, la noche fué algo incomoda por lo laborioso del sueño, y en el siguiente treinta se hallaba casi del mis-

Puede haber alguna equivocación en las fechas, á causa de mis ocupaciones en el gran laberinto que me abrumaba en la fuerza de la epidemia.
mo modo con la diferencia de haber desaparecido las evacuaciones, permaneciendo los hororímos, lo hice seguir sujeto al mismo régimen, y en el treinta y uno la orina corría un poco mas, persistiendo los demas síntomas. Del primero al tres de Abril, se halló en disposición de tomar algun caldo ligero y de levantarse; pero siempre encontraba yo su pulso de la misma condicin, la tristeza en el semblante, el cutis seco y un no sé que, que me tenia siempre en espectacion y desconfianza, lo cual atribuía á mi modo de ver, pues que él me decia, nada sentia que le incomodase, apesar de todo, lo tenia sujeto al solo uso de caldos ligeros. El dia cuatro de dicho mes vuelven de nuevo á aparecer las evacuaciones que no teniendo el caracter colérico, no dejaron de ponerme en alarma; estas eran amarillentas y biliosas, cortas y poco frecuentes y me fue facil disuadir al paciente de que no le llamassen la atencion, haciéndole presente que las debia considerar como criticas del anterior estado, en razón de no haber sudado copiosamente, ni haber tenido una terminacion de su mal, completa y satisfactoria; me limité á prescribirle dieta, cataplasma emoliente sobre el vientre, y reposo, y siguió asi con evacuaciones el cinco. El seis, estas no le impidieron levantarse y hallándose sentado en el sofá de la sala de su casa al anochecer de dicho dia, oye repentinamente unos alaridos y descompasados ayes * que anunciaban á todo el vecindario la muerte de uno de los vecinos, á quien conocia mucho, que habitalia al frente de su casa, y en seguida le sobreviene un sincope que lo privó por algun tiempo del conocimiento, siguiéndose á él una evacuacion tan enorme que le dejó el cuerpo como de plomo. Ocurrió á visitarlo á las siete de la noche de este dia y me lo encontre con el semblante alterado, vez no natural, lengua baja de temperatura, alguna sed, hororímos grandes y frecuentes á que se seguan evacuaciones copiosas de caracter colérico, supresion de orina, pulso decaido y tardado, postracion de fuerzas, deficiencia de calor en los extremos, pero sin sentimiento aun de sofocacion calorosa; en el momento le ordené la aplicacion de treinta sanguijuelas al ano, cataplasma emoliente al vientre, cuatro sinapismos volantes fuer-

* Esta es costumbre del pais en el momento del fallecimiento de cualquier persona de una casa; toda la familia del difunto prorrumpue en lamentos desconcertados, que se oyen á una gran distancia.
tes á los extremos, se colocasen algunas botellas de agua caliente entre las cubiertas de la cama, y interiormente la naranjada fria; la noche fue incomoda sin dormir lo mas leve y haciendo evacuaciones de la misma condicion, aunque no tan abundantes, y en el siguiente día siete por la manana se declaran nauseas á que bien pronto siguen vomitos, primero algo biliosos y despues enteramente coléricos, la sed es vivísima, las evacuaciones frecuentes y copiosas, sentimiento de ardor interno, calambres en las extremidades inferiores, sincope repetidos y prolongados, descomposicion rapida de la fisonomia con la cara arrugada y contraida, ojos cavernosos, voz sepulcral, frialdad grande en los extremos, sensacion de calor, sumo abatimiento y postracion de fuerzas; pero el pulso se mantenía aunque decaido y tardo; prescripcion: veinte y cuatro sanguijuelas sobre el epigastrio, y otras treinta á la margen del ano, cataplasma emoliente tibia sobre el abdomen incluso el hipogastrio, nada de calor exterior, cuatro sinapisios fuertes de la farmaceo hispana animados con las cantáridas á los extremos, dejados permanentamente, dos vagitarios á la parte interna de las pantorrillas, frotacion seca sobre el sitio de los calambres, por no ser estos demasiado dolorosos, ó al menos no lo demostraba el paciente, el cual en medio de todo aparentaba buen ánimo, y un espíritu envidiable en ocasión se mejante, y solamente trozos de yelo al interior y á menudo. Toda la mañana de dicho dia continuó del modo dicho, y en la tarde viendo que los vomitos y evacuaciones se repetian con frecuencia, como tambien las lipotimias, que había angustia y opresion en la region precordial, que el pulso era fugitivo, que el cutis se hallaba frio y arrugado con manchas cianicas en la cara y manos, le dispuse diez y ocho sanguijuelas mas sobre el epigastro, haciendo entender á su familia el grave riesgo de la vida del enfermo, pues que á él no me fue preciso advertirlo porque bien sabia del modo que se hallaba, según se lo daba á entender la vista de su rostro en un espejo que metí en su cama, y que muy luego mandé recoger. Reuníense al anochecer cuatro médicos que pasan á ver conmigo al paciente, y despues de haberlo observado detenidamente y hecho cargo del tratamiento seguido, deciden por unanimidad, que era ya suma la postracion de fuerzas, y una temeridad en un plan de curacion, con el que aun no se habia logrado ventaja alguna, que se debia intentar la administracion de algun tóxico en pequena dosis, con la idea de explorar su efecto, y continuar aumentándola, si se veía que ayudaba y era benéfico,
por lo cual se decidió á pluralidad que se le hiciera tomar una
cucharada pequeña de una bebida compuesta de cuatro onzas
de una agua aromática en que se había de disolver un solo gra-
ño del sulfato de quinina. Casí estuve á pique de convencer-
me de su verdadera indicación por las razones sábiamente es-
puestas por los demás cuya práctica veneraba; mas á pesar de
todo se trataba de la vida de un hombre, y lo que se deter-
minaba en una junta es muy sagrado para que el médico de ca-
bezera deje de cumplirllo exactamente. Me previne de yelo su-
ficiente, y movido del aprecio que me merece el sujeto de que
se habla, las lágrimas de su amable esposa, y familia y celo de
su conservacion, quise yo mismo administrarle el medicamen-
to dispuesto, observar sus efectos, y ocurrir á ellos, para lo
cual me quedé aquella noche en su casa al lado del mismo
paciente á pesar de mis ocupaciones. Entre la duda y el te-
mor, sin advertirle nada, porque como era médico no tuvie-
se algun espíritu de prevención, le doy una pequeña canti-
dad de la bebida dispuesta con una cucharada de las que lla-
man de paladeo, y no bien la hubo tragado, cuando volvién-
dó hacia mí dice: "V. me há dado fuego á beber", efectiva-
mente una sensación de ardor interno inespalable y angustia
grande acompañada de suma sofocación, se siguió á la inges-
tión de la tal bebida en el estómago, á todo lo que prontamen-
te ocurrió con trozos de yelo que el enfermo devoraba con an-
sia mas bien que tragaba; los vómitos se hicieron mas tenaces,
el pulso se oscureció, todos los síntomas se agravan y en una
palabra el enfermo entró en el ultimo período de la enfermedad. Co-
mo quiera que observaba que los vegatorios y sinapismos aplicada-
os, á pesar de las horas que habían pasado desde su coloca-
ción, sólo escitaban vivos dolores que me indicaban al grado
que llegaba la sensibilidad de su cutis, sin producir siquiera su
rubefacción, esto me abrumaba y inclinó á hacer uso de estí-
mulos que obrasen instantáneamente * para lo cual eché mano
de paños empapados en agua hirviendo que aplicaba por un
momento sobre distintas partes del cuerpo; mas viendo últi-
mamente que el efecto era igual á los otros, es decir que lo
hacia sufrir el tormento del dolor sin producir tampoco ru-
befacción, lo hice variar de cama, y me limité solo, aten-

* He abandonado esta clase de estímulos y no los he em-
pleado mas que esa sola vez, porque su base es el calórico,
aunque obra un por un solo momento.
diendo a que los vómitos y evacuaciones seguían, cuya circunstancia me daba esperanza, al uso de los que primeramente había puesto y la nieve interiormente sin interrupción; ya hacia el amanecer á medida que la tragaba el pulso iba apareciendo aunque confusamente, y al par que se hizo sensible, los varios tintes de la piel se modificaron un poco, y la rubefacción apareció en el sitio de los sinapismos y vegigatorios y más adelante en todas las partes donde había aplicado los paños de agua hirviendo. En la mañana del ocho los vómitos no eran tan abundantes ni frecuentes, y las evacuaciones empezaron á tomar un ligero tinte amarillo verdoso; al medio día los vómitos sobrevinieron raras veces y de un color de cobre, las evacuaciones más escasas y del mismo carácter, el calor era moderado, y el pulso bien desenvuelto, continuando así toda la tarde, hasta la noche en que el pulso era grande, y se percibía la pulsación de la arteria radial con una amplitud considerable, la lengua se hallaba poco fría con alternativas frecuentes de calor, el cutis caliente y húmedo, que todo daba á entender una reacción general ya principiada en la economía; dispuse la aplicación de unos cabezales, de oxícrato á la frente, y el enfermo á pesar de su grave estado se quedaba de rato en rato en un embleso agradable. El día nueve por la mañana no existían los vómitos, y las evacuaciones habían sido dos cortísimas y enteramente hilíosa, la lengua se hallaba caliente, y el cutis en general, cubierto de vejigas llenas de serosidad en todos los sitios, donde había aplicado los paños dichos, y á donde se habían colocado los sinapismos y vegigatorios; la sed no era exigente, el semblante se hallaba animado, la orla oscura de las órbitas no era tan marcada, las manchas del cutis presentaban colores variados, el pulso era grande y fuerte, voz normal y el enfermo sentía la necesidad del descanso, con alguna mortificación en el hipogastrio, á causa de no presentarse la orina todavía; le ordené interiormente una naranjada, paños de oxícrato á la frente, cataplasma emoliente sobre el vientre y empeine, y la curación de las úlceras resultantes de las ampollas con un poco de cerato simple, y después de concluida toda esta maniobra, el enfermo se entregó á muy buenos ratos de un sueño apacible y natural. En la tarde del mismo día continuaba bien, las orinas habían corrido aunque escasamente, y ordené se siguiera todo lo dispuesto; la noche fue buena, despuesó y durmió casi toda ella, y en la mañana del diez ya no había sed, las orinas eran más abundantes, y sentí deseos de tomar algún alimento; le dispuse el agua de arroz á pequeñas
dosis, sin dejar la naranjada continuando con todo lo demás; no hubo novedad particular en este día, y el once el apetito era más exigente, las orinas corrían bien, el pulso era natural, el semblante bueno, las manchas habían desaparecido completamente; permití el agua de arroz en la tisana de pollo en corta cantidad que el paciente tomaba con gran gusto, suprimí las cataplasmas, limitándome solo á la curación de las úlceras que llevan bastante humor del modo dicho anteriormente. En el día doce no contentándose con el caldo solamente le prescribí un poco de sagú en el mismo, declarándolo en un estado de completa convalescencia, en la cual el apetito era bueno, y todas sus funciones se hallaban en el estado normal, y prontamente se repuso encontrándose en disposición de visitar enfermos.

 Reflexiones: Por lo aquí espeutio se advierte que en la primera época de la enfermedad ya sea por la permanencia en el modo de obrar de la causa invisible que la produjo, ó bien sea porque no se entablió en el paciente una reacción completa y satisfactoria que la hiciera terminar, volvió á reproducirse de nuevo con una violencia que fue tanto mayor, en razón del número de días en que se estaba anunciando su reaparición, y de la causa accidental, determinante de ella, que obró en el cerebro con una influencia bastante notable para transmitir toda su estimulación sobre el centro de la vida vegetativa, y constituir el estado de suma gravedad á que se vio reducido. Que las emisiones sanguíneas practicadas, la administración del yelo interior y demás, aunque por el pronto parecían no producir resultado favorable, fueron las que le dieron la vida, haciéndolo desaparecer últimamente, todos los síntomas que amenazaban una muerte próxima.

 Que los estímulos estereiores no empezaron á obrar, hasta que el sistema sanguíneo principió á tener movimiento, y á aparecer el calor: de consiguiente muy bien se puede aventurar á decir que en el entretanto permanezca el enfermo en el estado de asfixia marcado por la estinción del pulso y frío glacial del cutis, no debe intentarse la aplicación de otros estímulos esternos que unos paños ó aspersiones de agua fría, que debe irse aumentando su temperatura ó sustituirse con otros proporcionados al grado de temperatura que existe en la piel, porque es el único modo de que puedan obrar en este estado de la enfermedad. Que puedo volver á reproducir aquí lo que he dicho anteriormente, atendidos los efectos de los estimulantes que apliqué, que no produjeron efecto, porque es imposible que se verifique rubefacción, ni inflamación ordinaria
en este período del mal, atendido el estado de la circulación de la sangre, y de toda la organización. Y últimamente por los efectos causados en la administración de la pequeña dosis de la bebida tónica que administré, se puede deducir lo perjudicial y contraindicados que se hallan los medicamentos incendiarios y estimulantes interiormente, pues si no hubiera ocurrido instantáneamente con el yelo para neutralizar sus efectos, el enfermo hubiese sido víctima del distinto modo de observar y conocer su estado.

OBSERVACIÓN SEGUNDA.

Doña Rafaela N., esposa del Sr. D. Francisco Delicado, contador de las Reales rentas de la Aduana de la ciudad de Málaga, Señora digna del mayor aprecio por su genio y carácter jovial, natural de Málaga, de edad como de veinte y ocho a treinta años, temperamento sanguíneo con idiosincrasia hepática, dotada de una gran movilidad nerviosa, imaginación viva y vehemente, al parecer en sus inclinaciones, gordura regular, después de haber sentido algunos días antes borborigmos ó ruido de tripas, en la noche del seis de Abril, habiendo tenido su espíritu en buen humor por emociones alegres se encontró con su vientre algo movido, y se vio obligada de hacer tres ó cuatro evacuaciones, escrementicias líquidas que no interrumpieron el estado placentero del alma; al tiempo de cenar tomó solamente un poco de carne de Gallina con algunas aceitunas, y esto de la media noche se sintió fatigada e incomoda, á cuya indisposición general se siguieron nauseas, después vómitos y evacuaciones, todo de materiales escrementicios; atribuyéndolo á la indigestión del alimento de que había hecho uso, no quiso de ningún modo que persona alguna de su casa se incomodase, y continuó todo el resto de la noche vomitando y evacuando. En la mañana del siete fui solicitado por su esposa para visitarla, y entre siete y ocho de ella pase á ver la paciente que hallé del modo siguiente; alteración en el
semblante, con ojeras grandes, que atribuían todos a la mala noche, voz baja desposeída de su timbre natural, pulso fugitivo, frialdad en los extremos, sentimiento de arder interno, opresión y ansiedad precordial, lengua fría y húmeda, vómitos y evacuaciones de carácter colérico frecuentes, y poco abundantes, idea remota todavía de su grave estado, porque aún se conservaba en su imaginación el recuerdo de la indigestión, lo cual me fué muy favorable por no tener más que apoyar lo que ella decía, haciéndole presente que era época de curar las indigestiones con bastante energía, sed, postración de fuerzas y un gran desasosiego. Prescripción: ocho sanguijuelas por partes iguales repartidas, entre el ano y epigastrio, cata-plasma emoliente a todo el vientre, cuatro sinapismos volantes a los extremos, y pequeñas cantidades de agua fría ácida, lada interiormente; á las doce de este día se encontraba más tranquila, eran mucho menos frecuente los vómitos y evacuaciones, el pulso un poco más desarrollado y el calor más repartido; continuación de lo mismo, y en la tarde de este día habían desaparecido los vómitos y evacuaciones, permaneciendo aun algunos borborómgos, lengua calente y natural, sed ninguna, semblante mucho mejor, voz natural, gran tranquilidad, orina escasa, cutis seco y caliente con igualdad, pulso desarrollado é igual. Prescripción: pequeñas cantidades interiormente de un cocimiento emoliente gomoso, hecho con la raíz de altea y la goma, tomado cada dos horas, moderadamente caliente, aplicación de algunas botellas de agua caliente entre la cubierta de la cama, y los sinapismos variados de rato en rato por serle imposible su permanencia. Pasó la noche bien y en la mañana del ocho, la halle del mismo modo pero con deseo de alimentos; no dejaba de observarla, y su repentina alivio al par que me era satisfactorio, me llamaba en gran manera la atención por encontrarlo perfectamente bien, escepto un olor particular del aliento, la sequedad del cutis, y escasez de las orinas, y diciéndome que sentía el vientre como envarado le prescribí un redaño humedecido en un cocimiento emoliente caliente sobre todo el vientre, la continuación de la misma tisana interiormente alternada con el agua de arroz, suspechándole los sinapismos y limitándole solamente a la aplicación del calor exterior; todo este día continuó así, y en el nube se presentó del mismo modo pero con gran deseo de comer; no accedi por ningún estilo á disponerle otra clase de alimentos, y sigo con el mismo régimen; en la tarde de este día, en el pulso apesar de ser grande é igual, observaba un
carácter de intermitencia bastante marcado, continuando todos los síntomas dichos de igual suerte; ordeno se siguiera con todo lo dispuesto y advirtió me den pronto aviso en el caso de cualquiera novedad. Pasó toda la noche bien; en la mañana del diez, movido de la curiosidad del fenómeno observado el día anterior, pasé á visitarla con anticipación: había dormido perfectamente no teniendo otra incomodidad que la falta de prescripción de alimentos; por lo cual traté de persuadiría é igualmente dispuse que de una gran cantidad de agua en que había de dar un hervor un puñado de arroz y una pierna de pollo, después de colada por un paño mojado en agua fría, se le diese una cucarada pequeña, sin repetirla hasta mi vuelta siguiendo con el cocimiento emoliente dicho, la aplicación delredito al vientre, y calor por medio de botellas á las extremidades, á causa de hallar el conjunto de síntomas del día anterior. A las nueve de la mañana de éste día vuelvo á visitarla, y habiéndome cumplido exactamente mis disposiciones, y sin haber una causa á que atribuirlo encontré á la enferma de nuevo del modo siguiente: gran alteración del semblante, con ojeras bien pronunciadas, voz baja sin el timbre que le era natural y había notado cuatro horas antes, lengua fría, sed ines-tingible, vómitos y evacuaciones cólicas frecuentes y abundantes, sensación de ardor interno, gran ansiedad precordial con terrible desasosiego, calambres en las extremidades superiores limitados á los hombros y escapula, cuyos dolores la enferma ignoraba que fuesen efecto de ellos, frialdad grande en los extremos, pulso fugitivo y concentrado, supresión de orina, é idea de una muerte pronta á impulsos del cólera-morbo; después de haberla disuadido y consolado del mejor modo, con razones que le hicieron despreciar su estado, le ordené sesiones sanguíneas, repartidas entre el ano y epigastrio; cataplasmas emolientes sobre todo el vientre, cuatro sinapismos de la farmacopea hispana á los extremos: que le retirase las botellas de agua caliente de su camas, é interiormente trozos de yelo á menudo que la enferma tomaba con ansia. Continuó así todo éste día, habiendo disminuido los vómitos y evacuaciones, mas sin desaparecer completamente, el pulso se había desarrollado á la tarde, el calor estaba algo mas repartido; pero la ansiedad era grande y el desasosiego permanecía, aumentándose con las grandes arqueadñas que la enferma sufría para lanzar pequeñas h bocaadas de agua alarmúosos. Se citó una consulta de médicos por los interesados, y enterados que fueron por mí del plan de curación, y de los efectos que había logrado, deter-
minaron unánimemente la continuación de él, y que si la ansiedad persistía se le hiciese una sangría general. Al intimarlo yo á la paciente el resultado de la consulta, se opuso tenazmente á la emisión general de sangre, y yo viendo el espíritu de prevención en que estaba no pude menos de acceder á sus instancias, y porque al mismo tiempo aún no estaba indicada según se había prevenido. Síguese el mismo régimen, y la enferma continuando de igual suerte, á las doce de la noche es acometida fuertemente de la ansiedad y desasosiego, con el pulso pequeño, y casi oscurecido anunciando la pronta paralización del círculo. Nada hubiera sido mas al propósito en este caso que la abertura de una vena haciendo una extracción de sangre proporcionada á la exigencia, que la hubiese pronto aliviado; mas mediando los inconvenientes espuestos, me abstuve de ello, y le ordené cincuenta sanguijuelas sobre el horde de las costillas falsas y región precordial; en seguida que cayeron estas, cuya sangre corriá bien por la administración del yelo interior con frecuencia, dispuse un baño á la temperatura de la piel que yo mismo gradué, donde permaneció un corto rato, haciéndola enjuagar luego perfectamente con paños secos; se mudó de ropa, le hice arrimar algunas botellas de agua caliente, á cierta distancia y la enferma se encontró sumamente tranquila, su pulso desarrollado ó igual, el calor general en todo el cutis, que empezaba á humedecerse, los vómitos y evacuaciones se habían contenido, y principiaba á apetecer el descanso; efectivamente durmió unos cortos ratos, y en el siguiente día once, fué acometida varias ocasiones de algunas nauseas que seguían vómitos cortos, enteramente biliosos, y evacuaciones pequeñas de la misma condición; su pulso era lleno, bastante igual y grande, el cutis caliente presentándose cubierto de un sudor halituoso, las orinas corrian, el semblante se hllaba mas expresivo, la voz natural, la lengua caliente, la sed escasa, con alguna repugnancia del yelo interior, le sustitúi echaradas de limonada fría, continuando solo con el redano al vientre, y algún calor esterior, por medio de botellas á cierta distancia. Siguió todo el día y la noche bien, y en la mañana del doce no había sed, y sí deseo de tomar alguna cosa caliente siguiendo la mejoría del día anterior: prescribile el cocimiento emoliente del principio, alternando con algunas echaradas de agua de arroz. El alivio del trece al catorce fue considerable, y el quince la consideré en completa convalecencia, que le dirigí, dejándola por último en perfecto estado de salud.
REFLEXIONES: Según lo dicho se nota, que esta enfermedad siguió casi los mismos trámites que el sujeto de la anterior historia, es decir que destruyó los síntomas en la aparición del mal, apesar de haber tomado un incremento considerable, por el tiempo que se tardó en su socorro, no quedó este enteramente juzgado y la continuación de la causa, sin duda, obraba en ella, que posteriormente desplegó de nuevo sus efectos. También se hecha de ver que la persistencia de la sequedad del cutis, olor particular del aliento, gran apetito, y luego la intermitencia del pulso, denotaban claramente la nueva aparición de los síntomas de la enfermedad, que aun existía, y hubiera sido sumamente arriesgado considerarla en estado de convalescencia, llevado del apetito morbos que había, y apesar de la existencia de los mencionados síntomas que parecían como insignificantes. Igualmente se conoce la eficacia de las emisiones de sangre hechas atrevidamente para oponerse a la paralización del círculo, la utilidad de los estímulos exteriores graduados al estado del órgano en que se aplican y los maravillosos efectos de la administración del yelo interiormente y graduación de la temperatura de las bebidas ordenadas.

OBSERVACION TERCERA.

La negra Josefa, de nación, criada al servicio de la Señora de la anterior historia, como de diez y ocho á diez y nueve años de edad, enjuta de carnes sin gordura aparente, de poca actividad en sus funciones, en la mañana del día de Abril con el motivo del gran trastorno que reinaba en la casa á causa de la grave enfermedad de la Señora, seducida por otra sirviente hizo uso de algunas bebidas alcohólicas y espirituosas á que muy pronto se siguieron evacuaciones de vientre de cuya novedad hizo sabedor á su amo, según las instrucciones que éste le tenía dadas, el cual me la mostró, y habiéndola observado con pulso natural, aunque un poco contraído, la lengua en buen estado, sin ninguna sed, orina escasa, cutis seco pero en su
calor natural, é igual, nada de alteración en la fisonomía ni en la voz, evacuaciones líquidas y escrementicias; le dispuse ocho ventosas sajadas sobre el bajo vientre, cataplasma emoliente sobre todo él, y atendiéndolo á que los días de su mestración acababan de pasar, la aplicación de cuatro sinapismos á los brazos y piernas, y algunas botellas de agua caliente inmediatas, é interiormente cocimiento emoliente de la raíz de altera, edulcorado con el jarabe de goma, caliente cada dos horas. Ya sea porque todos los de la casa se ocupaban á la vez en la asistencia de la Señora de ella, ó por la demora del barbero en ocurrir á sajarle las ventosas, ó causas que no entro á averiguar, en la tarde de éste día se habían declarado los vómitos que eran coléricos y abundantes, y las evacuaciones copiosas y del mismo carácter, la sed vivísima, la lengua yerta y blanca, la ansiedad y desasosiego grandes, el pulso fugitivo y apenas perceptible, la frialdad principiaba á entablarse, el semblante estaba trasformado, los ojos cabernosos, y la facies triangular, según dijé en la sintomatología, calambres en las extremidades superiores é inferiores, postración suma de fuerzas, y en una palabra, todo anunciaba la proximidad del tercer período del mal; le hice sajar de nuevo otras ocho ventosas, repartidas entre el epigastro y bajo vientre, cataplasma emoliente sobre todo él, que se le colocasen cuatro sinapismos volantes de la farmacopea hispana, animados con las cantáridas, é interiormente pequeñas cucharadas de agua fría acidulada con limón, por ser escaso el yelo á la sazon. En la noche de éste día paso á verla y ya ésta infeliz había llegado al terrible estado de la supresión de los vómitos y evacuaciones; con las ventosas aplicadas, no había sido posible extrair más que una corta cantidad de sangre espesa y carbonizada, el pulso era totalmente débil, no perbibiendo ni aun en la región del corazón, resfriamiento general, calor ceniziento del cutis, cara totalmente descompuesta, con los ojos sumidos y escondidos en el fondo de las órbitas, voz apagada, lengua glacial, supresión de orina, sed inextingüible, sensación de calor grande y sofocación, por lo cual descubiertamente enteramente se había arrojado sobre el suelo húmedo y frío de la habitación * y gran deseo de aire fresco; observando su es-

* Igual caso noté en un negro que se hallaba en el hospital de caridad arrojado en el suelo frío y húmedo de la sala en que estaba, y con cuatro sinapismos fuertes fijos y dos regiadores en las pantorrillas, permaneció cinco días, sin pulso ni
tado detenidamente, le prescribí tan solo las bebidas frías aci-
duladas al interior, que mantuviese fírmes los sinapismos sin
insistir en que la cubriese, ni que se dejara de refriar en el
suelo a su gusto. Al día siguiente, once, ofrecía el mismo es-
pectáculo con la diferencia de pedir de comer en lugar de agua
descompasadamente, á cuyas súplicas no accedi, insistiendo en
lo mismo que tenía dispuesto: continuó todo el día en igual po-
sición, y el doce ya el pulso empezaba á hacerse algo sensi-
ble aunque confusamente; le dispuse nueva aplicación de ven-
tosas, ó sanguijuelas siguiendo con lo demás; la sangre corrió
con dificultad al principio; pero después se facilitó su salida
con la cataplasma emoliente; y el continuado uso de las bebi-
das frías; y en la tarde de este día, ya el pulso era manifiesto,
y el calor perceptible, por lo cual la mandó cubrir entonces
seriamente y que se continuase con todo de la misma suerte.
El trece por la mañana hizo algunas arqueadas, y arrojó unas
pocas de flemas vilosas, el pulso era completamente desarrolla-
dó, el calor natural, y su lengua se hallaba caliente, el apa-
tito voraz y desordenado había calmado, aunque no dejaba de
pedir de comer, el semblante todavía con alteraciones, se ha-
llaba más animado, no había sofocación ni ansiedad, y la su-
presión de las orinas permanecía; ordené la continuación de
los mismos remedios, que la cataplasma cubriese el pubis, y
que se le arriñasen algunas botellas de agua caliente, á corta
distancia; siguió bien todo este día; y el cañarce ya su cutis es-
taba húmedo y caliente, la orina corria, el pulso era grande á
ingual, y todo anunciaba una próxima convalecencia, de consi-
guiente le dispuse el agua de arroz en pequeñas cantidades, sin
dejar la acidulada, suprimí los sinapismos y me limité solo al
calor esterior moderado; y del quince al diez y seis, se encon-
tró en disposición de acompañar á su ama en la convalecencia.

Reflexiones: El contenido de ésta historia claramente de-
mostra la necesidad de que los estímulos esteriores para lograr
el restablecimiento del calor en el estado de algiz, es preciso
que sean graduados, de lo contrario nada se adelanta y percoce
el sujeto; en la paciente de que en ella se trata, la humedad
y frialdad del pavimento, y el calor atmosférico, no aumentado
sino natural, de la habitación en que se hallaba obraron adecuada-

calor, tomando solo agua fría acidulada, al cabo de los que
apareció el pulso, se calentó entrando en seguida á la con-
valencia, cuyo hecho estuvo al alcance de muchas personas.
mente sobre su sistema cutáneo, y proporcionaron el estado de este órgano a la acción de los demás estímulos, que no hubiera tenido lugar sobre él de otro modo, siendo enteramente inútiles. Tampoco se nota el desarrollo de reacción general sobre el cerebro ni estómago, y si solo sobre el aparato ó sistema donde al intente fueron dirigidos los mismos estímulos. Se advierte también un apetito grande y desordenado entre la caterva de síntomas mortales que la rodeaban, y que en el entretanto éste estado de la economía, en que el instinto solicita reposición por medio de alimentos, no coincidiendo con la desaparición completa de todos los síntomas de la enfermedad debe considerarse como morbos, y señal cierta del desorden que reina en el agente principal de las necesidades instintivas.

OBSERVACION CUARITA.

El negro Pedro, de nación, conocido con el sobrenombre de Pita, de la propiedad y al servicio de Don Manuel Tito, en el trabajo á bordo de los barcos, de una edad como de veinte y ocho años, estatura regular, con un sistema muscular atlético, y escesivamente desarrollado en fuerza de su ejercicio, robusto y sin hallarse coinquinado de enfermedad ni vicio anterior, después de haber sentido algunos días antes pequeñas incomodidades de que no hizo aprecio, como inapetencia y fatiga grande en los miembros, el veinte y tres de Marzo, notció á su amo hallarse enfermo y en la mañana de este día, fuí solicitado para visitarlo; efectivamente á las doce del día pase á verlo, y lo encontré del modo siguiente: semblante con algunos rasgos de alteración, lengua caliente y humeda sin rubicundez, vientre suave al tacto, y la presión no exibiendo el mas leve dolor, calor generalmente repartido por el cuerpo, catis seco, orina escasa, pulso pequeño y concentrado, percibiendo con alguna confusión, suma ansiedad precordial, con grande agitación, lipotimias, y el paciente decia que sólo lo que tenía era que: "se lo había virado el corazón," (estas eran
sus expresiones) abatimiento general de fuerzas con suma pos-
tración, ninguna sed, nada de evacuaciones, ni de vómitos;
en este estado dispuse una emisión general de sangre del bra-
zo, en cantidad de una libra, la aplicación de cuatro sinapis-
mos fuertes á los estremos, que se cubriese moderamente, é
interiormente un cocimiento emoliente gomoso, acidulado con
gotas de limón, y caliente cada dos horas; así continuó hasta
el anochecer; en que pasé de nuevo á visitarlo, y lo hallé con
su pulso más desarrollado; la ansiedad era menor, pero no
había desaparecido, siguiendo aliviados los demás síntomas; dis-
puse solo la continuación de los mismos remedios, y que si se
notaba algo sofocado volviesen á repetir inmediatamente otra
sangría de igual cantidad á la anterior, avisándome después;
la sangre estraida presentaba el aspecto y consistencia de la brea;
continuó así toda la noche y el veinte y cuatro por la mañana
se encontraba de la misma suerte, es decir que la ansiedad
precordial y agitación mortificaban aun al paciente, y el pulso
no había adquirido el desarrollo natural que yo juzgaba pro-
pio de su constitución; ordené nueva sangría, igual á la del
día anterior y la continuación del mismo régimen; en la tarde
de este día el pulso era desarrollado, habiendo desaparecido la
angustia y ansiedad, el cutis se hallaba caliente pero seco, la
orina era escasa y todo lo demás de igual suerte; la sangre
estraída se presentó mas roja y líquida que la anterior; dis-
puse el mismo método. El veinte y cinco por la mañana lo
hallé con su pulso en buen estado, tranquilidad y sosiego gran-
des; pero había sentido grandes borborígoros, á que se había
seguido dos evacuaciones líquidas y espermantíacas, sintiéndose
además con el estómago levantado, el cutis continuaba seco
y caliente por igual, la orina era escasa, había alguna sed, y
la lengua no ofrecía nada de particular. Prescripción: doce vent-
osas sajadas sobre todo el abdomen, repartidas entre el epic-
gastro y bajo vientre, cataplasma emoliente sobre todo él, con-
tinuación de los sinapismos, é interiormente pequeñas cantid-
dades de agua fría acidulada con limón; cumplíronse exacta-
mente mis disposiciones y al anochecer, las evacuaciones no se
habían repetido, el estómago se hallaba tranquilo, continuaba
la sed moderadamente, el cutis se hallaba húmedo, la orina
era escasa y encendida, el semblante animado y había gran tran-
quillidad; siguiese la aplicación de la cataplasma sobre todo el
vientre, el agua acidulada, y suspendidos los sinapismos; en
esta noche sudó copiosamente y en la mañana del veinte y seis,
el pulso era grande y febril, el calor halítuoso y general, co-
fialalgia frontal, sed poca, encendimiento rojo en los bordes y punta de la lengua, mayor cantidad de orinas encendidas; dispuse cinco ventosas sobre el epigastrio, paños de oxícrato fríos á la cabeza, y continuación de todo lo demás; todo este día lo pasó del mismo modo, y el veinte y siete lo encontré sin sed ni cefalalgia, el pulso se presentaba apirectico, la lengua bastante húmeda, natural y algo crapulosa, orinas abundantes sin encendimiento, y con deseo de tomar alimentos; le prescribí el agua de arroz á cortas dosis, sin dejar el agua acídulada y lo demás del mismo modo. En el veinte y ocho empezó á tomar la tisana de pollo, y el treinta se hallaba en perfecta convalecencia.

Reflexiones: En este paciente se advierte que la enfermedad empezó por el desorden del sistema nervioso ganglionario, bien caracterizado por cuyo influjo el corazón puso en movimiento el agente principal de la circulación, é interrumpido aquel, este órgano empezó á paralizarse, el cual recobró su energía disminuida la cantidad del líquido sobre que debía obrar, sin notarse desarreglo aparente en el aparato gastro-intestinal, hasta que últimamente haciéndose él, el asiento de lo que se llama la reacción general por los síntomas de su irritación marcados en la sed, nauseas y rubricundez de los bordes y punta de la lengua, juzgó completamente el mal. También indica esta historia la necesidad de las emisiones de sangre abundantes y generales, siempre que se reúnan las circunstancias de la pequeña y concentración del pulso, lipotimias, y decaimiento de fuerzas en un sujeto robusto, sin llevarse de las apariencias de la gran debilidad que presenta.

OBSERVACION QUINTA.

Hallandome en la casa de Mr. Harris del comercio de Matazas visitando á dicho Señor, el día cuatro de Abril que á la sazon se hallaba enfermo, Don N. Latins, también del comercio, natural del Norte de América, de estado casado, edad
como de cincuenta años, temperamentosanguíneo, sin gorda-
ra aparente, que había concurrido á la misma casa por asun-
tos particulares, me dijo encontrarse con el vientre movido y
sentir varios borborigmos, y habiéndolo observado con su pul-
so natural, lengua húmeda y en buen estado, sin sed, sem-
blante inalterado, cutis seco, le aconsejé fuese á su casa, y
que tratase de aplicarse quince sanguíneas á la margen del ano,
cataplasma emoliente sobre el vientre, unos sinapismos en los
estremos, y algunas botellas de agua caliente, tomando inte-
riormente alguna naranjada caliente, y que permaneciese de este
modo con gran tranquilidad y reposo, cubierto moderadamente
en su cama hasta después, que yo pasaría á verlo. A pesar de
hacerle presente al mismo tiempo que sus males eran de poco
momento, sin duda creo que se intimidó demasiado y marchó
precipitadamente á su casa, tomando en seguida algunas tazas
de la infusión de la camomila, con éter y laudano y cubriendo
se en su cama con una porción de cubiertas insosportables,
y gran cantidad de botellas de agua y ladrillos calientes, en vez
de poner en práctica cuanto le había dicho, y de este modo
aguardó mi visita. Al entrar á verlo no dejó de sorprender-
me el observarlo tan cubierto; mas como no aparentaba sofocación, me abstuve de decirle cosa alguna, el pulso lo encuen-
tré pequeño y contraído, la voz y fisonomía algo alterada, cu-
yas novedades me indujeron á preguntarle si había hecho lo pres-
crito, á que me contestó afirmativamente, y no pude menos de
mirar con espanto los ningunos efectos conseguidos, especial-
mente cuando me dijo que las evacuaciones continuaban, y que
se sentía fatigado del estómago; ordené nueva aplicación de san-
guijuelas al ano, y otras tantas al epigastrio y que continuara
se del mismo modo, aconsejándole últimamente no se mortifica-
case con tanto calor, y me despedí con alguna duda de sus
determinaciones médicas, por hacerme desconfiar de ellas en
alto grado esta ocurrencia. A las cuatro de la tarde de este día,
fui solicitado con la mayor premura para que pasase en el mo-
mento á verlo, al que me encontré en el estado mas deplor-
able; lejos de haberse aplicado las sanguíneas ordenadas ha-
bía insistido tercamente en su mausanilla y demas medidas, la
fisonomía era trastornada, el pulso oscuro y deficiente, la res-
piración anhelosa y dificil, la voz apagada y débil, sed gran-
de, vómitos y evacuaciones repetidos, frialdad grande en los
estremos y con habla halucinante, me dió á entender el ré-
gimen de curación que había seguido; lejos de mi indignación,
como á ella tenía derecho, atendiendo al terror grande de su
espíritu traté de disuadirlo dulcemente y hacerle ver que aun
terna el tiempo de curarse apesar de todo lo que había hecho pin-
tándole del mejor modo hasta donde llegaban los recursos bien
dirigidos de la medicina, y que tratase inmediatamente de po-
nerse las sanguijuelas prescritas disponiéndole al mismo tiem-
po una limonada fría á cortas dosis, cuatro sinapismos volan-
tes, y dos vegigatorios; al anochecer casi seguía del mismo modo
y todo el día siguiente cinco hasta las dos de la tarde en que
todos los síntomas se agravaron considerablemente, y hicién-
do observar á los interesados el grave riesgo de, la vida del
paciente, se citó una consulta de médicos, á quienes hice ver
todo lo ocurrido y determinaron nueva aplicación de sangui-
juelas, mayor número de vegigatorios y volantes, y el yelo in-
teriormente; mas todo fue en vano y la asfixia se declaró al seis,
muriendo éste infeliz al anochecer de este dia, víctima de su
descompasada imprudencia, causándose con éste triste acon-
cimiento la recaída del enfermo de la primera historia.

Reflexiones: De todo esto se deduce lo perjudicial y antirra-
cional que es un método de curación estimulante y aplicación
de estímulos estere anos mal dirigidos, y las funestas consecuen-
cias que se siguen á la desconfianza que pueda animar al pa-
ciente en lo prescrito por un facultativo; pero estos ejempla-
res desgraciadamente la práctica los ofrece repetidas ocasiones,
con particularidad, cuando Señoras anticuarias y hombres en-
tremetidos, farmacéopas ambulantes, se introducen en las ca-
sas, á alterar el régimen de curación adecuado y conveniente
propuesto por un médico que ha medido con juicio y sensatez
el estado de su enfermo, sin otro fundamento que á D. N. le
hizo provecho, este ó aquel ingrediente, cuyas virtudes capri-
chosas fanáticamente se encierran en sus caducas cabezas, y
animados de un zelo y caridad que debían guardar para ellos
mismos inducen con el mayor alivio a los asistentes y
pacientes que apetecen su salud, á dejar de poner en práctica
lo que les era provechoso y saludable. Estas preocupaciones
ía ideas fantásticas se hallan diseminadas por desgracia en mu-
chas casas, y el facultativo nunca podrá desempeñar su minis-
terio, ejerciendo su noble profesión, libre enteramente de es-
tas traves que fuertemente atan sus manos para emprender á
un modo el método curativo benéfico y arreglado á sus enfer-
mos, porque las profundas raíces que las afianzan, aunque se
trabaja constantemente para su esterminio, creo que jamás po-
drán destruirse.
Don Miguel Isaguirre, del comercio de Matanzas, natural de Guipúzcoa en el Señorío de Vizcaya de estado soltero, edad como de treinta años, temperamento sanguíneo, robusto, sistema muscular bien desarrollado, gordura regular; en fines de Enero de este mismo año, había padecido una rectitis bastante intensa que yo mismo le había asistido, hasta quedar completamente destruida; después de haber sentido su vientre movido en los últimos días del mes de Marzo, el tres de Abril al anochecer, se vio aconsejado de vómitos y evacuaciones, y en el momento fuí solicitado para visitarlo, á que encontré del modo siguiente: fisonomía con algunos rasgos de alteración bastantes notables, voz baja, lengua fría y húmeda, vómitos y evacuaciones de carácter colérico, sed grande, sentimiento de ardor y fatiga interno, pulso concentrado y pequeño, frivaldad en los oídos, pequeños calambres en las piernas; Prescripción: ocho y media sanguíneas repartidas entre el ano y epigastrio, cuatro sinapismos volantes en las extremidades, cataplasma emoliente al vientre, algunas botellas de agua caliente á cierta distancia de los miembros, é interiormente pequeñas dosis de limonada fría, á las diez de la noche los vómitos y evacuaciones se habían contenido, el pulso se había desarrollado, y el enfermo se hallaba en buen estado, disponiendo la continuación de todo, y á la una de la misma noche soy llamado para que pasase á verlo inmediatamente; los asistentes creídos de que se enfría, habían colocado en su cama treinta y tres botellas de agua hirviendo, cubriéndolo con seis mantas; y debajo de su cama un brasero de candelas formidable; el enfermo apagado con el peso de estímulos tan extraordinarios no podía resistirlos de ningún modo, y un sentimiento grande de sofocación estremada, se siguió á poco rato de hallarse sometido al frío y cruel martirio de la aplicación del calor exterior, con el pulso pequeño y concentrado, la sed aun más viva y exigente; los estremos fríos; gradualmente fuí descargándolo de botellas y de mantas; mandando separar en el momento aquel brasero de ascuas, destinado mas bien al tormento de la humanidad que para
su alivio, y á las dos de la noche con una simple cubierta se encontraba tranquilo, con su pulso desarrollado, e igual, el cutis caliente, y húmedo en general, y en el siguiente día cuatro continuó sin la menor novedad, del mismo modo; en el cinco empezó á hacer uso del agua de arroz continuando así, hasta el siete en que principió á tomar caldo, siguiéndose á todo una completa convalecencia.

**Reflexiones:** El contenido de esta historia da una idea terminante de la eficacia de las emisiones de sangre dirigidas con oportunidad, y de los prontos y saludables efectos que se consiguen con ellas. También hace ver patentemente lo inútil, antirracional y pernicioso que son los estímulos exteriores, aplicados como regularmente se ha hecho en todas partes, que conspiran directamente á extinguir la vitalidad.

**OBSERVACION SÉPTIMA.**

Don N. Rodil, natural de Asturias, (sino me engaño) de edad como de treinta y cinco años, temperamento sanguíneo, saludable, gordura bastante pronunciada, y sistema muscular bien desarrollado, el veinte y uno de Junio hallándose en unos almacenes de azúcar, situado sobre la márgen Sur del río que llaman de San Juan perteneciente á la nueva población de éste mismo nombre, fué acometido á las cuatro de la tarde de vómitos y evacuaciones repentin as; sed, y desasosiego general acompañado de una grave angustia precordial; acudió un médico en su socorro no habiéndoseme encontrado, que le prescribió una sangría abundante, algunas sanguíneas al ano y epigastrio, y una limonada fría en pequeñas dosis, cuando acudi á verlo, lo encontré bañado en un sudor copioso, pulso fuerte y grande, le hice continuar del mismo modo, y á la mañana siguiente se halló enteramente bueno; todo éste día y noche lo pasó bien hasta el siguiente á las doce en que fué acometido con una violencia doble de vómitos y evacuaciones coléricas; me limité á calmarlos de nuevo por una doble aplicación de san-
guijuelas, y á la noche ya se había presentado otra vez el sudor que puso término á tan sorprendente estado, y no dudando del verdadero carácter de la enfermedad le dispuso diez y seis granos de sulfato de quinina en ocho píldoras, para que tomarase cada dos horas concluido que fuese el sudor; hizo lo así, y el día en que le correspondía la accesión ó reaparición de los síntomas expresados no tuvo la menor novedad entrando en seguida á una convalescencia satisfactoria.

Reflexiones: Aquí se advierte que hallándose la epidemia en su terminación empezaron á relucir las enfermedades propias de las inmediaciones á los pantanos en que habitaba, tomando el mismo carácter de ella, y que la pronta administración del sulfato de quinina le evitó la tercera accesión que amenazaba ser la última para concluir tristemente la vida del paciente.

Pudiera citar además un número considerable de historias entre la multitud de enfermos bajo mi dirección, á cuya asistencia mis fuerzas alcanzaron durante la epidemia, y entre ellas la del Sr. Gobernador digo gende de la ciudad de Matanzas; mas estando sobre un mismo asunto, aunque ofreciendo acontecimientos diversos, causaría demasiado su lectura, y este trabajo excedería los límites que me propuse al emprenderlo; pero me parece bastante con las espuestas para dar alguna idea de la veracidad de todo cuanto he dicho. ¿Qué quiera el cielo mediante esos conocimientos más profundos de la organización humana que algunos sabios poseen, pueda recibir un nuevo realce, y mejor aplicación al compás y miserable estado á que es reducida prontamente en el cólera-morbo la salud del hombre más vigoroso!
CAPITULO XI.

RESUMEN GENERAL Y CONCLUSION.

TRATANDO de reasumir y sacar algunas conclusiones de todo lo dicho, me parece poder sentarse, aunque no sea más que aproximativamente.

1.° Que la enfermedad se anuncia en las poblaciones donde ejerce su influencia posteriormente, con alguna anticipación del modo que lo hace en cada individuo en particular.

2.° Que su causa después de un determinado tiempo sufre modificaciones antes de su completa desaparición, por las cuales sus efectos son más limitados y benignos.

3.° Que de ningún modo debe suponerse en ella virtud alguna contagiosa.

4.° Que es muy probable dependa de la alteración o deficiencia de los fluidos imponderables que se contienen en la atmósfera, cuyo influjo sobre los sistemas nerviosos se halla bien caracterizado.

5.° Que tal vez atendida la oscuridad que aún existe acerca
de la causa eficiente de dicha enfermedad y su predilecto modo de obrar entre el seno de algunas familias y determinadas casas, la translación del paciente á otro paraje, sea la primera indicación curativa, y las posteriores dirigidas á corregir sus efectos en la organización, de cuyo buen éxito tenemos algunos ejemplares.

6.° Que de las causas predisponentes, todas las que son más idóneas á la alteración del modo peculiar de ser del centro nervioso ganglionario, son las más espuestas y la hacen desarrollar.

7.° Que los síntomas con que se ha presentado en todas partes son idénticos, afectando algunas modificaciones, dependientes del influjo de causas topográficas y circunstancias individuales.

8.° Que su marcha y propagación son tan irregulares y guardan las mismas anomalías, que las que se observan en todos los afectos llamados nerviosos que dependen principalmente de la lesión del centro orgánico.

9.° Que su terminación comúnmente es la muerte cuando no se le contrarresta de algún modo esta fatal tendencia.

10. Que no puede confundirse con otras enfermedades, sino con ella misma en grados inferiores, que se pueden distinguir por la intensidad y rapidez de los síntomas.

11. Que para pronosticar su éxito debe atenderse un sin número de circunstancias muy esenciales.

12. Que el método curativo de ninguna manera puede ni debe ser estimulante, tónico, ni incendiario.

13. Que debe ser antiflogístico con particularidad el indirecto, á causa de la naturaleza de la inflamación que resulta.

14. Que las emisiones de sangre deben practicarse abundantemente para oponerse á la paralización del círculo de la sangre, mas bien que por la especie de inflamación que se ha creído.
15. Que el procedimiento que debe emplearse interiormente con las bebidas que difieren solo en temperatura, debe ser proporcionado al estado del aparato gastro-intestinal.

16. Que los estímulos esteriores deben ser graduados y que correspondan con la exactitud posible al estado del órgano sobre que se dirigen.

17. Que apesar de todo la enfermedad será siempre mortifera, en razón de no poder los profesores, cuando tienen muchos enfermos, limitarse a unos cuantos para proceder con toda prontitud en el tratamiento, que desgraciadamente los asistentes alteran por su impericia.

18. Que en la convalecencia, luego que llegaron á este estado los enfermos no deben perderse de vista, para evitar las recaídas que son demasiado frecuentes.

19. Que el mejor modo de precaver las poblaciones de la influencia del mal, es alejar de ella, por todos los medios, sus elementos.

20. Que los recursos de precaucion individual, hasta ahora, son los de evitar las predisposiciones.

21. Que la necropsicia favorece el carácter de la enfermedad que queda asignado.

22. Que la enfermedad depende de la irritacion primaria del centro gangliónico de la vida vegetativa, y de la reaccion e inflamacion de un sistema del aparato digestivo, constituyendo una gastro-entéritis peculiar á espensas de toda la organización.

23. Que mediante las consideraciones espuestas, hay que referir en medicina muchas enfermedades á su verdadero asiento y sitio primitivo.

24. Que la observacion, el raciocinio y la experiencia se hallan en favor de todo lo espuesto.

25. Últimamente que es preciso que los que se dedican al alivio de las dolencias de sus semejantes trabajen unánime-
mente, desprendiéndose del espíritu de alucinamiento y sis-
temas que desgraciadamente domina aun entre los mas rec-
tos observadores, y caminando por la senda de la obser-
vacion dirigida por un buen raciocinio, lleguen á amonto-
mar tesoros en el augusto templo de la ciencia que la ele-
ven cerca de su perfeccion, ya que á esta por nuestra fa-
talidad jamas podamos llegar; y de este modo nuestros des-
cendientes mas venturosos que nosotros mismos podrán de-
cir, lo que decimos de nuestros antepasados: multum egre-
runt qui ante nos fuerunt, sed non peregrunt.
Don Francisco de Mihoura, escribano público de cabildo, guerra, real hacienda y minas por S. M.—Certifico en forma que en cabildo ordinario celebrado hoy día de la fecha á que asistió la justicia y regimiento que de él aparece entre otros acuerdos se halla el que sigue.—Se leyó una instancia de Don Ramon de Coloma, profesor de medicina y cirugía en esta ciudad, en solicitud de que esta ilustre corporación se sirva darle un atestado que acredite sus servicios durante el cólera-morbo y conforme todos los Señores capitulares en tan justa pretension, acordaron unánimemente que por el presente escribano se le dé certificación de éste acuerdo, que incluye, lo satisfechos y agradecidos que estan á las importantes tareas médicas del Señor de Coloma, siendo una de ellas el riesgo que con otro corrió al principio, yendo á la Habana á tomar conocimientos del mal cuando allí estalló, y á su regreso presentar á esta municipalidad el manifiesto de su filantrópica comisión que se ha impreso, circulado y leído con general aceptación. Desde que estalló el cólera en esta ciudad, hasta su conclusión, fue con duda alguna el profesor que con mas constancia cuidó de los enfermos, al estremo de verse solo en algunos días de mas conflicto, por haber sido atacados del mal también muchos de los otros facultativos, por manera que si entonces faltase el Señor de
Coloma, seguramente se hubiera multiplicado la consternación popular. Curó á pobres y ricos sin distinción y con igual interés, y por donde quiera que andaba recogía bendiciones y alabanzas de todo éste vecindario. Estos nobles voluntarios servicios, hechos en obsequio de la humanidad postreada, y sin más descanso que algunos cortos momentos al lado de los moribundos, le han grangeado la singular estimación del Señor Brigadier Gobernador de esta ciudad Don Francisco Narvaez, al que también curó del cólera, y una eterna gratitud de la presente corporación y de todo el público, pues al paso que vieron su despreocupación, desinteres y continua prolijidad, admiraron y admirarán siempre sus aventajados talentos en la facultad médica.—Matanzas y Julio cinco de mil ochocientos treinta y tres años.—Francisco de Mihoura, escribano de cabildo.—Los escribanos del Rey nuestro Señor (Q. D. G.) que aquí sig- namos y firmamos, certificamos; damos fé que Don Francisc- co de Mihoura, de quien la certificación que antecede parece autorizada es escribano público de cabildo, guerra, real hacienda y minas como se titula, fiel, legal y de confianza, y á todo cuanto actúa y autoriza, siempre se le ha dado y da entera fé y crédito en ambos juicios; y á pedimento de parte firmamos la presente en el lugar de nuestra residencia.—Matanzas y Ju- lio cinco de mil ochocientos treinta y tres años.—Juan José Naranjo.—Joaquín de la Fuente.—Manuel del Portillo.
ÍNDICE
DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTA OBRA.

2.° Etiología ó exposición de las causas................ 23.
4.° Marcha y duración, terminación, diagnóstico y pronóstico................................. 43.
5.° Método curativo.................................................. 60.
6.° Convalescencia.................................................. 100.
7.° Profiláctica........................................................ 104.
8.° Necroscopia........................................................ 112.
11. Resumen general y conclusiones..................... 175.
   Documento justificativo......................................... 179.